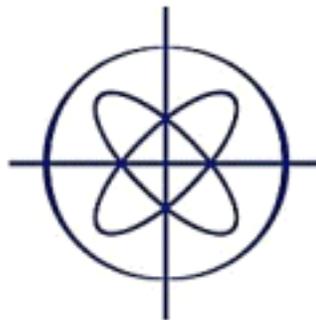


INSTITUTO TECNOLÓGICO Y DE ESTUDIOS SUPERIORES DE OCCIDENTE

**Reconocimiento de validez oficial, acuerdo SEP No. 15018
Publicado en el Diario Oficial de la Federación el 29 de noviembre de 1976**

**DEPARTAMENTO DE ESTUDIOS SOCIOCULTURALES
MAESTRIA EN COMUNICACIÓN
CON ESPECIALIDAD EN DIFUSIÓN DE LA CIENCIA Y LA CULTURA**



ITESO
EL ESPIRITU VIVIFICA

**UNIVERSIDAD JESUITA
EN GUADALAJARA**

LA VIDA POLITICA DE MEXICO Y LA REVISTA *PLURAL* DE OCTAVIO PAZ (1971-1976)

**Tesis que para obtener el grado de
Maestro en Comunicación
con Especialidad en Difusión de la Ciencia y la Cultura
presenta**

Antonio López Mijares

Director de tesis: Maestro Carlos Enrique Orozco Martínez

Tlaquepaque, Jalisco, Septiembre 2004

Al tiempo recobrado.

A la memoria, conocimiento e invención.

A los míos.

Introducción.....	7
1. Octavio Paz y <i>Plural</i>: boceto de una época	
1.1 El regreso a México.....	15
1.2 La circunstancia mexicana.....	17
1.3 La revolución se bajó del caballo.....	18
1.4 Intelectuales a escena.....	20
1.5 Las ideas, las realidades: tres momentos.....	23
1.5.1 Daniel Cosío Villegas y la crisis de México.....	23
1.5.2 Carlos Fuentes, ubicuo, indispensable.....	26
1.5.3 Carlos Monsiváis, marginal y central.....	29
2. En torno a los intelectuales, la cultura y el poder en México durante el siglo XX: mínimo contexto	
2.1 Los intelectuales y las modalidades de su actividad pública.....	32
2.2 Del intelectual liberal al intelectual institucional.....	34
2.3 Vigencia de los intelectuales	37
2.4 Los intelectuales y el poder... ..	39
Paréntesis I: La revolución mexicana y la cultura.	41
Paréntesis II: Los intelectuales en América Latina: una aproximación.....	43
Paréntesis III ¿Qué es un intelectual?.....	45
• Modelos para armar la realidad	
• El estatuto del saber y el despliegue del poder	
Paréntesis IV: Obras sobre la obra. El “corpus crítico” de O.P.....	48
• Poesía y conocimiento	
• Diálogo de las culturas. Obra abierta	
3. Miradas sobre México	
3.1 Trayectoria de Octavio Paz.....	53
3.1.1 El ogro filantrópico.....	54
3.1.2 En este horizonte.....	55
3.1.3 Un cierto equívoco.....	56
3.2 Vislumbrar el laberinto.....	57
3.2.1 Testigo e intérprete. Protagonista.....	59
3.2.2 Tres paisajes mexicanos.....	61

3.2.2.1 El laberinto de la soledad.....	61
3.2.2.2 Y su posdata.....	62
3.2.2.3 El ogro filantrópico.....	63
3.3 A manera de conclusiones (provisionales).....	64
3.4 Referencias históricas y políticas sobre México en la obra de O.P.....	66
3.4.1 Aparecidas originalmente en libro.....	67
3.4.2 Aparecidas originalmente en revistas y periódicos.....	68
3.4.3 Entrevistas, conversaciones.....	70
4. Las revistas culturales en Mexico: su papel y su importancia	
4.1 Algunas consideraciones.....	72
4.2 Dos ejemplos: <i>El Renacimiento</i> , <i>Examen</i>	73
4.2 <i>Nexos</i> , <i>Vuelta</i>	76
5. Historia y caracterización de <i>Plural</i> (octubre de 1971-julio de 1976)	
5.1 Introducción.....	80
5.2 ¿Por qué y para qué <i>Plural</i> ?.....	82
5.3 El final del <i>Plural</i> de Paz (y del <i>Excélsior</i> de Scherer).....	87
5.4 Estructura de la revista.....	91
5.4.1 Director, colaboradores, consejo de redacción.....	91
5.4.2 Secciones.....	92
5.5 Contenidos.....	94
5.5.1 ¿Qué tan plural fue <i>Plural</i> ?.....	99
6. La vida mexicana en <i>Plural</i>	
6.1 Revista mexicana.....	101
6.1.1 Autores y temas.....	104
6.2 Política, economía y sociedad en sus páginas.....	107
6.2.1 Un recuento.....	111
6.2.2 Colaboraciones notables.....	113
7. Conclusiones	
7.1 Contexto mexicano en la época de la aparición de <i>Plural</i>	120
• El país real y el régimen político	
• El “milagro mexicano”	

	<ul style="list-style-type: none"> • Crecimiento sin desarrollo • Tlatelolco y los límites del sistema político • Aparición de <i>Plural</i> 	
7.2	Intelectuales, poder y democracia en México	123
	<ul style="list-style-type: none"> • Años de inquietud y cambio • Intelectuales y vida pública • Estado y cultura • Tipos de intelectual • Vigencia de los intelectuales • ¿A quién sirven? 	
7.3	La obra de Octavio Paz sobre México.....	127
	<ul style="list-style-type: none"> • Sentido de su obra política 	
7.4	Papel de las revistas culturales.....	129
	<ul style="list-style-type: none"> • Ejemplos mexicanos: <i>El Renacimiento, Examen</i> • <i>Nexos, Vuelta</i> 	
7.5	¿Qué fue o quiso ser <i>Plural</i> ?.....	132
	<ul style="list-style-type: none"> • Temas y contenidos 	
7.6	Política mexicana en <i>Plural</i>	134
	<ul style="list-style-type: none"> • Temas y autores • Ejemplos significativos 	
	Bibliografía	139

Anexo I

Apartado 1. Último número de *Vuelta*, agosto-septiembre de 1998

Apartado 2. *Vuelta* 159, febrero de 1990

Apartado 3. *Nexos* 309 (25 años), septiembre de 2003

Anexo II

Apartado 1. Segundo número de *Plural*, noviembre de 1971

Apartado 2. Último número de *Plural*, julio de 1976

Anexo III. Índices de *Plural*. Octubre de 1971-septiembre de 1972

Anexo IV. Referencias a la vida política en México: revista *Plural* (1971-1976)

Un liberal, un reaccionario, un escritor aristócrata y elitista (¿por qué no un moderno escéptico?). Paz sigue suscitando todos los malentendidos, todas las trivialidades.... en cambio, ¿cuántas aproximaciones razonadas?

George Steiner

Si las circunstancias de la Realpolitik han hecho indispensable cierta ventilación pública, si la tenebra, para consolidar su juego, necesita soltarle poder a la luz pública, lo que a nosotros nos corresponde no es seguir ese juego para consolidar el adentro, sino para consolidar el afuera. Tratar de arrebatar la oportunidad de que haya un verdadero "cuarto poder": de que haya una verdadera vida pública.

Gabriel Zaid, "Carta a Carlos Fuentes". *Plural* 12, septiembre de 1972

Introducción

Entre agosto de 1998 y mayo del año 2001 cursé la Maestría en Comunicación con Especialidad en Difusión de la Ciencia y la Cultura. Tuve la oportunidad de adentrarme, de la mano de competentes profesores y profesoras, en temas y

conceptos que problematizaban a los procesos de comunicación, situándolos en una dimensión interpretativa múltiple y compleja; cuando escribo “procesos de comunicación” me refiero tanto a los habituales -el decir y el escuchar a través de la interacción humana cotidiana- como a los representados en la relación medios-audiencias.

Me familiaricé durante aquellos tres años (animado también por el reto de enfrentar las dificultades inherentes a la comprensión de sutiles planteamientos teóricos) con una amplia diversidad de interpretaciones sobre ese hecho tan cercano y necesario como el acto de respirar, la comunicación, y por ello de pronto tan opaco para la percepción rutinaria.

Agradezco a la maestría haberme acercado a estimulantes y para mí nuevas miradas sobre el acto de comunicar y sobre el proceso de conocimiento. Gracias a pensadores y teóricos tan importantes como Charles Sanders Peirce y Klaus Bruhn Jensen, entre otros de igual categoría, asumo ahora una visión menos ingenua, menos naturalista, de la comunicación, elemento constitutivo -tal vez el primordial- de la multidimensionalidad humana. He aprendido que para divulgar ciencia y cultura con un mínimo de responsabilidad -lo que supone por lo menos el vislumbre de la complejidad de un proceso de comunicación-, el primer paso es reconocer y problematizar aquello que se supone debemos difundir, al igual que los propios mecanismos y procesos de difusión.

Estas consideraciones tienen que ver con la idea y la realización de una tesis como *La vida política de México y la revista Plural de Octavio Paz (1971-1976)*, en el sentido en que dos elementos fundamentales, la política y la comunicación, se entrelazan en un proyecto específico de difusión cultural en una circunstancia concreta -el revuelto México de la primera mitad de los años setenta, y con efectos entre lectores e interlocutores que también pueden ser evaluados mediante métodos cuantitativos e interpretativos, aunque éste no es el propósito de mi tesis, que dejo para mejor ocasión.

Precisamente, el objetivo de este trabajo es el de mostrar lo que fue ese *Plural* - también lo que pretendió ser, asunto distinto - en su dimensión material (en su estructura de contenidos y autores, etc.) y simbólica, como un producto cultural

acabado. En este sentido, sentía la necesidad de saber más sobre una revista de cultura que apareció en un entorno concreto para responder a determinadas necesidades, entorno al que dicha revista pretendía influir e incluso orientar con intencionalidades político-culturales explícitas. *Plural* asumió claramente por voz de su director un programa de puertas y ventanas abiertas al tiempo real del mundo, con el afán de “airear” esa habitación cerrada y de atmósfera ya enrarecida que era - según la apreciación de Paz y otros mexicanos- nuestro país en los años de apogeo del sistema político mexicano y de las ilusiones de progreso económico en la estabilidad social.

Plural, revista de crítica, arte y literatura, fue asimismo una revista política que defendió con persuasión y firmeza las convicciones de su director y del círculo de escritores en los que éste se apoyó; dichas convicciones, sin duda no del todo homogéneas, encontraban un denominador común en la idea de que México, y por ende América Latina, debían romper el lastre histórico de sus herencias autoritarias para convertirse en sociedades de ciudadanos en el pleno sentido de la palabra, es decir, en sociedades democráticas; y *Plural*, en este sentido, asumía de manera abierta una tarea de diálogo crítico para “devolverles a las palabras su transparencia”, y otorgarle a la discusión libre de las ideas el lugar que, de acuerdo con los hacedores de la revista, debía tener en la consolidación de una vida pública digna de ese nombre.

Más allá de lo que sus creadores entendieron sobre lo que era o aspiraba a ser *Plural*, y de lo que otras personalidades y grupos menos afines pudieron pensar en su momento de los temas y los autores que aparecían en las páginas de la revista, los resultados de mi indagación personal -lectura exhaustiva de los 58 números y registros organizados que redundaron en un conjunto de generalizaciones sobre el tema- me permiten afirmar, con la prudencia del caso, que la publicación mensual objeto de esta tesis contribuyó a la formulación y puesta al día de una agenda de temas civiles; e igualmente, a aclimatar entre nosotros novedades conceptuales y preocupaciones provenientes de otras latitudes, referentes al medio ambiente, la crisis del modelo industrializador en oriente y occidente, los límites del crecimiento, cuestiones que en su momento enriquecieron nuestra perspectiva sobre

lo que podía ser un legítimo proyecto de desarrollo, subvirtiendo nociones arraigadas sobre las condiciones de la modernización y las ilusiones de progreso incesante. En este sentido, la revista de Paz llevó a sus lectores elementos nuevos de análisis sociocultural, útiles para discernir las perplejidades que suscitaban las consecuencias reales del progreso mexicano, y para renovar el vocabulario habitual sobre temas de política y desarrollo.

Una tarea que queda pendiente: esclarecer los modos específicos de transmisión y resemantización de significados a partir de la relación entre un público lector y una fuente de referencias interpretativas; en el caso que me ocupa, no deja de ser intrigante y a la vez fascinante profundizar en los procesos mediante los que las interpretaciones de *Plural* sobre temas de cultura y sociedad en sus ensayos, artículos y columnas, era reelaborado (se “resignificaba”) a través de la lectura única de cada lector, transformándose en una “opinión” o “perspectiva” personal y luego, con los intercambios y las intertextualizaciones, en moneda común, es decir, en una interpretación compartida de alcance amplio sobre temas que alcanzan la condición pública.

Otro de los propósitos de este trabajo, estrechamente relacionado con la necesidad de caracterizar a una revista que aspiraba de manera inequívoca a pensar y a modificar su circunstancia mediante las ideas y la crítica, fue el de otorgarle la importancia que merece al papel desempeñado por nuestros intelectuales en la política nacional desde el siglo XIX, a través de una rápida aproximación histórica, que no pretendió agotar el tema, ni mucho menos, pero sí esbozar una necesaria caracterización sobre ese grupo social y profesional. ¿Cuál es su lugar en la creación de una vida pública, es decir, de ese espacio donde los ciudadanos, por lo menos en un plano formal, deliberan para tomar decisiones de índole política desde la autodeterminación? O menos idealmente, ¿cómo evaluar sus responsabilidades en la legitimación de la Razón de Estado y en la exaltación del Poder por el Discurso? Me limité a esbozar el tema y a situarlo en el contexto de la aparición de una revista cultural.

¿Por qué, a fin de cuentas, una tesis sobre *Plural*? En primer lugar, por razones biográficas: fui un lector asiduo de la revista entre los 21 y los 25 años de

edad, como narro en un apartado específico de este trabajo; pienso ahora que una manera no demasiado arbitraria de recuperar cierta porción de aquel tiempo -en la medida en que sea posible recuperar el tiempo pasado- era a través de una imagen o referencia simbólica donde se entrecruzaran las pasiones y las fijaciones de una época, así como su atmósfera. Elegí *Plural* porque ahí, en su lectura, pude proyectar y organizar impulsos, perplejidades y curiosidad; de su lectura obtuve vocabulario, ideas (esquemas de interpretación), temas, juicios y prejuicios que de alguna manera contribuyeron a conformar mi personalidad moral e intelectual. Debo añadir que en aquellos momentos la imagen que tenía de *Plural* estaba revestida de la admiración que sentía por la obra personal de Paz: el prestigio del poeta se trasladaba a su proyecto editorial. De ahí que dedique bastantes páginas a rastrear el itinerario público de Octavio Paz como artista y como intelectual, porque considero que su estilo, sus convicciones y sus pasiones impregnan el proyecto de *Plural*, lo inscriben en un horizonte cuyos alcances y cuyas limitaciones son también las de la biografía del poeta.

En suma: con esta tesis he procurado objetivar mi experiencia vital e intelectual de aquellos años y de aquellas lecturas al tiempo que procuraba ofrecer un elemento novedoso de conocimiento - en este caso la relación entre la revista *Plural* y el debate político en el México de los años setenta - para cumplir con los requisitos de una tesis de maestría.

Por lo que toca al método seguido para darle orden y coherencia a este trabajo, debo señalar que utilicé criterios cercanos al ensayismo y a la reconstrucción literaria y cultural, tal como lo postulan el “new criticism” y los estudios literario-culturales de Harold Bloom en la literatura anglosajona, o críticos como Christopher Domínguez Michael, quien ha situado las obras significativas de la literatura mexicana del siglo XX en un mapa sociocultural diferenciado, donde lo general y lo particular, la obra literaria y su horizonte, se enriquecen mutuamente.

Consideré necesario respaldar mi hipótesis de trabajo –el papel significativo de una revista, obra de un grupo de intelectuales aglutinados en torno de una figura principal de la cultura contemporánea, en la configuración del debate político mexicano de los años setenta– mediante la caracterización somera de la época y de

algunos de sus protagonistas desde distintas perspectivas: el clima social y político; los rasgos de una biografía y una obra, las de Paz; las especificidades y las tareas de una revista de cultura; el perfil de esa figura estratégica, el “intelectual”. Es importante aclarar, por otra parte, que si bien una parte de las afirmaciones hechas en estas páginas corresponde a mi experiencia personal (como lector, como testigo de hechos) y a mi “organización de la memoria”, otra es producto de un trabajo de campo y de organización de los datos provenientes de la lectura de *Plural* y de otras fuentes bibliográficas; en este sentido, procuré consultar autores y obras significativas para la construcción del tema y sus personajes.

En seguida esbozo una descripción de los contenidos. En el primer capítulo intento caracterizar una época de México, así como las circunstancias que hacen posible y necesaria una tentativa como la de *Plural*; el clima de aquellos años sesenta y setenta –marcado por los hechos del 68 y por la sensación extendida de que el país vivía una profunda crisis política, social y cultural– es también el del triunfalismo de un régimen que se reclamaba de origen revolucionario y que había logrado conciliar estabilidad y progreso, al modo del denostado régimen porfirista. También hago una caracterización a vuela pluma en este capítulo de tres intelectuales cuya obra ha contribuido como pocas a la comprensión de la crisis de la modernidad mexicana: Daniel Cosío Villegas, Carlos Fuentes, Carlos Monsiváis.

En el segundo capítulo me aproximo al intelectual mexicano e intento comprenderlo a partir de su acción histórica para luego abstraer los variados papeles que ha desempeñado -de mayor o menor importancia política y cultural- en los diversos regímenes políticos, considerando en todo momento como elementos de interpretación (y valoración) su relación con el Estado y sus aportaciones a la gestación de una vida pública.

En los siguientes apartados, que denomino genéricamente “paréntesis”, recupero una serie de apuntes y reflexiones provenientes de mi proceso como estudiante de Maestría para enriquecer determinados temas de la tesis. Así, me acerco a la revolución mexicana -fenómeno multiforme que decenios de manipulación cultural e histórica han logrado transformar en una especie de inexpresivo ornamento narrativo- con el propósito de entender esa compleja e

instrumentalmente eficaz relación entre legitimidad y cultura que el Estado mexicano logró establecer a lo largo del siglo XX, caracterizando así su relación hegemónica con el mundo de la inteligencia. En esta dirección hago algunas anotaciones sobre el papel acordado al intelectual, el portavoz por excelencia de la cultura letrada, en sociedades culturalmente híbridas, como señaló en su momento Néstor García Canclini. También intento comprender la relación entre poder y conocimiento a partir de las interpretaciones de pensadores como Wallerstein y Foucault. En otro de los “paréntesis” me refiero a la obra de Paz y a la genealogía crítica que ésta suscitó a lo largo de varios decenios.

El tercer capítulo está dedicado a documentar e interpretar la relación de Octavio Paz con su propio país a partir de su obra ensayística sobre “tema mexicano”; así, *El laberinto de la soledad*, *Posdata* y *El ogro filantrópico* serán, de muy diferente manera cada uno, miradas sobre México donde la visión peculiar de Paz está de cuerpo entero caracterizando a su tierra, con términos e ideas que hoy forman parte de un patrimonio común y anónimo de referencias, ya son “discurso nacional”. Remato este capítulo con una detallada relación de las referencias sobre México de índole histórica y política hechas por Paz en su obra periodística y ensayística.

El cuarto capítulo es una aproximación a las revistas de cultura en México y a la importancia de su labor en la difusión de obras, estilos, sensibilidades: ventanas abiertas a la circulación de ideas, como si dijéramos. Ejemplifico esta influencia con la caracterización de dos revistas que considero ejemplares por su capacidad para suscitar nuevas y entusiastas aproximaciones a la realidad circundante, para renovar las maneras habituales de ver y entender. Me refiero a *El Renacimiento*, de Ignacio Manuel Altamirano, y a *Examen*, de Jorge Cuesta, sendos ejemplos que me parecen afines en más de un sentido a lo que pretendió *Plural* en su momento.

En el capítulo cinco ofrezco un recuento pormenorizado de los antecedentes de la revista *Plural*, las circunstancias institucionales y personales que favorecen su aparición, los hechos políticos que contribuyen a la salida definitiva de su fundador. También hago una especie de radiografía de la revista, donde quedan registrados los datos esenciales de su estructura: título, editorial números aparecidos; director,

colaboradores, consejo de redacción; secciones, contenidos. Al final del capítulo reflexiono sobre el pluralismo (o falta del mismo) de un proyecto que en el nombre propio pretendió ostentar su apertura intelectual y su voluntad inclusiva.

El sexto capítulo, central en esta tesis, establece, primero, la amplitud y la densidad de la presencia histórica, política, cultural, de México en las páginas de *Plural*, a partir del recuento de temas y autores; segundo, la importancia específica que que en la revista tuvieron los temas de política mexicana, como intento demostrar en el anexo que titulé “Referencias a la vida política en México: revista *Plural* (1971-1976)”. Este registro me permitió establecer algunas pautas numéricas sobre temas recurrentes y asiduidad en las colaboraciones que abordaban cuestiones relacionadas con economía, política y desarrollo (que a efectos de análisis textual considero indisociables), pero sobre todo hizo posible una interpretación responsable sobre contenidos gracias a la base empírica que me proporcionaban los datos organizados en el anexo citado.

En el capítulo siete y último, condenso los temas que desarrollé a lo largo de la tesis en seis apartados, donde ofrezco las conclusiones de este trabajo: a) Contexto mexicano en la época de la aparición de *Plural*; b) Intelectuales, poder y democracia en México; c) La obra de Octavio Paz sobre México; d) Papel de las revistas culturales; e) ¿Qué fue o quiso ser *Plural*?; f) Política mexicana en *Plural*.

Quiero detenerme un momento en el criterio que adopté para el uso de dos términos que aparecen de manera reiterada a lo largo y ancho de las páginas de este trabajo: *política*, *mito*. En cuanto a política se refiere, utilizo el término como adjetivo, “todo lo relativo a la ciudad, al gobierno del Estado, a la organización y al ejercicio del poder en una sociedad organizada” (tomado y traducido de *Le petit Robert*, p.1476), por ejemplo, en el mismo título de esta tesis, en “..temas y conceptos del debate político a partir de unas cuantas ideas...” (pág. 106), en “...una explícita vocación al servicio de ideas y planteamientos políticos” (pág. 125); pero también como sustantivo, “hombre de gobierno, arte y práctica del gobierno de las sociedades humanas” (*Le petit Robert*, p. 1476); por ejemplo, “...los cambios en la esfera de la política, de la cultura...” (pág. 119), o bien en “...Política mexicana en *Plural*. (pág. 126).

En cuanto a mito, utilizo el término habitualmente en el sentido más pleno y significativo que posee, como construcción o representación simbólica de la realidad; por ejemplo, “...una sensibilidad o visión mítico-histórica distantes...” (pág. 121); pero también lo he utilizado en su sentido de falsa representación: “...el mito del Estado custodio...” (pág. 118), “...las representaciones míticas del autoritarismo...” (pág. 126), “...la política cultural que, desde entonces, es referencia obligatoria, *mito* puntual...”(pág. 42). Dejo al lector la tarea de deslindar críticamente esta diversidad, a veces abusiva, de usos semánticos.

Para terminar, sólo agrego lo siguiente: ojalá este trabajo pueda ser útil como referencia sobre una época, unos proyectos resueltos en obras y unos protagonistas que contribuyeron a configurar un México distinto, el nuestro de hoy, quizás todavía incierto en términos de viabilidad institucional pero cuya riqueza cultural y cuyas inmensas posibilidades colectivas algo le deben al ánimo renovador y a la lucidez crítica que muchos mexicanos pusieron de manifiesto hace tres décadas.

1. Octavio Paz y *Plural*: boceto de una época

1.1 El regreso a México

Octavio Paz regresa a su país en 1971 luego de un periplo de doce años que lo llevaría, entre 1959 y 1971, a Francia y la India, donde cumpliría funciones diplomáticas, incluyendo la de mayor jerarquía –embajador de México en Nueva Delhi desde 1962– y luego a Inglaterra y los Estados Unidos, país en el que imparte varias conferencias en diversas universidades. Su regreso, luego de renunciar como Embajador a raíz de la masacre de Tlatelolco, se daría en condiciones distintas a las del primer retorno, a principios de los años cincuenta, realizado con el ánimo de vivificar la cultura mexicana poniéndola en contacto con las corrientes centrales de la creación contemporánea, y, sobre todo, con un propósito diferente: Paz vuelve a México para promover la circulación de ideas y elevar el nivel del debate sobre los diversos proyectos de país; para alentar la participación política con una perspectiva

claramente democratizadora, así como la revisión de actitudes e instituciones consideradas inamovibles; para alentar el diálogo de los artistas e intelectuales nacionales con sus pares de otras latitudes; aspira sobre todo a poner en evidencia, desde la sensibilidad crítica, la para él evidente petrificación del proyecto revolucionario, lo mismo que el autoritarismo de sucesivos gobiernos priístas, incapaces de asumir los cambios profundos ocurridos en los últimos decenios y que afectaban sobre todo a las generaciones beneficiarias de la educación masiva y del acceso creciente a fuentes alternativas de información y esparcimiento; en este sentido, la respuesta unívoca del régimen al pliego petitorio del Comité Nacional de Huelga, que exhibía no sólo una profunda y deliberada incompreensión hacia los alcances (y límites) de la protesta estudiantil, sino su creciente parálisis política, daba la razón a los observadores del escenario nacional, tanto nacionales como extranjeros, que de modo creciente señalaban la escasa capacidad de maniobra exhibida por el sistema político, poco antes tan celebrado, ante el reto que suponía la revuelta de una parte significativa de las clases medias.

Paz trae a México también su desencanto sobre el progreso y sus consecuencias, visible en varias de sus obras, y la consiguiente reflexión sobre los límites del modelo industrial, tanto del capitalismo como del socialismo. Ya desde entonces tendrá un lugar importante en su obra ensayística y en sus proyectos editoriales, junto con la crítica del socialismo real, el debate contra la ideología y los ideólogos del progreso (Alberto Ruy Sánchez, 1990, pp.14-18). Y vuelve también para sumarse a los esfuerzos de un sector de la *intelligentsia* de izquierda –Heberto Castillo, Demeterio Vallejo, Luis Tomás Cervantes Cabeza de Vaca, Carlos Fuentes, Gastón García Cantú, Víctor Flores Olea, entre otros– para crear un partido político de tinte más o menos socialdemócrata, con un programa progresista y al mismo tiempo comprometido con el ejercicio cabal de las libertades públicas. La alianza, quizás improbable, entre cierto sector de la izquierda nacionalista y la inteligencia liberal nunca llegaría a cuajar; de hecho, las diferencias entre ambos mundos se acentuaron conforme el sistema político entraba en crisis y obligaba a definiciones perentorias sobre el futuro deseable de la democracia mexicana.

A raíz de una entrevista concedida al diario *Excélsior* (Octavio Paz, 2001:12), Paz afirma que sus ideas, especialmente el sentido de su reflexión política sobre México en particular y sobre los dilemas de la civilización contemporánea en general, de manera específica para el caso de América Latina, podían ser encontradas en la ya mencionada *Posdata*, donde hace un análisis doble, social y político por una parte, histórico y psicológico por otro (este último muy criticado por sus recurrencias al inconsciente y al peso del mito y de los símbolos para interpretar la pretendida fascinación de los mexicanos hacia el poder). Además, en su intervención en la mesa redonda “México: presente y futuro”, en Harvard, acompañado por John Womack y Frederick C. Turner, estudiosos de México (publicada en *Plural* n° 6, marzo de 1972); e igualmente en la carta a Adolfo Gilly (*Plural* n° 5, febrero de 1972), donde plasma sus ideas sobre el régimen mexicano (el “sistema político mexicano”), al que considera una variante de las burocracias políticas autoritarias del siglo XX, pero también el producto de los particularismos de nuestra historia profunda, y de las consiguientes actitudes colectivas de sumisión/fascinación que según Paz, han venido construyéndose a lo largo de los siglos en torno del poder y de aquellos que lo encarnan.

1.2 La circunstancia mexicana

La respuesta del régimen a la rebelión estudiantil del año 68, prueba manifiesta de la incapacidad del Estado revolucionario para confrontar y articular de manera constructiva la complejidad creciente de los diversos Méxicos, suscitó reacciones disímolas entre los intelectuales mexicanos: el apoyo explícito de escritores notables como Agustín Yáñez, por entonces Secretario de Educación Pública, Martín Luis Guzmán, José Luis Martínez, Mauricio Magdaleno, entre otros; la aquiescencia discreta –no por ello menos notoria– de gran parte de los intelectuales vinculados a las tareas públicas (es decir, prácticamente todos); y también la abierta inconformidad de una minoría encabezada por Fernando Benítez, Carlos Monsiváis, Carlos Fuentes, José Emilio Pacheco y Gastón García Cantú, quienes confrontaron desde las páginas sepia de la *La Cultura en México*, suplemento cultural de la revista *Siempre*, la reacción gubernamental hacia la disidencia y, sobre todo, las razones del

México institucional y de sus voceros (alguno de ellos tan insólito como Salvador Novo, alguna vez marginal y heterodoxo, en su papel de panegirista del régimen), comprometidos a fondo en la defensa a ultranza de la estabilidad, es decir, de la hegemonía incontrastada del Estado y su partido sobre la vida pública.

Octavio Paz renunció a su puesto diplomático y al Servicio Exterior, o bien, discusión bizantina, solicitó “ponerse en disponibilidad”, luego de conocerse los sucesos trágicos del 2 de octubre en la ciudad de México. Hizo enseguida declaraciones abiertamente críticas hacia el gobierno y hacia el sistema político imperante; señaló la petrificación del régimen y su involución social; advirtió sobre las consecuencias negativas que iba a tener en las siguientes décadas la carencia de alternativas democráticas sobre todo entre los jóvenes, propiciándose con ello la violencia como respuesta a la esclerosis del régimen (Jorge Volpi, 1998: 369-376). Tlateloloco, el espacio donde se condensa en mito y tragedia para la historia y la memoria colectiva el destino del movimiento estudiantil y su disolución por el crimen, despierta la ira y la imaginación creadora del poeta, que escribe “México: olimpiada de 1968”, incluido en *Ladera este*, y cuyo verso “Los empleados/ Municipales lavan la sangre/ En la Plaza de los Sacrificios” parece manifestar, en su laconismo brutal, el talante general hacia la insensata (¿calculada?) reacción gubernamental en la Plaza de las Tres Culturas.

La inquietud de Paz por los dilemas que enfrentaba su país y por las cuestiones urgentes que afloraron con la rebelión estudiantil del 68, así como las salidas posibles que vislumbraba tanto para la solución sobre bases duraderas del conflicto como para la ausencia de alternativas democráticas reales, se expresan con particular claridad en la carta que dirige a Antonio Carrillo Flores, entonces Secretario de Relaciones Exteriores, unas semanas antes de la matanza. Escribe Paz, refiriéndose a los estudiantes movilizados, que “estos grupos de un modo intuitivo encuentran que nuestro desarrollo político y social no corresponde al progreso económico. Así, aunque a veces la fraseología de estudiantes y otros grupos recuerde a la de los jóvenes franceses, norteamericanos y alemanes, el problema es absolutamente distinto. No se trata de una revolución social, aunque muchos de sus dirigentes sean revolucionarios radicales, sino de realizar una reforma en nuestro

sistema político. Si no se comienza ahora, la próxima década será violenta”. (Enrique Krauze, 1997: 358)

Estas líneas, premonitorias en un sentido, el del vaticinio sobre la violencia política que caracterizaría efectivamente la primera mitad de los años setenta en México, condensan el tono de lo que serán la prédica democratizadora y el talante crítico de los proyectos editoriales de Paz en los años siguientes.

1.3 La revolución se bajó del caballo

El México de los años 50 y 60, el de la revolución institucionalizada (como dijera, ocurrente, Miguel Alemán Valdez, “la revolución se bajó del caballo”), el del modesto pero innegable “milagro mexicano”, expresión poco original pero que sintetizaba con eficacia semántica la suma de transformaciones de la vida mexicana que habían desembocado en un intenso (y confuso) proceso de urbanización, con las secuelas de rigor (dicen los sociólogos): secularización acelerada de sensibilidades y costumbres, ampliación significativa de las clases medias, acceso de porciones importantes de la población a formas de vida modeladas, en no escasa medida, por las imágenes tan persuasivas, entonces como ahora, del “american way of life”.

Culminaba así, en una evidente estabilidad económica y política cuyo único parangón histórico entre nosotros lo representaba la muy denostada “pax porfirica”, la larga hegemonía del partido oficial, obra principal de Plutarco Elías Calles (que Lázaro Cárdenas consolidó) e instrumento político mediante el cual el Presidente de la República imponía su designio, distribuía las prebendas y se canalizaban los potenciales conflictos entre los miembros de la “familia revolucionaria” por cauces previsibles. Transformaciones aceleradas las de nuestra modernización bajo una eficaz y benigna (con sus asegunes sonados) tutela autoritaria, la del Estado heredero de la revolución (cuya encarnación político-jurídica, a manera de texto sagrado es, sí, por supuesto, la Constitución de 1917).

Esa eficacia manifiesta para conducir por cauces de orden –y control corporativo, si se quiere–, las manifestaciones de la vida pública, fue caracterizada de manera ejemplar por Daniel Cosío Villegas en sus perspicaces análisis sobre el llamado “sistema político mexicano”, obra maestra de la voluntad autoritaria que

dosificaba, a partir de una política oportunista adaptada al máximo a la necesidad de supervivencia de sus élites, el palo y la zanahoria, la prosperidad y la corrupción, la cooptación y la exclusión, el avance económico y el estancamiento político...

La desigualdad económica y social, siempre tan notoria, aunque acentuada por las consecuencias no previstas de la modernización, será, en este contexto, el pecado original de un modelo considerado en muchos sentidos ejemplar por buen número de politólogos (véase en este sentido el apartado sobre el sistema mexicano en *El orden político en las sociedades en cambio*, de Samuel P. Huntington) y responsables políticos del exterior, unos y otros admiradores de la sabia mezcla de autoritarismo, legitimidad y eficiencia que lo caracterizaba. Esta desigualdad encontró una de sus mejores expresiones teóricas en la teoría de los “dos México”, de vasta influencia posterior, conceptualizada por Pablo González Casanova en su influyente y a estas alturas clásica obra, *La democracia en México*, cuya primera edición apareció en el año 1965.

El hecho de que la distancia entre los dos México, lejos de aminorar se hubiese ahondado luego de más de tres décadas de gobiernos supuestamente comprometidos con el progreso material de las mayorías, fue el factor determinante en la lenta propagación de un creciente ánimo adverso entre personalidades y grupos intelectuales universitarios, políticos y sociales, aun dentro del “establishment” revolucionario, hacia lo que se percibía como una traición de las nuevas elites dirigentes a los principios básicos del programa nacional-revolucionario. Dicho programa había encontrado su mejor definición –en su antiimperialismo y en su reivindicación de los intereses de obreros y campesinos (y en la exaltación un tanto artificial de una cultura arraigada en “lo mexicano”, what ever it means)–, en el periodo de gobierno del general Lázaro Cárdenas del Río, de 1934 a 1940, o más profundamente, en su herencia política, el “cardenismo”, expresión tan ubicua como persistente de un ánimo reivindicatorio de lo nacional y lo popular, y que ha llegado hasta nuestros días a través de vertientes, grupos y personalidades que siguen influyendo en los derroteros y en el tono de nuestra política nacional.

1.4 Intelectuales a escena

La inconformidad de los intelectuales, empeñados desde una gran diversidad de posiciones –aunque adscritas en su mayoría al amplio espectro de la izquierda política– en hacer la crítica del régimen, ya por su traición a los postulados radicales de la Constitución de 1917, ora por considerársele esencialmente antidemocrático en la medida en que obstaculizaba por todos los medios el desarrollo de una ciudadanía con ánimo de participación en los asuntos públicos, no carecía de eco entre determinados sectores urbanos.

Los años sesenta ven la aparición, convocada por el hecho latinoamericano más notable e influyente de esos años, la Revolución cubana, de diversos proyectos editoriales y periodísticos que reivindicaban, con todos los matices posibles, una alternativa filosófica y política capaz de interpretar –para luego erradicar– las causas profundas del subdesarrollo mexicano y latinoamericano, atribuidas en lo fundamental, ya desde entonces, al omnipresente imperialismo norteamericano.

Las expresiones múltiples de una clase emergente de intelectuales desafectos del sistema (aunque pocas veces, como en el caso de José Revueltas, marginados del mismo) proliferan: revistas como *El espectador* y *Política*, orientadas explícitamente al examen de la situación nacional desde una perspectiva de izquierda, donde llegarán a colaborar Carlos Fuentes, Víctor Flores Olea, Jaime García Terrés, Enrique González Pedrero, es decir, buena parte de la llamada por Enrique Krauze “generación de medio siglo” (Enrique Krauze: 1983:124-168.), o *Revista Mexicana de Literatura*, espacio de la alta cultura y del espíritu renovador; las agrupaciones políticas como el Movimiento de Liberación Nacional, que si bien efímeras, dan cuenta de un maridaje entre las ideas y el activismo político que será el estilo y el destino de un grupo social, los intelectuales, y de una época, los años sesenta y setenta; asimismo, la fundación y el éxito (relativizado por el minúsculo número de lectores) de editoriales como *Era*, *Joaquín Mortiz* y *Siglo XXI*, de amplia significación hasta el día de hoy en la configuración de las ideas (juicios, prejuicios) dominantes entre los públicos letrados del país.

Predomina una vitalidad difusa aunque auténtica, un entusiasmo abierto por las proyecciones entrevistas del cambio social a través de la revolución (emblematizada en los procesos de descolonización que culminan a principios de los

sesenta, pero sobre todo con las revoluciones socialistas, en alguna medida también nacionalistas, de China, Vietnam y, sobre todo, de Cuba). Se propaga con rapidez una necesidad, compartida por muchos, de ventilar con ideas y prácticas renovadas los espacios enrarecidos del poder político y de las representaciones culturales e imaginarias de dicho poder.

La cultura en México, suplemento de *Siemprej* que funda Fernando Benítez luego de su expulsión del diario *Novedades* (por su apoyo entusiasta, desde *México en la cultura* a la naciente revolución cubana), se convierte en la caja de resonancia de novedades artístico-literarias y el ámbito por excelencia donde la crítica ilustrada denuncia el clima cultural (y moral) prevaleciente, lo mismo que los rasgos autoritarios de un sistema que es percibido de modo creciente como agotado, irreformable. El suplemento gana su prestigio intelectual como el único órgano capaz de contradecir versiones oficiales u oficiosas de la “gran prensa” y en general de la inmensa mayoría de las publicaciones periódicas nacionales sobre temas conflictivos; entre otros, las secuelas de la represión a los movimientos reivindicatorios de médicos, maestros y ferrocarrileros, a fines de los cincuenta, los conflictos agrarios, en particular el asesinato de un líder campesino, Rubén Jaramillo y de su familia, que suscitaría la indignación de los sectores más informados y una célebre crónica de Carlos Fuentes; a la hora del conflicto entre los estudiantes y el gobierno, en 1968, opone la reflexión político-cultural y la denuncia de la represión al silencio general y a la diatriba. Sólo *Excélsior*, revitalizado en aquellos años por su director, Julio Scherer García, y esporádicamente *El Día*, serán capaces de albergar voces disonantes sobre la situación del momento. Desde entonces, Fernando Benítez, acompañado por Carlos Fuentes, Gastón García Cantú, Enrique González Rojo, Carlos Monsiváis y José Emilio Pacheco, gana su lugar en la historia política y cultural del país a través de un competente periodismo de ideas, acompañando la crónica cotidiana del país y dialogando con determinadas vertientes de la creación y la reflexión de la época; en este sentido, como traductor y difusor de ideas, de obras, el papel de *La cultura en México* es inestimable. Xavier Rodríguez Ledezma dice sobre el suplemento: “... su contenido se había distinguido a lo largo de los años por proveer a la sociedad mexicana de materiales y temas de discusión que hasta

entonces eran desconocidos e impensables en una sociedad con tufos aún claramente provincianos, así como por el abordaje y toma de posición clara frente a diversas coyunturas políticas tanto nacionales como internacionales...”. (Rodríguez Ledesma, 2002: 87-88)

1.5 Las ideas, las realidades: tres momentos

1.5.1 Daniel Cosío Villegas y la crisis de México

El conocimiento y la interpretación de nuestros siglos XIX y XX debe mucho a una trayectoria intelectual insólita por su coherencia y su perspicacia crítica, la de Daniel Cosío Villegas. Don Daniel, aparte de las aportaciones que hizo como historiador y promotor cultural, fue pionero en la tarea crítica de establecer las singularidades y las continuidades históricas del régimen revolucionario, así como el balance, en este caso muy desfavorable, del proceso de transformación emprendido por los hombres de dicho régimen, una vez lograda la paz y obtenido el consenso necesario sobre los mecanismos de circulación de las élites a partir de la fundación del PNR, actual PRI.

Cosío Villegas, un liberal intransigente, desdeñoso de las grandes totalizaciones filosófico-políticas que prevalecieron entre buena parte de la “inteligencia mexicana”, reivindicó como el ideal deseable y posible de una vida democrática digna de tal nombre el de la “República Restaurada”, breve periodo, entre el fin de la intervención francesa y el inicio del porfiriato, donde coincidieron por una vez en la historia mexicana la estabilidad institucional, una participación ciudadana pujante, acompañada por una prensa a la vez libre y coherente, además de una relación equitativa entre los poderes ejecutivo, legislativo y judicial. Es a partir de esa referencia –la culminación de una vida pública plena, sin coacciones, encarnada en un periodo concreto–, con las que juzga los periodos posteriores de la historia mexicana: el Porfiriato, dictadura cuyos logros en materia de estabilidad y dinamismo económico no alcanzan a equilibrar, desde la perspectiva de Cosío

Villegas, su responsabilidad en el aniquilamiento de las instituciones y contrapoderes democráticos, así como en la degradación de la vida pública, reducida al mínimo posible; y el periodo posterior a la revolución mexicana, el de los sucesivos regímenes que ejercieron el poder bajo el auspicio del programa revolucionario.

“La crisis de México”, obra central de Cosío Villegas, aparece a principios de 1947 en *Cuadernos Americanos*, la revista de ideas fundada y dirigida por Jesús Silva Herzog, hombre de dilatada trayectoria política, uno de los intelectuales fundamentales del presidente Cárdenas y de la izquierda nacionalista en nuestro país. La fama del ensayo es justa: un equilibrado –aunque también implacable– ajuste de cuentas con los logros de la revolución mexicana a veinticinco años del inicio de la etapa institucional. La argumentación de Cosío es simple y contundente: hay una evidente distancia entre los propósitos y lo realmente conseguido, más allá de la ideología y los discursos. La educación, objetivo central del programa revolucionario; el régimen de partidos, clave de la vida democrática, junto con la relación entre poderes; el programa económico; el impulso igualitario y de justicia social; la reivindicación nacionalista; todos y cada uno de estos rubros es analizado con el ojo inquisitivo de quien asume el imperativo de entender la realidad de su país animado por un impulso cuasi-redentor. El nacionalista liberal que fue Cosío quería contribuir al esclarecimiento de coartadas e ilusiones que, desde su punto de vista, obstaculizan el entendimiento de nuestros problemas, sobre todo aquellos dos que a su juicio persisten a lo largo de nuestra historia independiente: la equidad social y la democracia plena. (Enrique Krauze, 1997: 76)

Escribe Cosío: “Desde luego, echemos por delante esta afirmación: todos los hombres de la Revolución mexicana, sin exceptuar a ninguno, han resultado inferiores a las exigencias de ella; y si, como puede sostenerse, éstas eran bien modestas, legítimamente ha de concluirse que el país ha sido incapaz de dar en toda una generación, y en el hundimiento de una de sus tres crisis máximas, un gobernante de gran estatura, de los que merecen pasar a la historia (...) Pero lo dicho antes es la verdad: todos los revolucionarios fueron inferiores a la obra que la Revolución necesitaba hacer: Madero destruyó el Porfirismo, pero no creó la democracia en México; Calles y Cárdenas acabaron con el latifundio, pero no crearon

la nueva agricultura mexicana. ¿O será que el instinto basta para destruir, pero no para crear? A los hombres de la Revolución puede juzgárseles ya con seguridad: fueron magníficos destructores, pero nada de lo que crearon para sustituir a lo destruido ha resultado indiscutiblemente mejor”. (Enrique Krauze, 1984: 404-405)

Años después de haber levantado el acta de defunción intelectual (o quizás sobre todo moral) de la revolución o, con mayor precisión, del régimen y los hombres que la habían usufructuado, Cosío Villegas emprende la tarea de caracterizar al “sistema político mexicano”, versión pragmática del proyecto nacional-revolucionario, a partir del análisis de las que Cosío denomina sus “piezas centrales”: la Presidencia de la República y el partido oficial.

El contexto es la presidencia de Luis Echeverría, quien pretende dar respuesta a la erosión de la legitimidad gubernamental luego de la revuelta estudiantil y de su derrota, renovando al sistema mediante una suerte de “revival” de algunos rasgos del cardenismo histórico combinados con la peculiar capacidad del sistema para confrontar a sus adversarios desde un autoritarismo flexible: palo o zanahoria, según las circunstancias y las necesidades.

La actividad de observador político que Cosío Villegas asume a través del periodismo (sus artículos en *Excélsior* se convierten en lectura obligada, y ahora sabemos que representan una cima intelectual y ética del periodismo político, sin apenas parangón en nuestro país desde la época de Zarco, Ocampo, Ignacio Ramírez, Altamirano...) o bien de tareas académicas como la participación en congresos y seminarios, se traduce en varios libros fundamentales para entender, desde una perspectiva liberal, el estado del Estado mexicano luego de cuarenta años de revolución institucionalizada: *El sistema político mexicano*, *La sucesión presidencial*, *El estilo personal de gobernar*. De alguna manera, la actitud de Cosío, lo que consideraba su deber moral e intelectual ante los dilemas que debía enfrentar el país, su liberalismo rayado de sentimiento patrio, ofrece claras correspondencias, diferencias vitales e intelectuales aparte, con la importancia que Octavio Paz le otorga al debate de las ideas para intensificar la participación de los ciudadanos en la política y alentar la crítica de la realidad, elemento crucial para ambos de la vida democrática. Una referencia de *Posdata* subraya las aportaciones

de Cosío Villegas a lo que Paz consideraba “la imperiosa necesidad de disipar los fantasmas que impiden el paso a una vida democrática responsable”: “Con gran claridad y concisión –anota O.P.– una de las inteligencias más agudas y honradas de México, Daniel Cosío Villegas, apuntaba lo que a su juicio –y debe agregarse: al de la mayoría de los mexicanos pensantes– era el único remedio: hacer pública de verdad la vida pública”. (Octavio Paz, 1984: 37)

1.5.2 Carlos Fuentes, ubicuo, indispensable

Carlos Fuentes, protagonista de la vida mexicana ayer y hoy, maduró el oficio periodístico –esa versión tan personal, mescolanza de periodismo de ideas y novela en ciernes– en la ya mencionada *La Cultura en México*, donde sus vastas e imaginativas crónicas, versiones mexicanas del “new journalism” (menciono dos principales, escritas en las postrimerías de los años sesenta: la que celebra como una fiesta el mayo parisino del 68, y la que refiere el asesinato de Rubén Jaramillo en Morelos), así como los avances de sus primeras novelas, perfilaron muy pronto esa voz inconfundible por su ingenio vivo, sus calidades tonantes, sus pretensiones omniexplicativas y su inteligencia. Fuentes ha sido, como ávido participante en el debate nacional, por así decirlo, una voz fundamental entre las de otros escritores que también, por diferentes medios estilísticos y distintos énfasis en el contenido, evidenciaron la inconformidad que desasosegaba los espíritus, inconformidad con la realidad mexicana, vista por muchos intelectuales como inaceptable por injusta.

Sobre el personaje, ubicuo y omnipresente en la vida política y cultural de México desde hace más de cincuenta años, tan celebrado como denostado, dice Jorge Volpi: “A partir de los años sesenta, Fuentes se ve a sí mismo no sólo como un novelista, sino como un “intelectual latinoamericano”. Con el mismo espíritu del Che, se asume como un representante de los pueblos de la región, un interlocutor de éstos con el resto del mundo (...) Fuentes quiere ser visto como una de las voces latinoamericanas que apuestan por el cambio en medio del pasmo de Estados Unidos y Europa. Este nuevo look le ofrece la doble ventaja de poder atacar el cerrado nacionalismo mexicano mientras está en México (por inicuo y excluyente), mientras en el exterior puede defender sus particularidades (que representan la “esencia” de lo mexicano)” (Jorge Volpi, 1998: 69). La visión sobre la imagen y la

obra de Carlos Fuentes, más y más agria o distanciada conforme éste, de modo paulatino y calculado se consolida como una celebridad internacional o, en todo caso, como La Presencia Intelectual Mexicana en el Mundo (ante la ausencia de O.P.), será compartida por espíritus tan disímbolos como Enrique Krauze, que recrea al personaje en un ensayo lapidario y preciso, “La comedia mexicana de Carlos Fuentes”, y el cubano Reinaldo Arenas, quien lo menciona en su libro de memorias, *Antes que anochezca*, y se refiere a él como el prototipo del escritor inauténtico, aquel que “habla con propiedad de todo”.

En todo caso, Fuentes, sobresaliente actor de sí mismo, es también, y quizás sobre todo, un imaginativo cronista de su tiempo, capaz de desentrañar la densa trama de la vida mexicana para expresarla en metáforas poderosas, de aliento mítico. Su obra narrativa, sobre todo la inicial (dos novelas y otros tantos libros de cuento, a juicio de quien esto escribe) pero también algunos de sus ensayos dan buena prueba de ello: *Tiempo mexicano* y, veinte años después, *Nuevo tiempo mexicano*; *Casa con dos puertas*; *Geografía de la novela*; *La nueva novela hispanoamericana*, *El espejo enterrado*. .

La visión de Fuentes sobre el México contemporáneo –el de los regímenes que tras la máscara progresista apenas encubrirían su obstinado propósito de perpetuar la inequidad incluso mediante el ejercicio de la violencia– se configura a partir de una idea dicotómica, la de dos Méxicos radicalmente opuestos. De acuerdo con esta perspectiva, que plasman como tipos ideales Carranza, modernizador autoritario, y Zapata, reivindicador de la comunidad local, la legitimidad de un régimen, incluso de un Estado, se sustenta en el contacto con los veneros profundos del país real, el país auténtico (en el sentido que da a esta acepción Guillermo Bonfil Batalla): el re-conocimiento de las raíces, en este caso el México popular

–representado por esa figura central en el ideario de Fuentes: Emiliano Zapata y su utopía local de autogobierno– frente al desarrollismo, ideología de la modernidad que encubre o suprime las verdades nutricias de un país más vital y verídico, aunque soterrado por las instituciones que, en nombre del progreso, consolidan un despotismo de nuevo cuño. Lázaro Cárdenas y su régimen encarnarían, de acuerdo con esta amplia y algo esquemática visión, las potencialidades transformadoras que

alberga un gobierno dispuesto a reconocer al otro México, y reconocerse en él; Lázaro Cárdenas pero también, años después...Luis Echeverría Álvarez, considerado por Fuentes como una alternativa genuina, el hombre capaz de encabezar la apertura del sistema a verdaderas prácticas democráticas, alentando la participación política de los ciudadanos. Tan hermosos propósitos, como revelarían los hechos posteriores, desembocaron en el célebre *dictum* de Fernando Benítez: “Echeverría o el fascismo”, de tan vastas resonancias y equívocas consecuencias.

(Estas consideraciones pretenden esbozar, aunque de modo sumario, la relación –la compleja relación– entre los intelectuales y la política e insinuar cómo la presencia pública de los intelectuales contribuye a transformar tanto el ámbito donde se fraguan los imaginarios colectivos como la correlación entre las fuerzas que “disputan la nación”, aunque en este caso, de manera menos significativa).

El hecho es que Carlos Fuentes se sumerge en estas atmósferas cargadas e influye a su manera inconfundible en los acontecimientos, o mejor dicho, en la sensibilidad de los espíritus, a través de su prosa enfática, de sus análisis literario-políticos, siempre imaginativos, muchas veces persuasivos, cuántas arbitrarios. (Elsa Rodríguez Brondo, 2002: 70-71)

Una larga cita entresacada de *Tiempo mexicano* permite vislumbrar la vibración intelectual y moral de un perspicaz testigo-de-su-tiempo; escribe Fuentes una rápida caracterización del sistema de poder en México hacia fines de los sesenta: “Después del movimiento estudiantil de 1968, la ‘democracia dirigida’ a la mexicana no volverá a ser la que fue. Las condiciones de su poder eran triples: unidad de las clases superiores que la gobiernan; manipulación de las clases trabajadoras que la soportan; y consenso de las clases medias a las que favorece. Las demandas estudiantiles de libertad política, la resistencia pasiva de la población contra el exceso de sangre y la severa represión oficial contra técnicos y funcionarios disidentes, han dañado gravemente ese consenso. Los círculos internos del poder se encuentran divididos frente a la opción inevitable: reformas democráticas o dictadura virtual. Tanto las palomas como los halcones (o, para inventar una terminología mexicana, los cenizontes y los zopilotes) temen que las nuevas exigencias democráticas de la clase media eventualmente reaviven los movimientos obreros y

campesinos. En todo caso, sólo una profunda revisión del statu quo puede asegurar que el país vaya hacia adelante, más allá de una etapa exhausta de su desarrollo, hacia una etapa nueva y más exigente (...) El proyecto de Zapata se ha convertido, de esta manera, en el proyecto nacional. Lo que él logró al nivel limitado de una sociedad agraria debe ser, ahora, logrado por todos los mexicanos al nivel de una sociedad industrial de transición y altamente desequilibrada”. (Carlos Fuentes, 1972: 143-144)

...No poco visionaria esta reivindicación del laboratorio zapatista (la “arcadia morelense”, para C.F.), escrita unos veintitrés años antes de la aparición de los neozapatistas en San Cristóbal el 1° de enero de 1994.

1.5.3 Carlos Monsiváis, marginal y central

“No admiro a mi generación: la veo demasiado uncida al régimen imperante, la recuerdo siempre ligada a las generaciones anteriores en el empeño de ahorrarse trabajo, de disfrutar lo conquistado por otros. La veo inerte, envejecida de antemano, lista para checar y reinar. Aunque, desde luego, admito y admiro y trato cotidianamente a las excepciones, las gloriosas, insólitas, renovadoras excepciones. Me apasionan mis defectos: el exhibicionismo, la arbitrariedad, la incertidumbre, el snobismo, la condición azarosa. No sé si pueda llevar a cabo una obra siquiera regular, pero no sirvo para las finanzas o la política. Me aterra terminar. Tengo 28 años y no conozco Europa”. (Carlos Monsiváis, 1975: 62)

Quien así escribe de sí mismo –Carlos Monsiváis sobre Carlos Monsiváis antes de la treintena–, es una personalidad proteica, capaz de manifestarse –¿ocultarse?– mediante las muy variadas expresiones genéricas de un oficio narrativo riguroso y de una visión descarnada que, al posarse sobre la diversidad de instituciones, mitos, recurrencias patriótico-sentimentales e impostaciones y complacencias colectivas que constituyen buena parte de nuestra vida pública, las pone en evidencia ironía mediante como fantasmagorías esforzadamente levantadas para servir a la causa de la estabilidad y la previsibilidad, y quizás las corroe para beneficio de la verdad o cosa que se le parezca.

Carlos Monsiváis, “heterodoxo y hegemónico a la vez” (Jezreel Salazar Escalante, 2002: 75), paradójico y a estas alturas ya casi previsible, fabulador y cronista que sabe aliar ternura e ironía en una mirada que es devastadora para nuestra satisfacción, la de su vasto público lector: es con Octavio Paz, el animador primordial de la vida cultural mexicana en los últimos decenios. Las causas que defiende, las buenas causas por excelencia, de las minorías políticas, sexuales, de los silenciados por la costumbre, por la autoridad, por la bella literatura, los nacos, los jodidos, los homosexuales... sus abigarradas crónicas realzan, como tal vez ninguna otra obra testimonial o de ficción, la impura y estimulante riqueza miscelánea de la vida mexicana y sus pasiones soterradas: la corrupción invulnerable del Lenguaje Oficial y la miseria dulcificada de los lenguajes privados, la cursilería que es el patrimonio de las almas y la única expresión posible del sentimiento propio, la involuntaria comicidad de los monólogos y diatribas y cacofonías que constituyen ingrediente esencial de la política nacional, etc.

Pero es también el astuto democratizador de los temas y personajes, el visibilizador por excelencia de lo invisible, el creador de un dispositivo narrativo (“Monsiváis: un nuevo género literario”, dice O.P.) que trasciende el “new journalism” para acceder a la calidad de literatura perdurable en libros como *Días de Guardar* y *Amor Perdido*, vastos frescos donde lo minúsculo y lo Mayúsculo, lo esencial y lo accesorio, lo trágico y lo lúdico dialogan se mezclan para dibujar con vigor y soltura el claroscuro incitante, esencialmente ambiguo, de la vida mexicana en la segunda mitad del siglo XX y las vertientes subterráneas que la fecundan: la banalidad, la impostura, la violencia, la retórica, la represión latente o virtual, la inconformidad de algunos, la sumisión de muchos, el desasosiego de quién sabe cuántos. *Días de guardar*, libro iniciático para quien esto escribe, leído en 71 o 72 con asombro creciente e ignorancia deslumbrada, hace el registro lúcido, desdramatizado, de las convicciones unánimes (el Guadalupanismo), de las emociones esforzadamente verídicas (el Día de la Madre); de las ceremonias que conmemoran la Eternidad de héroes e instituciones (5 de febrero, Día de la Constitución; 20 de noviembre, Aniversario del estallido de la R.M.) o la apoteosis de la nueva burguesía en sus rituales más entrañables y ostentosos; de la búsqueda de alternativas

democratizadoras por vías radicales o a través de la lucha cívica, todo ello entreverado con el pausado relato del movimiento estudiantil, en un sordo crescendo que va del relato de sus hitos o apogeos civiles (la manifestación del Rector, la manifestación del silencio) a su desenlace y consumación el inefable dos de octubre.

Carlos Monsiváis politiza los espacios de la banalidad, del costumbrismo, de la ostentación inocente (ver en *Amor perdido* "I. El proyecto general: atmósferas de alta sociedad". Carlos Monsiváis, 1982:155-188), resignifica la alta cultura e introduce una estética mestiza en santuarios reservados a lo Bello y lo Verdadero, contribuyendo por vía del lenguaje a la democratización de las formas de expresión y a la claridad de los diálogos públicos; trae al escenario del "debate nacional" las cuestiones privadas que también son política, y realza los detalles accesorios propios de la vida cotidiana para darle una vivacidad, una autenticidad mayor a la crónica mexicana. En ese sentido, es un escritor político, un intelectual que cumple con sus deberes civiles a la hora de trazar los mapas del México contemporáneo por las vías coincidentes de la ironía (a veces del chacoteo) y del registro detallado de las pulsiones del poder, sorprendido en su estupidez esencial (y no carente de astucia).

2. En torno a los intelectuales, la cultura y el poder en México durante el siglo XX: mínimo contexto

2.1 Los intelectuales y las modalidades de su actividad pública

¿Cómo valorar en su justa perspectiva el papel de los intelectuales en la conformación de una opinión pública, es decir, de audiencias establecidas, consumidoras de cultura en un sentido lato, a través de los mass media o de los medios consagrados (libros y periódicos, fundamentalmente); de una opinión capaz de participar, más o menos activamente, en los asuntos del Estado y la política? ¿Y qué decir de los múltiples vínculos, vergonzantes o exultatorios, entre los intelectuales y el Estado mexicano, particularmente en la etapa “constructiva” de la revolución? ¿Cómo entender –y justificar– el papel protagónico de los intelectuales en la legitimación del Estado y su acción política en nombre de y a través de principios e ideologías?

Una buena parte de los hombres de ideas en México a lo largo del siglo XX ha intentado responder a estas y otras cuestiones relacionadas con el tema: el papel de este grupo social en la definición y, llegado el caso, en la construcción de los espacios públicos donde se generan las pautas colectivas, pero también, y del otro lado de la mesa, en la consolidación de proyectos políticos que por definición lo son de poder, de hegemonía, proyectos que culminan en la acción estatal, única legítima para algunas de las filosofías políticas más significativas (las de matriz hegeliana).

Según Daniel Cosío Villegas –uno de esos “hombres de ideas” que pensó largamente la relación entre los intelectuales y la política–, un intelectual “no puede dejar de tener una propensión crítica; el simple planteo racional de un problema lleva a ponderar estimativamente las soluciones posibles; y como el análisis crítico requiere tiempo, la actitud del intelectual tiene que ser de vacilación o de expectación mientras no concluye”; “el intelectual –sigue la cita de DCV– es el hombre que transforma en preguntas las respuestas”; entonces la relación con la política, “en esencia actividad”, sería esencialmente problemática: el político anda tras las respuestas y no tras las preguntas. Visto desde esta perspectiva, el intelectual es responsable de hacer la crítica de lo dado: la ideología y los actos del poder, la mistificación que suplanta al conocimiento, los enmascaramientos instituidos en

nombre del interés público o colectivo, la corrupción (banalización) de las ideas, un extenso etcétera.(Cosío Villegas, 2002: 65-92).

La participación de los intelectuales en la vida pública del país, ya sea en la actividad política propiamente dicha o mediante las diversas modalidades de difusión de sus reflexiones, se ha manifestado de modos muy distintos, de acuerdo con la circunstancia de la época: a lo largo del siglo XIX sobre todo en la actividad de personalidades que, pese a la existencia de logias, clubes, círculos de estudio, desarrollaban una actividad pública básicamente individual, considerando la debilidad de las instituciones y de las estructuras partidarias. La vida político-cultural giraba en torno a unos cuantos centenares de lectores que formaban sus criterios con la lectura de los periódicos de ideas, algunos de gran calidad, como *El monitor republicano* y *El hijo de ahuizote*. En esos diarios la sociedad letrada argumentaba los conflictos y dilemas del país sometiéndolos a debate público. La consolidación paulatina del Estado nacional, a partir del periodo juarista (la “República restaurada”), hasta su perfeccionamiento político en el Estado nacional-revolucionario, transformó a fondo el papel de los intelectuales en la vida pública: de hacedores de opinión civil a través de las ideas, y profesionales eficaces de la desconfianza pública hacia las acciones gubernamentales, pasarán a ser, en lo fundamental, los interlocutores críticos o adictos del proyecto nacional, es decir, del Estado mexicano, pionero en la incorporación del intelectual y de los prestigios de la inteligencia a tareas que en última instancia pueden ser entendidas como de legitimación del poder de facto. Refiriéndose a las responsabilidades del intelectual mexicano, Cosío Villegas señala, a principios de los años sesenta que “aun faltándole inteligencia e imaginación, su acción política tendría algún sentido si contara con una fortaleza moral visible, capaz de granjearle el respeto público. Piénsese, por ejemplo, en esa manipulación diaria del dogma revolucionario que paraliza el sentido crítico de las medidas gubernamentales. Si el intelectual no se resuelve alguna vez a desafiar pública y abiertamente la naturaleza intocable de ese supuesto dogma revolucionario; si no se resuelve a proclamar que impugna alguna de esas medidas por hallarla innecesaria o perjudicial, sin importarle que por ello se le cuelgue la etiqueta vengativa de reaccionario, es claro que su actividad política no llegará muy lejos”. (Cosío Villegas,

2002: 65-92) He aquí el testimonio de un observador calificado sobre el comportamiento “promedio” del hombre letrado en México frente al poder y sus representaciones, durante el apogeo del sistema político mexicano.

2.2 Del intelectual liberal al intelectual institucional

En el largo y complejo tránsito del intelectual liberal e individualista del siglo XIX, cuya principal arma es la argumentación de índole político-social (o la diatriba, muchas veces en gran estilo), al intelectual institucionalizado (¿corporativizado?) que sirve implícita o explícitamente como racionalizador de las decisiones e intereses del poder vigente (puede que por las mejores razones, eso es cierto), llegaremos, en la segunda mitad del siglo XX –a la hora del despegue económico y de la rápida modernización sociocultural–, a la entronización de la academia e instituciones concomitantes como la constelación central de la inteligencia mexicana y sus prácticas sociales: centros de investigación, sistemas y redes vinculatorias, instituciones como el CONACULTA y el CONACyT...en una palabra, particularmente expresiva: subsidios, subsidios, subsidios... “Se habla de que los intelectuales tienden a ser muy individualistas y es cierto en algunos aspectos. Sin embargo, el trabajo intelectual conforme avanza el siglo XX requiere cada vez más la crítica de los pares, la compulsión de sus obras, el dictamen de destrezas hecho por los que se dedican a la misma tarea, el respaldo que otorga un grupo experto y cohesivo en un campo del conocimiento, o de la expresión estética” (Paoli Bolio, 2002: 294). Para Enrique Krauze los sucesos del 68 y la desafección de las clases medias desembocaron, por la vía de la acción estatal (léase un alto financiamiento a la educación superior) para reincorporar a los sectores medios desafechos, en la burocratización académica y cultural: el campus se transforma así en el espacio de irradiación, pero también de confinamiento, de las voces y versiones críticas, además de constituirse en el mercado profesional por excelencia para buena parte de la generación del 68. De ese momento en adelante será difícil concebir una presencia intelectual activa y de alcance nacional si no es por medio de la universidad (sobre todo la pública) y su ámbito de influencia. Los intelectuales como Paz y Fuentes, vinculados a espacios y vertientes internacionales, se situarán en otra orilla, como

interlocutores crecientemente diferenciados, crecientemente adversarios, sobre todo en el caso del primero, frente a la inteligencia del cubículo y sus filosofías críticas.

Enrique Krauze dibuja con trazos no exentos de acidez a la generación del 68, la generación que toma el poder universitario: “Prácticamente todos se autodesignan de izquierda (muchos militan en ella). No distinguen la mentalidad conservadora de la liberal. No matizan ideologías políticas. Identifican, o por lo menos supeditan, la libertad política a la igualdad económica. Son sinceramente sensibles a las extremas desigualdades económicas y sociales que existen en México y para resolverlas no conciben en el fondo otro método –vieja y paradójica receta de una generación autoritaria– que el fortalecimiento del Estado”. (Krauze, 1983: 156-158).

Certero o no, este dibujo enfatiza un aspecto esencial en lo que toca al lugar y el papel de los intelectuales, considerados como clase o grupo diferenciado y con funciones sociales específicas: su relación con el Estado. En este sentido, Paoli Bolio define, en su caracterización de la *intelligentsia* mexicana y sus relaciones con el poder político, la equidistancia de dos grupos protagónicos del poder cultural en los últimos veinte años –los grupos contruidos en torno de las revistas *Nexos* y *Plural/Vuelta*– a partir de sus vínculos con el Estado y de la caracterización que cada uno hace de éste. Nada más significativo que el título del apartado donde Paoli desarrolla sus ideas sobre la primera revista: “La revista *Nexos* y los intelectuales *cercanos al Estado*” (cursivas de A.L.M.). Escribe Paoli Bolio: “Desde su origen cuenta la revista con un impulso estatal, que se le otorga mediante subsidio que recibe de la S.E.P. Se presenta desde su primer número (enero de 1978) como un foro donde ‘se expresen los problemas de la ciencia y la tecnología, la investigación económica y social, el ensayo literario, la historia y la realidad política’ ” (...) “En suma, *Nexos* es una de las expresiones fundamentales de los intelectuales en las últimas dos décadas del siglo XX. Notablemente ha sido la corriente que mayor interlocución con los gobiernos posrevolucionarios ha tenido”. Por otra parte, el mismo Paoli Bolio se refiere al grupo que, bajo la égida de Paz, haría *Plural* y luego *Vuelta*: “En el grupo domina la idea de que los intelectuales deben guardar distancia respecto del poder y hacer su crítica. En las revistas que hacen hay anuncios gubernamentales, pero no se acepta el subsidio público y se plantea que las publicaciones vivan de su circulación y aún tengan ganancias. Las revistas se crean y

se desenvuelven bajo la divisa de la renuncia de Paz a la embajada mexicana en la India que simboliza esa independencia”. En resumen, “...hay temas específicos en los que estas diferencias (entre *Vuelta* y *Nexos*) se notan: el Estado y los ámbitos donde debe intervenir; el tratamiento del subdesarrollo, la planificación económica y la pobreza, muy presentes en la segunda revista y escasos o no tratados en la primera”. (Paoli Bolio: 2002, pp. 308-337).

Este intento de diferenciación entre dos de los grupos de poder cultural más representativos por su alcance e influencia, aunque esquemático, puede dar luz sobre el que considero acontecimiento fundamental de la cultura mexicana del siglo XX. (no de la creación ni de la reflexión): la presencia del Estado a través de las políticas culturales como mediador por excelencia entre los intelectuales y el “público”, pero también como configurador tanto del perfil de la “clase intelectual” como de los valores identitarios colectivos a través del llamado “discurso nacional” (Valenzuela, 1999). En este sentido, Enrique Krauze va a desarrollar en “Cuatro estaciones de la cultura mexicana”, caracterización generacional sobre la historia de la cultura moderna en México, una persuasiva aproximación al espeso entramado de relaciones entre el Estado y la inteligencia, y los equívocos (y complicidades) que esta cercanía suscita. Refiriéndose a la Generación de Medio Siglo (la de Luis Villoro, Luis González, Pablo González Casanova, Gabriel Zaid, Enrique González Pedrero, Monsiváis, Pacheco, Fuentes, entre muchos otros) escribe: “Hay una paradoja final en el destino de estos intelectuales. Es también una oportunidad. Padecen íntimamente el cruce de dos corrientes contradictorias: su temple crítico y su incapacidad para ejercer la crítica del Estado” (Krauze: 1983, pp.124-168).

2.3 Vigencia de los intelectuales

Sea como sea, pese a la rapidez de los cambios en la esfera de la política, de la cultura y de la economía, promovidos en buena medida por las transformaciones tecnológicas cuyas consecuencias vislumbra Castells en su modelo de la sociedad-red (Castells, 1999, 505-514), no parece estar en cuestión la presencia multidimensional del intelectual en las sociedades actuales; su desempeño activo sigue siendo necesario en aspectos decisivos de la vida contemporánea: como racionalizador por excelencia de la esfera política y como garante crítico de los límites del poder; como articulador de las

sociedades civil y política; como creador de legitimidades en la relación entre gobernantes y gobernados, es decir, en la articulación de una cultura política proclive al acuerdo y a la participación; como intérprete y vocero de la diversidad ciudadana; como actor importante en las transiciones y la consolidación de la democracia, aspecto éste particularmente significativo en el caso de nuestro país.

Pueden decirse muchas cosas sobre la influencia social del intelectual, en particular sobre los límites y condicionamientos de dicha influencia. En este sentido conviene matizar cualquier afirmación sobre tales límites y condicionamientos, a partir de una observación cuidadosa tanto de los contextos en que se ha desenvuelto la acción propia del intelectual como de la influencia efectiva que ésta acción ha podido tener. Para Cosío Villegas, la presencia del hombre de ideas ha sido tan cambiante en términos de importancia como las propias circunstancias y las respuestas que éstas demandaban; señala que, en el caso mexicano, el intelectual pocas veces ha sido el iniciador material, o incluso ideológico, de los acontecimientos políticos, y en todo caso, en escasas ocasiones ha sido un protagonista de cierta significación. Su presencia –según el mismo Cosío Villegas–, ha sido generalizada cuando los acontecimientos políticos corrían paralelos a intervenciones extranjeras (la guerra con los EEUU, en 1847 y la intervención francesa), e importante, incluso sobresaliente, con el clima de confrontación ideológica que precede a la discordia civil, como en el caso de la guerra de Reforma. Sin embargo, es interesante la concepción que tiene Cosío Villegas –a contracorriente de las versiones prevalecientes, tanto oficiales como académicas– sobre la escasa o nula significación de las aportaciones de la clase intelectual a la ideología de la Revolución mexicana, tanto en lo que se refiere a los diagnósticos sobre la sociedad porfiriana como a la capacidad para articular un proyecto de nación coherente y propositivo; en todo caso, la contribución ideológica de mayor relevancia, aun considerando sus limitaciones, sería la que articularon los hermanos Flores Magón con su aclimatación mexicana del ideario anarquista. (Cosío Villegas, 2002: 75-76)

Sin embargo, esta visión más bien pesimista sobre las contribuciones de la “clase intelectual” a la vida política, dista de ser unánime. Para Jorge Volpi, refiriéndose al movimiento estudiantil del 68, si bien “los intelectuales apenas pudieron hacer otra cosa que redactar proclamas y manifiestos, temer las detenciones y tratar de interpretar los

hechos (...) su acción directa fue escasa o ineficaz”; en cambio, su participación posterior, con los medios que les son propios –la argumentación y la difusión de opiniones e interpretaciones a través de medios de comunicación, sobre todo impresos–contribuyeron a configurar una versión sobre los acontecimientos relacionados con el 68 y en general sobre la realidad político-social de la época, totalmente alejada de la explicación oficial. Es evidente, a 35 años de lo sucedido, que las distintas versiones sobre el movimiento estudiantil y su desenlace predominan de manera significativa sobre aquellas, escuálidas y conspiratorias, que justifican las reacciones del gobierno ante los hechos. En este caso, y quizás también aunque en una medida distinta, en el de la rebelión neozapatista, los intelectuales han contribuido de modo evidente, en una sociedad atravesada por las redes de información, a modificar la realidad mexicana, o mejor dicho, nuestra percepción sobre ésta. (Volpi, 1998: 418-420)

En el mismo sentido, viene al caso recordar el papel de grupos como el de San Angel, integrado en buena medida por intelectuales y políticos, o el de personalidades como Jorge G. Castañeda, Adolfo Aguilar Zinser, Enrique Krauze, Lorenzo Meyer *et al.*, en la conformación de una opinión proclive a la democracia, opinión ilustrada cuyo peso y cuya influencia fueron extendiéndose de manera vertiginosa hasta conformar, entre amplios sectores de la población, una actitud de franco rechazo a la continuidad del P.R.I. en el poder que se manifestaría a través del triunfo en las urnas de Vicente Fox Quezada en julio de 2000.

2.4 Los intelectuales y el poder

De todos modos, no es conveniente idealizar en demasía los móviles de la comunidad intelectual, situada como está, en un apretado haz de relaciones de poder, bien o mal entendidas, implícitas o explícitas, que conforman en medida significativa las pautas de comportamiento de sus miembros. Si se acepta como hipótesis que la capacidad de interpretación es poder, sobre todo para configurar las ideas –o los lugares comunes–prevalcientes en la esfera pública, o bien para justificar desde la ideología razonada los actos del Estado, entonces debe afirmarse que los intelectuales en México han sido, con escasas excepciones, un sector corporativizado, cuyo interlocutor esencial fue –y es– el omnipresente e inevitable Estado mexicano, que, como ya se ha dicho, puso a su

servicio, con una inigualable lucidez autolegitimadora, las energías desencadenadas por la irrupción popular en 1910. Carlos Monsiváis nos recuerda que “la función de la ‘cultura de la Revolución mexicana’ ha sido, las más de las veces, ir legitimando al régimen en turno aportando una atmósfera flexible y adaptable a las diversas circunstancias políticas, capaz de ir de la consigna monolítica ‘No hay más ruta que la nuestra’ al mecenazgo simultáneo de corrientes opuestas”. (Monsiváis, 1981: 1379-1380).

Para otro autor, César Cansino, una contradicción insalvable de los intelectuales del siglo XX mexicano sería haber postulado una representación bastante “conveniente” de sí mismos, al asumir como tarea inherente el trabajo político y partidista –la consolidación de instituciones–, y simultáneamente la búsqueda de mayores espacios de libertad y democracia. De acuerdo con esta premisa, los intelectuales han sido entre nosotros particularmente refractarios a la autocrítica: una comunidad por encima de toda sospecha, libre de las servidumbres de la coherencia frente a los actos del poder. En tal sentido, más allá de las justificaciones para servir al Príncipe, “...el compromiso de los intelectuales es con la verdad pública, donde quiera que ésta se encuentre (...) La crítica del poder o el poder de la crítica de los intelectuales radica en su autonomía moral y económica, es decir, en el ejercicio de su libertad”. (César Cansino, 2002: 11, 136)

Puede parecer ingenua o, si se prefiere, obsoleta, esta concepción del intelectual como un ente político que, al margen de los aparatos burocrático-ideológicos (y culturales), reivindicado sólo por la inteligencia de la palabra en el ágora, hace la crítica del poder desde su insobornable libertad de pensamiento, como quería el hoy olvidado Julien Benda.

Sea como sea, el indispensable Daniel Cosío Villegas ha puesto en claro, desde esta perspectiva ética o principista, la situación y los dilemas del intelectual; las siguientes palabras, escritas hace cuatro décadas, parecen tener destinatario en el presente mexicano: “En todo caso, el buen intelectual mexicano debiera darse cuenta de que la apariencia fácil y halagüeña en que ahora vive, resulta engañosa; la verdad es que hoy por hoy todo o casi todo le es adverso. Desde luego, la vida política actual de México ha llegado a un grado tal de convencionalismo, que nada urge tanto como

devolverle su sentido real, verdadero o desnudo, y el buen éxito de esa empresa exige mucho más trabajar fuera que dentro del gobierno. De aquí concluiría que lejos de echar desde luego sus cartas, debiera rehusarse a participar en un juego político cuya primera 'regla de caballeros' es renunciar a ser intelectual, o sea, pensar por sí mismo, heterodoxamente si es necesario. Así tiene por delante la más hermosa tarea que pueda ofrecérsele a un intelectual: transformar el medio en que por ahora está condenado a vivir para hacerlo propicio a una acción política realmente inteligente". (Cosío Villegas, 2002: 92)

Paréntesis I: La revolución mexicana y la cultura

La revolución de 1910, tan discutida en otros órdenes, puede entenderse, desde una perspectiva de antropología cultural, como el descubrimiento de México por los mexicanos. Octavio Paz, entre otros, reflexionó en *El laberinto de la soledad* sobre esta inmersión colectiva en las vivas profundidades de un país secreto, latente; esta inmersión haría posible, de acuerdo con el propio Paz, la brusca aparición -y el consiguiente registro deslumbrado- de las muchas realidades hasta entonces soterradas por el prejuicio criollista, por el desdén de las élites europeizantes y también, en medida considerable, por los sucesivos proyectos modernizadores que impulsó el liberalismo decimonónico, con Juárez y Díaz como sus figuras emblemáticas. (Paz, 1996:137-146). Si es verdad que una imagen vale más que mil palabras, dos fotografías del archivo Casasola concentran e inmovilizan en la intensidad del blanco y negro el sentido de una época y la subversión de certidumbres, pertenencias, modos de estar y ser que supuso la revolución: los zapatistas en

Sanborn's, Villa y Zapata en la silla presidencial, miradas las suyas y las nuestras que se entrecruzan y comparten el asombro siempre intacto de mirar y ser mirados.

El movimiento armado de 1910 es, en el ámbito de las representaciones, la instauración y generalización de valoraciones distintas sobre el pasado común, pero sobre todo se significa por el impulso desordenador que propició entre individuos y colectividades, en una etapa inicial, el trastocamiento de las percepciones sociales dominantes y de los equilibrios clasistas (con la desaparición literal de la elite dominante y su sustitución por otra, proveniente de la clase media y, en menor medida, de las clases bajas), provocado por la violencia y el caos.

Este trastocamiento de convenciones y arraigos está en el origen del proyecto de reinvención de un país por una elite fundadora que aspiraba a reescribir el pasado, construir (y celebrar) el presente, vislumbrar los rasgos del futuro. Un puñado de artistas, hombres de ideas, creadores de instituciones y promotores del orden nuevo se responsabilizaron de darle nombre a esa realidad en construcción mediante la propagación de una cultura revolucionaria que incorporaba y transformaba en símbolos originales (el lenguaje pictórico del muralismo como ejemplo singular) las continuidades, novedades y vicisitudes de la realidad circundante. En ese sentido, la cultura construida bajo el impulso revolucionario integra elementos tradicionales de la cultura popular (impregnados de sincretismo y de catolicismo a la mexicana) con los requerimientos de la entonces naciente cultura de masas: ambos elementos son, en buena medida, los elementos más significativos del proceso de integración nacional a partir de los años veinte.

El nuevo Estado percibe muy pronto la potencialidad de la cultura como instrumento para consolidar su autoridad a partir de la aceptación colectiva de un sistema de valores y referencias cohesionantes. (Monsiváis, 1981: 1377-1548) De ahí el surgimiento de la política cultural que a través de los sexenios de la Revolución institucionalizada, y con las variantes, a veces significativas, de cada periodo presidencial, va a definir los contornos del discurso nacional -en cuya urdimbre textual se inscriben los parámetros de la identidad patria y de los valores que la constituyen-, así como buena parte de los rasgos que definen hasta nuestros días la compleja relación entre el poder y los artistas e intelectuales.

Las acciones del Estado mexicano entre 1920 y 1960, por ejemplo, son de una coherencia notable en cuanto a su eficacia para procesar y representar, instrumentándolos en beneficio del sistema político imperante, los logros de una movilización político-cultural en los ámbitos de la creación artística (el “renacimiento mexicano”) y en la extensión del alfabeto a través de la enseñanza pública (del impulso vasconcelista a los libros de texto gratuitos).

Esta notoria presencia, que ocupó de modo asfixiante (aunque no totalitario) los espacios propios de la creatividad individual y colectiva en nuestro país, sólo admite parangón en el siglo XX con la experiencia cultural soviética del agit-prop. Monsiváis ha escrito en este sentido: “En la década de 1920, tan formativa y tan colmada de imaginación creativa y vital, no hay sino una forma propositiva de hacer cultura, que se sustenta en el Estado fuerte y sus servicios asistenciales a la sociedad débil”. (Monsiváis, 2000: 21, 23)

El Estado se convierte en el oráculo e intérprete de la Revolución con mayúscula, pero sobre todo en la presencia nada abstracta que configura el horizonte institucional de la cultura política y artística, en el promotor de una idea inalterable de la nación. Así es como se congela el impulso renovador inicial, con todo y sus confusiones, en una especie de catecismo laico, según el cual el nacionalismo revolucionario funge como doctrina depositaria del espíritu colectivo y de la historia patria.

También es cierto, desde otra perspectiva, que el Estado mexicano integró la divulgación de la cultura a sus programas de política social, caso inédito en el contexto de la primera mitad del siglo XX (con la salvedad de la experiencia bolchevique, y en otro sentido, del nazifascismo). Es decir, auspició una indudable democratización de los contenidos culturales, e hizo de la difusión de obras y valores universales una de las claves del proyecto nacional. Tocó a José Vasconcelos hacer camino, trazar la política cultural que, desde entonces, es referencia obligatoria, mito puntual que no termina de desmoronarse (“como si fuera un montón de piedras”) ante los embates de la realidad, el de la avasallante heterogeneidad mexicana, inmune a las interpretaciones unívocas.

Paréntesis II: Los intelectuales en América Latina. Una aproximación

Una recapitulación apresurada de las tareas y/o responsabilidades civiles que agobian al intelectual latinoamericano: a) la del opinador omnipresente y sistemático sobre todos, o casi todos los temas, y cuya función pública parece ser la de intérprete (o traductor) o simplificador de las ideas prestigiosas, muchas veces a través del malentendido, convertido en moneda común, en “discurso nacional (Valenzuela, 1999); b) la de promotor de la tal vez ilusoria participación popular en urgentes tareas democratizadoras y de politización inaplazable, en nombre de la salud pública y de valores tan abstractos como la modernización y la “puesta al día”; c) la de cultivador oficioso del vínculo improbable entre minorías esclarecidas y mayorías volcadas hacia los medios masivos, a través del sacerdocio de la “alta cultura”; d) la de oráculo de la necesidad colectiva de representación y pertenencia, necesidad que encarnaría en el individuo designado como excepcional (pero que en la práctica competir no puede con las estrellas de cine, radio y televisión). El intelectual latinoamericano: ese héroe público, tan notorio y tan invisible, especie de profeta en el yermo civil, dispuesto a representar y decir todo lo representable y decible en sociedades invertebradas o, en todo caso, silenciadas...

Todo este registro de responsabilidades y deberes que hacen de lo privado asunto público, de la obsesión o el matiz personal tema de afirmación o diferenciación colectiva, recaía o recae en buena medida en los espíritus selectos: el genio expresivo de un Borges, por citar un ejemplo significativo, focalizado en las paradojas y vértigos del tiempo (en la fascinación de los espejos, etc.) o en la reivindicación provocadora (e inteligente) de tal o cual posición, casi siempre políticamente incorrecta o ambigua, constituyeron a lo largo de varios decenios una suerte de espectáculo tan equívoco como necesario, en el que el gran prosista y poeta, menos leído que festejado por su ingenio, representó diversos y regocijantes papeles como animador cultural entre las clases medias lectoras, latinoamericanas y europeas, y puso al alcance de un público amplio la compleja traza de la “literatura culta” mediante el recurso de ocurrencias y paradojas que, una vez simplificadas al extremo en y por los medios masivos, permitían incurrir en la extendida ilusión de una familiaridad con la obra difícil, sin concesiones.

Estos espectáculos -estas representaciones necesarias del intelectual providencial, ubicuo, enciclopédico ante un auditorio tan deslumbrable como necesitado de explicaciones genéricas sobre el arte y la política y todo lo imaginable- se repiten, tamizadas por circunstancias específicas y personalidades únicas: Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Gabriel García Márquez, Rómulo Gallegos...cada uno reitera, desde su genio, desde la importancia de su obra, el modelo omnipresente de intelectual latinoamericano: talento personal y voluntad de presencia civilizadora que confluyen hacia la representación de todos -la nación, la comunidad, tú, él- en nombre de eso que denominan valores propios y/o universales, todo esto en sociedades en las que se echaban de menos estructuras e instituciones, audiencias reconocibles, códigos culturales comunes, factores todos éstos asociados al proyecto nacional. En este caso, “proyecto nacional” es la posibilidad institucionalizada de procesar, gestionar y difundir códigos y referencias generales sobre la propia identidad en todos los niveles a través del magisterio, la investigación, la difusión cultural, la edición pública y/o privada; actividades centradas en la omnipresencia de un Estado capaz de entender las potencialidades de la “cultura nacional” como factor de legitimidad y cohesión identitaria.

Paréntesis III: ¿Qué es un intelectual?

El intelectual, ese “campo de fuerza” (Bourdieu) donde las palabras, los códigos, las semantizaciones, los entendimientos (y también los malentendidos) se entrecruzan, influyen, procesan para constituir el poder por excelencia, aquel que conforma y transmite los órdenes, las órdenes, el intangible poder de la interpretación: poder tan virtual como real de la representación simbólica, de la representación discursiva, ese acto de las palabras, ese juego incesante que hace *realidad*... Representación, sí, pero ¿de qué? De lo que una sociedad necesita saber que dice y no sabe cómo decir; de lo que quisiera oír, o necesita o *debe* oír: voces, interpelaciones, admoniciones, justificaciones.

El intelectual o la inteligencia como seducción: aquel que razona la ruptura, la transformación, la insumisión, pero también aquel que hace la crítica pública de lo existente como contraste y complemento del conformismo ambiental (Sartre, ejemplo

cimero de radicalidad necesaria en una sociedad básicamente conformista). Juego de los conceptos, transmutaciones de la inteligencia que encarnan en ideas fijas, las-ideas-de-todos, el capital simbólico.

El intelectual, hijo de las clases emergentes devenidas audiencias, que aparece al alba de la Europa moderna como uno de los epicentros de la naciente esfera pública, configurador e interlocutor privilegiado de eso que luego se llamará “opinión pública”: el intelectual, que desde hace tres siglos desempeña su función como intermediario e intérprete del sentido del mundo ante esas audiencias de las que es vocero privilegiado, y a las que, a su vez, seduce, conforma, confirma como participantes simbólicos de la *res publica*.

Pero ha sido ante todo el gestor e intérprete de esos modelos conceptuales e ideológicos, imaginarios y concretos -modelos para armar la realidad- que constituyen uno de los rasgos socioculturales básico de la denominada “expansión occidental”, proceso de cinco siglos que puede ser sintetizado como la manifestación geopolítica de la supremacía científico-técnica de Europa (y luego de América del Norte), supremacía visible en buena medida a través de la organización del estatuto del saber y la verdad (Foucault) en disciplinas de conocimiento.

Modelos para armar la realidad. Debemos a Immanuel Wallerstein una de las concepciones más persuasivas y potentes sobre los “modelos para armar la realidad”, esos sistemas disciplinares orientados a regimenter y delimitar el conocimiento que estructura lo “social”, y sobre el intelectual -símbolo de la emancipación burguesa y a la vez continuador secular del clérigo-, quien aparece en el horizonte de la modernidad inicial como el detentador del poder interpretativo: intelectual, “el que sabe” (del latín *intelligere, intelligensis*).

Wallerstein incorpora las aportaciones sustantivas de pensadores como Marx, Weber y Foucault; para subrayar el carácter histórico de la institución del saber -del conocimiento racional- como elemento constitutivo de la vida social. La historia intelectual de los siglos XIX y XX está marcada principalmente, de acuerdo con esta línea de pensamiento, por la emergencia de las “audiencias interpretativas”, redes de intelectuales que disciplinaron y profesionalizaron la gestión del conocimiento en su

doble vertiente: como creación y como difusión de valores y prácticas socialmente comunicables (y asimilables). La historia intelectual de la modernidad ascendente se significará por la creación de instituciones diseñadas tanto para producir y organizar conocimiento nuevo como para reproducir a los productores de conocimiento, por así decirlo, lo que supone la construcción de redes de legitimación del saber-poder, de acuerdo con el ritmo innovador impuesto por la expansión del sistema-mundo, el sistema capitalista. (Wallerstein, 1999)

Por otra parte, no está de más recordar que la subversión de los estatutos y leyes del saber encarnados en las interpretaciones “legítimas”, también es parte de la historia intelectual de nuestra modernidad: pensemos sobre todo en Marx y en Nietzsche (¿utopistas como Fourier y Sade también?), cuya radicalidad ética y epistemológica contribuyó en buena medida a demoler las certidumbres canónicas del pensamiento de su tiempo, antes de convertirse sus respectivas obras en referencias petrificadas por la instrumentalización hermenéutica impuesta ya por el Estado totalitario, ya por la banalización que deriva de la circulación de los signos en el capitalismo.

El estatuto del saber y el despliegue del poder. La reflexión de Wallerstein sobre la emergencia de las ciencias sociales hace del estatuto del saber uno de los ejes del sistema de dominio occidental, cuya eficacia radicaría precisamente en la capacidad para digerir “lo distinto” a través del logos, asimilándolo y transmutándolo en conocimiento homologado (Wallerstein, 1999).

Pero es otro “maitre á penser”, Michel Foucault, a quien le corresponderá delinear el papel de los saberes en el horizonte del poder y del control social. Foucault delineó en sus obras pioneras sobre la locura y la sexualidad la expresividad del poder -el control “suave” de la mirada que escruta sin cesar lo público y lo privado- que se despliega a través de una vigilancia sin vigilantes, estatuida por sistemas blandos de referencia, institucionales, capaces de establecer linderos -traspasables, transgredibles- entre cordura y locura, sexualidad válida y patológica, ortodoxia y transgresión, normalidad y anormalidad. *Clasificar, ordenar, interpretar*, son los dispositivos de este intangible poder social.

Poderoso es, en este horizonte, quien *conoce* y *estatuye* las oposiciones entre lo posible y lo imposible, entre lo visible y lo invisible, quien traza los ritmos y las rutas del deseo, quien establece los linderos del discurso. “Yo supongo -escribe Foucault- que en toda sociedad la producción del discurso está a la vez controlada, seleccionada y redistribuida por un cierto número de procedimientos que tienen por función conjurar los poderes y peligros, dominar el acontecimiento aleatorio y esquivar su pesada y temible materialidad”. (Foucault, 1980: 11)

Poderoso es quien comunica un haz de interpretaciones en un contexto que las reconoce, persuasión mediante. Como señala el propio Foucault, “... las disciplinas constituyen un sistema de control en la producción de discurso, fijando sus límites por medio de la acción de una identidad que adopta la forma de una permanente reactivación de las reglas”.

Paréntesis IV: Obras sobre la obra. El “corpus crítico” de O.P.

Desde hace tiempo algunos estudiosos –hombres de academia, poetas, ensayistas– abordan de manera sistemática las diversas vertientes del trabajo de Paz, de modo que no es exagerado hablar de un “corpus crítico” definido y autosuficiente, en sí mismo una obra digna de conocimiento e investigación. No es de ayer el esfuerzo intelectual por comprender y sistematizar –o situar y refutar– las concepciones y manifestaciones creadoras de Paz, muchas veces con un propósito reflexivo y otras con ánimo de sutentar una determinada inconformidad de tipo ideológico o político. Puede decirse sin temor a equivocación que la presencia ubicua del hombre de letras y de ideas (el ideólogo, si se quiere) en el escenario cultural, político y artístico contemporáneo, estimuló una tradición crítica considerable en calidad y cantidad, que si bien no alcanza la importancia de la que se dedicó y dedica al mítico Borges, mantiene, a cinco años de su muerte, una importante presencia en los planos editorial y mediático, a través de la cual es posible conocer la vasta diversidad de pareceres que suscitan los libros de nuestro autor (¿llegará más temprano que tarde el olvido sobre el poeta Octavio Paz? ¿Pasará su obra a segundo término? Quién lo sabe...).

Dicho corpus crítico se aventura por prácticamente todos los géneros literarios e intelectuales practicados por Paz, explorando e interpretando las vetas de mayor presencia e interés. Si consideramos como hipótesis plausible que la mirada del poeta es el eje que unifica un universo expresivo tan amplio, me parece entendible que en la bibliografía crítica sobre Paz predominen los acercamientos a su obra poética, en la medida en que de ese impulso original –sostenido a lo largo de su vida– provendrían los posteriores desarrollos en la crítica y el ensayo, aunque es necesario agregar que el poeta no carece de comentaristas, a veces muy críticos, sobre la expresión propiamente política de su obra.

El escritor Alberto Ruy Sánchez escribió en 1990 *Una introducción a Octavio Paz*, detallada aproximación a los momentos biográficos y creativos más relevantes de nuestro poeta. De ahí su utilidad para quienes procuren una visión panorámica, que incluye breves e inteligentes aproximaciones al itinerario espiritual, político y moral del poeta. Asimismo el trabajo antológico de Angel Flores, *Aproximaciones a Octavio Paz*, ha permitido que los lectores, sobre todo los no especializados, compartan una visión amplia sobre las resonancias críticas que ha merecido nuestro premio Nobel en críticos y creadores como Juan García Ponce, Julio Cortázar, Jean Franco, Carlos H. Magis, Julio Ortega, entre los de mayor pertinencia y renombre.

Privilegio o destino del poeta: así como hay autores importantes con mala suerte editorial –lo que supone, aunque sea parcialmente, el oscurecimiento de su obra–, Paz ha contado desde etapas tempranas con exégetas e intérpretes perspicaces. Pero lo que quizás constituya la singularidad en este caso sea la *Bibliografía crítica de Octavio Paz (1931-1996)*, de Hugo J. Verani, exhaustivo registro *e interpretación* (énfasis en cursivas) de su universo creador y sobre lo que de éste se ha pensado y dicho. Esta obra, que actualiza la edición de 1983 (de la U.N.A.M.), llevando su registro hasta casi las vísperas de la muerte de Paz, supone un sistemático esfuerzo de síntesis, notable desde cualquier punto de vista, incluida la calidad de las anotaciones críticas. Es fácil decirlo: ¡6724! asientos o entradas correspondientes a otras tantas citas bibliográficas y hemerográficas comentadas; para abarcar casi la totalidad del citado corpus crítico, debidamente clasificado para una consulta fluida, donde se registra con minuciosidad extrema, como ya señalé,

tanto lo que se ha escrito sobre Paz como lo que éste escribió a lo largo de seis decenios.

Poesía y conocimiento. Para comprender el lugar de Paz en la cultura moderna y contemporánea es necesario conocer las reflexiones de un cierto número de autores, diversos en temperamento y formación, pero afines en su comprensión del fenómeno poético, al que conciben como un medio de conocimiento tan legítimo e iluminador, aunque en otro sentido y con otros alcances, como el científico, al que algunos conciben único posible. La palabra poética sería, en este sentido, un instrumento de revelación y también de conocimiento. Como afirma el poeta y ensayista Guillermo Sucre en *La máscara, la transparencia. Ensayos sobre poesía hispanoamericana*, "toda poesía adquiere sentido a partir de su lenguaje y de la conciencia que el poeta tenga de él. Esta conciencia nace, entre nosotros, con los poetas modernistas: hicieron del idioma poético un cuerpo realmente sensible..." (Sucre: 10). Este sentido del lenguaje es propio de la tradición moderna y lo encarnaron en la tradición hispanoamericana maestros como César Vallejo, José Lezama Lima, Borges, entre otros. El poeta se abre mediante el lenguaje a la intemperie del mundo, y su lenguaje es atravesado por las determinaciones históricas y políticas; en este sentido Paz señala que "...la moral del escritor no está en sus temas ni en sus propósitos, sino en su conducta frente al lenguaje".

Otro autor necesario para situar en coordenadas de modernidad la tentativa de Paz, Saúl Yurkievich, ha escrito sobre el conocimiento en la poesía: "La palabra poética que amalgama indisolublemente, en carnadura sonora, medio y mensaje, significantes y significados, es reflejo y a la vez espejo de la disquisición conceptual. Paz se inserta en la tradición instaurada por Poe y Baudelaire, proseguida por Mallarmé, Apollinaire, T.S. Eliot, Ezra Pound, Jorge Luis Borges. Cree que la literatura moderna es inseparable de su crítica, que ésta la inventa y fundamenta (...) Siempre hay complemento y ósmosis recíproca entre los poemas y los ensayos de Paz, que surgen en continua alternancia (en corriente alterna) de un mismo centro en movimiento. (Yurkievich: 203)

También cabe mencionar a Ramón Xirau, quien ha planteado en dos libros, *Poesía iberoamericana contemporánea* y *Poesía y conocimiento*, cómo la manifestación poética es a la vez, "una forma del saber y del conocer (...) también, reiteradamente, una expresión lúdica: 'una cosa alegre' ...'una cosa viva'. La reflexión no excluye al juego y el hombre que juega es ya un hombre que conoce". Xirau confirma a través de una lectura acuciosa, la continuidad entre la poesía y el ensayo en la obra de Paz, en la medida en que ambas actividades se complementan y estimulan mutuamente: así, en las indagaciones ensayísticas sobre el sentido del hombre mexicano en su laberinto, o la polaridad Oriente-Occidente, o los acercamientos simbólicos y antropológicos a la civilización moderna, late siempre ese pulso poético que es también logos, entendimiento.

Un poeta, Pere Gimferrer, ganador del VIII Premio Anagrama de Ensayo con sus *Lecturas de Octavio Paz*, sitúa la obra de éste en un horizonte amplio, el de la lengua castellana, y en una tradición crítica y renovadora, la de la modernidad estética e intelectual, podr decirlo así: "Encontré en ella (la obra poética de O.P.), inmediatamente, algo que echaba a faltar en la inmediata tradición literaria hispánica: una poesía que enlazase a los fundadores de la modernidad –un Aleixandre, un Cernuda, un Jorge Guillén, un J.V. Foix– con una nueva generación –la mía– que, tras aquellos fundadores, veía un retroceso estético, un paso atrás –con unas pocas salvedades individuales– en la mayor parte de la poesía escrita en la península ibérica después de la guerra civil. Lo que en Paz hallaba no era una ficticia función supletoria, sino algo genuino: era la poesía que, en castellano, debía escribirse tras las experiencias de la generación del 27, y no siempre, en la orilla europea del océano, se escribió".

Diálogo de las culturas. Obra abierta. Enrico Mario Santí y Javier González han reunido y sistematizado desde la academia muchos de los más interesantes registros del corpus crítico sobre Octavio Paz, a partir de un refinado trabajo lingüístico y filosófico de elucidación. Javier González trabaja en torno de polaridades clave para aproximarse al trabajo de Paz: el presente perpetuo como tiempo de la poesía frente al Futuro inasible; el cuerpo, signo y realidad del deseo, frente al individuo abstracto;

el Oriente anclado en el no-tiempo frente al Occidente y su civilización productora de objetos...González subraya en su libro *El cuerpo y la letra. La cosmología poética de Octavio Paz* que uno de los aspectos más originales de éste ha sido la capacidad para mirar con otros ojos a su civilización, a su mundo: una mirada "oriental", japonesa, hindú, budista..."Lo que Paz busca, al identificar la crisis global del Occidente, es la toma de conciencia de los límites de nuestra civilización y la necesidad de integrar en ella valores aportados por otras culturas", afirma el crítico.

Enrico Mario Santí, por su parte, ha reunido en *El acto de las palabras. Estudios y diálogos con Octavio Paz*, un amplio conjunto de ensayos que abarcan, prácticamente, todas las vertientes de la obra del poeta. En este libro, Santí restituye en términos críticos una visión de conjunto que incluye la reflexión sobre *Libertad bajo palabra* –quizás el libro por excelencia de Paz–, y una indagación a profundidad sobre *El laberinto de la soledad*, entre otras aproximaciones hermenéuticas a diversos ensayos del autor.

3. Miradas sobre México

3.1 Trayectoria de Octavio Paz

Las primeras manifestaciones públicas de Octavio Paz como artista e intelectual se remontan a la primera mitad de los años treinta; el entonces adolescente cursa el bachillerato en la Escuela Nacional Preparatoria, cuya sede estaba en el antiguo Colegio de San Ildefonso, institución novohispana fundada por la Compañía de Jesús. Paz y sus amigos participan en las discusiones estéticas y políticas de la época: animan proyectos editoriales, frecuentan a los prohombres de la literatura y de las artes, van descubriendo paso a paso las realidades mexicanas; siguen con ávido interés los sucesos de la época, entre los cuales el experimento soviético ocupa un lugar primordial.

Paz fundará con Salvador Toscano y José Alvarado, entre otros amigos preparatorianos, dos revistas, *Barandal* y *Cuadernos del Valle de México*, ambas orientadas a la reflexión sobre el lugar de la literatura y de los valores estéticos en las transformaciones radicales que por entonces son percibidas como inminentes y necesarias. Pero no será sino en *Taller*, confluencia de jóvenes intelectuales mexicanos y republicanos españoles, y en *El hijo pródigo*, revista dirigida por Octavio G. Barreda, donde Paz empezará a precisar sus ideas sobre la poesía y el compromiso político, a desarrollar sus nociones sobre la personalidad profunda de México a partir de la imbricación del mito con la historia (Alberto Ruy Sánchez, 1990: 28, 30, 44, 50).

Paz participa en los asuntos (que se perciben urgentes) de su tiempo para tomar partido: viaja al Congreso de Intelectuales Antifascistas en Valencia, en plena Guerra civil española y comparte con sus amigos el entusiasmo por los cambios que se vislumbran en el horizonte político. Tiempo de adhesiones y repulsas incondicionales, tiempo de convicciones monolíticas, “compromiso” es el término que

mejor condensa en ese momento un ánimo y una voluntad compartidos de transformación colectiva.

El paisaje de la época, intenso y confuso, expresa de modo vigoroso la búsqueda de alternativas a lo que se percibe como decadencia irreversible del orden demoliberal, asociado a un mundo caduco, el de la burguesía capitalista. La atmósfera general es de movilización y de esperanza en el logro de objetivos que se conciben al alcance de la mano: la sociedad justa, el Hombre Nuevo (de estirpe nietzscheana o marxista), el fin de la explotación del hombre por el hombre, o bien, desde una perspectiva política radicalmente diferente, la movilización total de la colectividad (ver Ernst Jünger) al servicio de un puro designio de conquista. El reformismo y en general toda visión en claroscuro será vista con desdén, si no es que con sospecha. Una extrema politización derivará en polarizaciones ideológicas también extremas; y la fe ilimitada en el Estado, a izquierda y derecha, será factor de la unidad sin fisuras: el individuo tiende a esfumarse como sujeto histórico, frágil y prescindible frente a la imagen poderosa del Estado portador de la verdad histórica o vital.

3.1.1 El ogro filantrópico

En este contexto de exacerbada confianza en los poderes transformadores del Estado-nación, ¿cuál es el lugar de la cultura, cuál el del intelectual? No es difícil comprender que el “espíritu de la época” y la necesidad, sentida como imperiosa, de modelar a las sociedades de acuerdo con ideales totalizantes (si no totalitarios) propicia la convicción de que la sociedad es infinitamente configurable, y que el intelectual, ese traductor del sentido de la historia (ese agente de la necesidad histórica), tiene que servir la causa del interés general, sea cual sea ésta.

Así, la intervención estatal –un factor democratizador si atendemos los diversos procesos históricos que desembocan en el Estado de Bienestar o en los proyectos nacionalrevolucionarios– adquiere su pleno sentido con el surgimiento, por ejemplo, de una política cuyo objetivo explícito fue (es) influir e incluso orientar los procesos culturales básicos de una sociedad para configurarlos en un sentido político unívoco.

¿Cómo diferenciar las consecuencias igualitarias e incluyentes de la presencia estatal –propuesta central de las fuerzas políticas de izquierda en los siglos XIX y XX– de los efectos perversos, por llamarlos de alguna manera, que trajo consigo la usurpación por parte del Estado totalitario de los poderes y espacios sociales en nombre precisamente de la emancipación humana? Pregunta que empezó a hacerse un grupo minoritario de intelectuales –entre ellos Octavio Paz– ya desde las postrimerías de los años 30, para adquirir sentido pleno después de 1945, en plena confrontación Este-Oeste. Desde entonces, Paz insistirá en profundizar y compartir la pregunta que presupone la crítica de las ilusiones prometeicas, pregunta que nunca dejó de plantear en el marco de una intensa actividad político-cultural y con distintos interlocutores, como lo muestra la persistencia de los intentos por responderla en el curso de su actividad intelectual. Tal vez la respuesta de mayor representatividad sea “El ogro filantrópico” (Paz, 1987: 317-338), ensayo definitorio de una dilatada reflexión sobre el Estado omnipotente y término ambivalente que correrá con fortuna a partir de su aparición, a fines de los años setenta.

3.1.2 En este horizonte...

En este horizonte Octavio Paz asume la que será perdurable atracción por el mundo real de la política y por la historia, entendida por él como representación de un drama sin finalidad, enigmático de cualquier manera, y en el que sólo el instante encarnado (amoroso, de plenitud erótica, de fraternidad humana) nos sustrae del peso de la temporalidad, del peso de nuestro transcurso. Sobre esta concepción de la historia dirá Jorge Aguilar Mora con énfasis crítico: “Las incoherencias, las inconsistencias, las contradicciones o los callejones sin salida de la teoría de Paz terminan siempre en la traducción de un problema nuclear, central: la oposición historia-mito. Paz ve al hombre inmerso en la sucesión mito-historia-mito-historia...” (Aguilar Mora, 1978: 76)

En el periodo exacerbado de la “guerra fría” y ante lo que estimó como una dimisión de los intelectuales de las que consideraba sus tareas irrenunciables –la crítica del totalitarismo, la defensa de la razón, incluyendo la conciencia sobre sus límites–, Paz hizo suyo de manera progresiva, a lo largo de un proceso personal complejo, una suerte de liberalismo escéptico, escasamente doctrinal, sustentado en

la concepción negativa de la libertad defendida por el filósofo de las ideas Isaiah Berlin (ver “El erizo y el zorro”, en *Pensadores rusos*, F.C.E., 1980). Esta posición, más sensible e instintiva que política, más literaria que filosófica, cuya ejemplificación mejor es quizás el discurso de aceptación del Premio Cervantes, “La tradición liberal” (Paz, 1984: 9-16), se condensó en una crítica permanente de nociones y estereotipos prestigiosos e influyentes que encarnaban en la figura universalizada del artista-intelectual “comprometido”: figura ideal cuya praxis pretendía anular, a manera de revolución cultural, la distancia entre el impulso artístico individual –egoísta por definición–, y las supuestas o sabidas necesidades de redención colectiva. El artista como intérprete de la sociedad, el intelectual, ese “maestro de la sospecha”, adalid de la libertad siempre en entredicho, cuyo ejemplo cimero en el siglo XX quizás fue Jean Paul Sartre.

3.1.3 Un cierto equívoco

De todos modos hay que subrayar el equívoco: Paz, el crítico del intelectual que-sirve-una-causa, y al hacerlo supedita sus deberes creadores y críticos al interés político o a la ideología, Paz, cuya desconfianza en las filosofías fuertes desembocó en la crítica del “ogro filantrópico”, no pudo sustraerse, aun desde su voluntad de independencia personal e intelectual, a la especificidad de un contexto cuya “invertebración” (uso el término para simplificar al extremo la condición de las sociedades sin una sociedad civil fuerte, activa) demandó figuras carismáticas, capaces de condensar en el mito del intelectual providencial la necesidad creciente aunque difusa de participación en la esfera pública por parte de amplios sectores sociales.

Paz se va a transformar de manera gradual pero inequívoca en Figura Pública, aquella que se responsabiliza, en la división social del trabajo simbólico, por decirlo de algún modo, de las explicaciones genéricas y del develamiento de las cuestiones significativas, traduciendo al límite de la banalización cuestiones complejas con el propósito, si se quiere, de crear una opinión pública informada, precondition democrática. Así, el intelectual crítico que además y sobre todo es un creador, asume a sabiendas la tarea del difusor y exégeta de las Cuestiones Importantes,

haciendo del espacio público el único posible para su quehacer y transfigurando su obra personal en el núcleo de las generalizaciones (la “opinión del que sabe”) que las políticas de difusión demandan en nombre de la cultura y la educación masivas.

3.2 Vislumbrar el laberinto

En una entrevista que publica *Excélsior* el 16 de agosto de 1972 (ver el apartado 1.1), Paz puntualiza, respondiendo a la pregunta sobre sus presuntas afinidades con la posición de Carlos Fuentes en torno a la apertura política que emprendía en ese momento el presidente Luis Echeverría, “...para saber lo que piensa Octavio Paz hay que leer lo que escribe Octavio Paz. Mis cartas -mis textos- están a la vista: un pequeño libro, *Posdata*; dos artículos y una entrevista a raíz de la matanza del 10 de junio de 1971* ; la *Mesa Redonda* con Womack y Turner, mi Carta a Adolfo Gilly en el número 5 de *Plural*. En esos textos trato de indagar la realidad contemporánea de México”. (Paz, 2001: 12)

El poeta había recorrido hasta ese momento un largo camino intelectual y vital para darle cuerpo a su visión política de México, desde los primeros textos estudiantiles, las revistas iniciales, *Barandal* y *Cuadernos del Valle de México*, sus notas periodísticas sobre la península yucateca y la miseria del campesino maya, impregnadas de lirismo y al mismo tiempo comprometidas con una perspectiva politizada del problema agrario. A fines de los cuarenta escribiría *El laberinto de la soledad*, a manera de condensación de su complejo vínculo con la propia tierra, el país de nacimiento –“al escribir me vengaba de México; un instante después, mi escritura se volvía contra mí y México se vengaba de mí”– (Paz, 1998: 29), esa aproximación analógica a nuestra historia donde se preconiza que los mexicanos, por primera vez, “somos contemporáneos de todos los hombres”, dado que nuestra marginalidad histórica había sido transformada por nuevas realidades –las revoluciones, la descolonización, la intensificación de los intercambios–, y el cambio general nos llevaba del aislamiento a la intemperie, es decir, al desamparo del ser histórico, condenado, por así decirlo, a la contingencia y a la libertad, superando con ello los determinismos religiosos, doctrinarios, políticos que lo aprisionaban.

* “Respuestas a diez preguntas”, Radio Universidad, 13 de julio de 1971

Después de *El laberinto*...manifestará con intensidad creciente ese compromiso asumido con su país, desarrollando cada vez con mayor amplitud y concreción sus juicios (y sus prejuicios) sobre el modelo político vigente y la burocracia gobernante, sobre las consecuencias de la modernización autoritaria y, obsesión mayor, sobre el papel público de los intelectuales, a los que reprochará a lo largo de cinco decenios su incapacidad para pensar e imaginar alternativas posibles al marasmo de la vida política mexicana, así como su fascinación por las soluciones radicales, lo mismo que el desdén de una buena parte por la democracia, única alternativa válida, según Paz, para dar respuesta a nuestros dilemas históricos y para disipar nuestros fantasmas colectivos. Las siguientes líneas sintetizan su pensamiento sobre la misión del intelectual, pensamiento al que será fiel como protagonista de la vida política mexicana hasta el fin de sus días: “Es comprensible la obsesión de los intelectuales mexicanos por el poder (...) No predico la abstención: los intelectuales pueden ser útiles dentro del gobierno...a condición de que sepan guardar las distancias con el Príncipe...Gobernar no es la misión específica del intelectual. El filósofo en el poder termina casi siempre en el patíbulo o como tirano coronado (...) Ahora bien, la crítica es inseparable del quehacer intelectual. En un momento o en otro, como Don Quijote y Sancho con la Iglesia, el intelectual tropieza con el poder. Entonces el intelectual descubre que su verdadera misión política es la crítica del poder y de los poderosos” (Paz, 1987: 363-364).

Los años setenta y ochenta serán los de la plenitud en la expresión política (y en la capacidad combativa) de nuestro autor: escribirá un libro crucial sobre las vías muertas de la modernidad autoritaria en su versión mexicana, *Posdata* (1970), y reunirá en dos títulos, *El ogro filantrópico* (1979) y los tres volúmenes de *México en la obra de Octavio Paz* (1987), el fruto de una vida intelectual orientada a observar y pensar los ámbitos del arte, la cultura, la política, la vida de las sociedades contemporáneas...a través de esa obra ingente ajustará cuentas, desde un liberalismo crecientemente asumido, con el sistema priísta y con el socialismo real, por una parte, y con la que concibe, desde su idea del intelectual libre y crítico, como la “dimisión de los intelectuales”, sobre todo en América Latina, respecto de sus responsabilidades civiles en el esclarecimiento de las “palabras de la tribu”. Puede decirse que en estos libros

dará forma definitiva a sus miradas sobre México, miradas que adquirieron “espesor significativo” (Jesús Martín Barbero) a partir de *El laberinto de la soledad*.

3.2.1 Testigo e intérprete. Protagonista

Octavio Paz vivió, ya como testigo e intérprete, ora en su calidad de participante e incluso de protagonista significado en el plano político-intelectual, los acontecimientos más significativos del siglo XX mexicano, acompañando durante décadas el largo y accidentado proceso de institucionalización y modernización de la vida política y económica nacional, así como la creación, ascenso y caída de un sistema político que, como ya se ha insitado bastante en ello, pese a sus inequívocos rasgos autoritarios mantuvo durante buena parte de su vigencia una indudable capacidad de representación y de inclusión, es decir, una legitimidad básica que pocos discuten.

El poeta devenido editor de revistas y protagonista público se convertirá en interlocutor del Estado y de la clase intelectual, así como en un activo escritor político, sólo a raíz de los acontecimientos del 68 mexicano. Desde luego, la obra anterior del poeta, en especial la que representa su veta ensayística en libros como el *Laberinto de la soledad* y años después *Corriente alterna* y *El arco y la lira* (en este caso el epílogo: “Los signos en rotación”), donde explora las relaciones entre historia, palabra, erotismo y poesía, manifiesta en ciernes las que serán, con el tiempo, convicciones políticas sobre cuestiones como la omnipotencia del Estado y de sus burocracias, en cualquiera de sus versiones ideológicas; las contradicciones insalvables del capitalismo, más específicamente, en la sociedad post industrial; entre el impulso de creación (erótico) y la racionalidad instrumental del sistema técnico-burocrático, y sobre todo los dilemas irresolubles planteados por el culto al progreso, tema éste que Paz desarrolla con atención específica al caso de México y de las ilusiones colectivas que se condensaban, con genuino e ingenuo entusiasmo, allá por los sesenta, en el llamado “milagro mexicano”.

De acuerdo con diversos estudiosos, la relación de Paz con el sistema político vigente, con el que fue partido del Estado y con las burocracias gobernantes ha sufrido cambios notables desde la época en que escribió *Posdata*. Si en ese libro

enfaticaba el carácter esencialmente autoritario y antidemocrático del P.R.I., su naturaleza de instrumento de control burocrático-político, posteriormente y de manera gradual modificará su postura: de un rechazo radical a las capacidades del propio sistema para reformarse y transitar hacia posiciones favorables al pluralismo y a la participación de todos los grupos políticos, Paz evolucionará hacia posiciones menos hostiles al sistema, como en el caso de la aceptación explícita de las reformas privatizadoras emprendidas en su momento por Salinas de Gortari y, reproche central que siempre le endilgarán los intelectuales de izquierda, de su supuesta indiferencia hacia el fraude cibernético-electoral de 1988 y hacia lo que puede calificarse como acoso al F.D.N., al P.R.D. y a su militancia en el sexenio del citado presidente.

Xavier Rodríguez Ledesma escribirá al respecto unas líneas donde se manifiesta ese sentimiento adverso a determinadas actitudes públicas de Paz: “El Estado, nos dice Paz, debe autolimitarse en lo económico, debe abandonar su papel protagónico en el desarrollo de la economía mexicana, y así se ha hecho parcialmente en la última década. Por el otro lado, esa autolimitación se restringe únicamente al ámbito de lo económico, ya que en lo político el Estado mexicano se sigue abrogando el derecho de decidir y definir todo lo que se refiera a esta actividad, y en este ámbito Paz no se muestra tan claro y contundente en sus posiciones democráticas; véase si no su actitud de hace unos años para acá, especialmente desde 1988, frente a los graves conflictos electorales que se han presentado en nuestro país”. (Rodríguez Ledesma, 1996: 286)

3.2.2 Tres paisajes mexicanos

3.2.2.1 El laberinto de la soledad

Es un hecho demostrable que las indagaciones de Paz sobre “México y lo mexicano” ocuparon los espacios de interpretación pública que la actividad intelectual profesionalizada –característica de las sociedades democráticas y liberales– o el papel específico de los intelectuales orgánicos no podía o quería llenar, y que los aparatos culturales dominantes no sabían o querían satisfacer: *El laberinto de la soledad*, ese clásico de nuestra tradición literaria –“una lección de estilo”, para el

escritor Alejandro Rossi–, condenado al purgatorio de los libros sin rigor académico ni filosofía fuerte (o aparato metodológico visible), apareció justo cuando con las debidas excepciones precursoras –de manera señalada Samuel Ramos, Alfonso Caso, José Gaos, Manuel Gamio, Jesús Silva Herzog, Daniel Cosío Villegas, José Iturriaga– ni antropólogos o filósofos o sociólogos universitarios, todavía formándose en el exterior (casi siempre en París, como es el caso del grupo *Hiperión* o la llamada “Generación de medio siglo”), podían satisfacer esa necesidad, crecientemente articulada, de explicaciones generales para una sociedad mexicana ya estabilizada en torno de las prácticas del autoritarismo modernizador priísta, y ya lo suficientemente compleja como para demandar explicaciones sobre sí misma o, más precisamente, una visión coherente del tiempo mexicano, incluyéndose en esto la recreación de unos orígenes y la posibilidad de un futuro....

De tal modo que cuando escribe su ensayo, en el curso de su estancia en los Estados Unidos a fines de los años cuarenta, las circunstancias son propicias para reflexionar sobre aquello que todavía se percibe como una esencia por recobrar desde la contingencia de nuestra condición, la mexicana, y a partir de un análisis existencial-histórico. Paz contextualiza su acercamiento sensible al mexicano, a *lo mexicano*, desde un explícito horizonte de interpretación (que mucho tiene que ver con Heidegger y las distintas filosofías de la existencia): el que ve en la identidad del mexicano el tema y el problema por excelencia de un desventurado aunque intenso proceso histórico; en tal sentido, las preocupaciones vitales e intelectuales de la época tienden a entrelazarse en una búsqueda de la autenticidad, en una recuperación del sentido a través de la irremediable contingencia de los actos humanos. Nuestro autor enfrentará el que se percibe como problema de la condición histórica del mexicano (desde un sitio específico o, como quería Sartre, desde el hombre *situado*) mediante esa arcaica y emblemática metáfora de la búsqueda y de la pérdida: el laberinto...(Paz, 1998: 13-42)

Visto a cincuenta años de su primera edición, el ensayo más renombrado de Paz sigue siendo una obra abierta, en el sentido que Eco otorga al término, capaz aún de suscitar adhesiones y negaciones, interpretaciones e ideas sobre sus propuestas y afirmaciones: es decir, está viva, pese al envejecimiento previsible de

algunos de sus supuestos filosóficos y antropológicos. Es importante señalar la presencia activa de *El Laberinto...* y de su *Posdata* en lo que denominaré “imaginación colectiva”, dada la capacidad de ambos libros para metaforizar (y mitificar) determinados aspectos de la vida mexicana, como la matanza de Tlatelolco, hecho crucial que Paz abordó a través de la poesía y del ensayo, o la larga marcha de México “hacia el progreso y la modernidad”. Un ensayista, Enrico Mario Santí ha escrito a propósito de *El laberinto*: "...a juzgar por su influencia sobre la literatura y pensamiento de su tiempo, su impacto ha sido enorme. Según el reciente estudio del sociólogo Claudio Lomnitz-Adler, *Para salir del laberinto*, su prominencia se debe en gran parte a que su representación de la cultura nacional –la representación de un pensador– no ha sido superada por posteriores intentos, de índole mayormente ideológica, por desmitificar esa misma cultura. Por eso no sería exagerado decir que México, el mundo hispánico, y quizás hasta el mundo moderno no serían los mismos sin este libro (...) Ya sea para exaltarlo o para situarse contra él, prácticamente toda la ensayística mexicana sobre la identidad nacional publicada desde 1950 ha tomado en cuenta el libro de Paz". (Enrico Mario Santí, 1997)

3.2.2.2 Y su posdata...

La reflexión de nuestro autor sobre México, luego de *El laberinto de la soledad*, se condensará y encontrará un claro tema de índole política en un libro que amplía la conferencia sustentada por Paz en la Universidad de Texas en Austin en octubre de 1969 y que será la posdata del laberinto: una “prolongación crítica y autocrítica”, un conjunto de preguntas abiertas sobre el tema del desarrollo, vinculado al de la identidad de México y de América Latina, sobre la carrera interminable de la modernidad hacia el futuro, sobre las opciones reales de organización sociopolítica en nuestras sociedades, sobre el lastre que significa, en su perspectiva, nuestra doble tradición indígena e hispánica para una asunción consciente de la libertad y sus riesgos: “Nosotros todavía no aprendemos a pensar con verdadera libertad” –escribe en *Posdata*– (...) Una de las razones de nuestra incapacidad para la democracia es nuestra correlativa incapacidad crítica”.

También utiliza esa referencia central del mundo prehispánico que es la pirámide para caracterizar metafóricamente la estructura congelada en ritual, en arquitectura, del poder en México: “La imagen de México como una pirámide es un punto de vista entre otros igualmente posibles: el punto de vista de aquel que está en la plataforma que la corona. Es el punto de vista de los antiguos dioses y de sus servidores, los señores y pontífices aztecas. Asimismo es el de sus herederos y sucesores: Virreyes, Altezas Serenísimas y Señores Presidentes. Y hay algo más: es el punto de vista de la inmensa mayoría, las víctimas aplastadas por la pirámide o sacrificadas en su plataforma-santuario. La crítica de México comienza por la crítica de la pirámide”. (Paz, 1984: 9-17, 135)

3.2.2.3 El ogro filantrópico

Pero es en el ensayo “El ogro filantrópico” (Paz, 1987: 317-338) donde dará forma y cuerpo, a través de una compleja reconstrucción histórica y cultural, a la caracterización de la que para él es la realidad de mayor significación política y social en el siglo XX: la aparición del “Leviathan” hobbesiano reconstituido por las burocracias político-administrativas en la forma del Estado omnipresente y omnipotente, instrumento inapelable y ubicuo de la racionalidad política, racionalidad que no hará sino encubrir –ideología de la modernización autoritaria mediante– el despotismo ejercido por la sociedad política y sus aparatos burocráticos sobre la llamada sociedad civil.

En este sentido, el Estado moderno, sobre todo en países como México, con una endeble tradición democrática y ciudadana, será el gestor despótico (si bien no totalitario) de los procesos de modernización, que serán impuestos “desde arriba” a una sociedad tradicional a la que se concibe, de acuerdo con una persistente cosmovisión ilustrada, “irreductible al progreso, al cambio” (ver en este sentido la crítica de Luis González a las sucesivas etapas modernizadoras de nuestra historia: independencia, reforma, revolución, cada una negadora, de acuerdo con el historiador michoacano, del sentir y de la memoria profundas del pueblo de México). (Luis González y González, 2000, en *Obras completas*)

Paz señala en “El ogro filantrópico” que el Estado construido luego de terminada la revolución retoma las tradiciones patrimonialistas y despóticas propias del Estado novohispano y su férrea trabazón burocrática, fortaleciendo e incluso acrecentando el peso y la eficacia centralizadoras alcanzados por el régimen porfirista, en detrimento de los avances hacia un grado mayor de pluralismo y de institucionalización de la vida política que habían supuesto tanto el lapso de la República restaurada como el efímero periodo maderista, en 1911. Si el Estado autoritario y su peso agobiante sobre la sociedad inarticulada ha sido el precio a pagar en la búsqueda de una ilusoria “puesta al día” con respecto a las democracias occidentales y al capitalismo maduro, entonces quizás llegó el momento de romper la (falsa) equivalencia entre modernización y autoritarismo, parece decirnos Paz en su ensayo: “Creo que como los otros países de América Latina, México debe encontrar su propia modernidad. En cierto sentido debe inventarla. Pero inventarla a partir de las formas de vivir y morir, producir y gastar, trabajar y gozar que ha creado nuestro pueblo”. (Paz, 1987: 337)

3.3 A manera de conclusiones (provisionales)

De la fracasada rebelión cívica de Vasconcelos en 1929 –año también de la fundación del partido de Calles, el P.N.R.– a las progresivamente intensificadas movilizaciones de amplios sectores sociales en pos de una confusa pero verídica reforma del sistema y de sus instituciones políticas medulares (la representación proporcional, el registro de nuevos partidos de izquierda y derecha, la consolidación del IFE como garante de elecciones equitativas, etc.), movilizaciones que harían culminar, cuando menos en un aspecto formal, la transición democrática con el triunfo de Fox en julio de 2000; de la consolidación y apogeo del sistema político mexicano a su paulatino desmoronamiento; del impulso desarrollista y modernizador administrado por un Estado fuerte, capaz de imponer a la sociedad las directrices del progreso social, a la novedosa exigencia civil de un régimen sustentado en la observancia de la ley y en el reconocimiento de la pluralidad sociocultural y política mexicana, como condiciones necesarias de un auténtico proceso de desarrollo...

mucha agua ha corrido bajo los puentes en este largo siglo XX (¿1910-2000?) mexicano.

Octavio Paz tuvo la oportunidad generacional –empieza su andadura en la vida política e intelectual a principios de los años treinta– de dar testimonio sobre las transformaciones sumarias y las continuidades de la realidad mexicana hasta las vísperas casi de su muerte, en 1998. No sólo rindió testimonio: también fue actor de la vida artística y cultural, sobre todo, pero también política, de un periodo particularmente abigarrado en acontecimientos; pueden reprochársele al poeta sus juicios y prejuicios, quizás la solidez de su “filosofía”; puede verse con desconfianza su capacidad para opinar sobre todos los asuntos y situaciones...pero en cambio creo que es más difícil desmentir la coherencia de su visión a la vez poética y analítica, sostenida por una curiosidad insaciable y por una aguda inteligencia, coherencia para ordenar e interpretar las circunstancias históricas y personales que le tocó en suerte vivir. (Xavier Rodríguez Ledesma, 1996: 273-288)

Puede afirmarse que el sentido de la obra política de Paz está anclado en una sensibilidad o visión mítico-histórica que le da un alcance distinto al que los métodos y disciplina propios del analista político y en general del científico social ofrecen. Nuestro autor mantiene que la civilización moderna, centrada en la innovación técnica y en el ideal del progreso permanente, está escindida –lo que se traduce en un conflicto trágico, es decir irresoluble– entre sus fundamentos racionales, laicos y democráticos, y los impulsos primordiales hacia lo sagrado (lo “inefable”, es decir, lo indeterminado de la condición humana).

En este sentido cabe señalar las particularidades y los límites de ese liberalismo tan escasamente ortodoxo, muy consciente por otra parte de la incapacidad de la razón para dar cuenta de lo fundamental de la experiencia humana, que para el poeta Octavio Paz estaría situado justamente en el instante, en la experiencia poética (“El ocaso de la vanguardia”, primera y segunda parte, *Plural* 27 y 28, noviembre y diciembre de 1973). Estas tensiones entre exigencias mutuamente excluyentes resultan ajenas a las preocupaciones de los intelectuales políticos propiamente dichos. En tal sentido, el liberalismo político asumido de manera consciente por Paz, y su defensa de las instituciones y prácticas políticas de

la democracia al modo occidental, deben entenderse, en buena medida, como una construcción conceptual edificada sobre nociones y concepciones originarias de índole distinta en los planos espiritual e intelectual, correspondientes a búsquedas e intuiciones que poco tienen que ver con, digamos, una perspectiva propiamente “politológica”.

Sea como sea, Paz mantendrá sus posiciones inequívocamente “ilustradas” y liberales a lo largo de su participación en el debate político nacional e internacional, como lo muestra el párrafo siguiente: “Universalidad, modernidad y democracia son hoy términos inseparables. Cada uno depende y exige la presencia de otros. Este ha sido el tema de todo lo que he escrito sobre México desde la publicación de *El laberinto de la soledad*”. (Paz, 1998: 41)

3.4 Referencias históricas y políticas sobre México en la obra de Octavio Paz

En este apartado registro las referencias históricas y políticas sobre México en la obra de Octavio Paz , tanto de fuente hemerográfica como bibliográfica. He procurado condensar mediante este registro particularizado en la obra histórico-política de Paz (aunque los límites entre ambas sean con frecuencia borrosos) la preocupación del escritor por dar forma a su visión de México desde coyunturas y encrucijadas muy precisas o bien, como es el caso de algunos ensayos, desde elevados promontorios que permiten visibilizar el transcurso ideal y material de la historia mexicana entre otras historias.

La mayoría de los ensayos y artículos aparecen publicados inicialmente en revista, sobre todo en las suyas –*Plural* y *Vuelta*–, para luego ser recogidos en libros como *El ogro filantrópico*, *Tiempo nublado*, *Pequeña crónica de grandes días*, *Hombres en su siglo* y *otros ensayos*, *Itinerario*, a su vez reunidos, primero en los tres volúmenes de *México en la obra de Octavio Paz*, de los años ochenta, y posteriormente en la que sería versión definitiva de su obra política, publicada en los volúmenes 8 y 9 de las *Obras completas* (ver bibliografía), durante los noventa.

Es importante aclarar que no pretendo hacer un registro de la obra ensayística que se refiere a temas propiamente artístico-culturales, aunque incluya de manera subsidiaria algunos elementos de reflexión u observación de índole política; me limito

voluntariamente, dada la índole de esta tesis, a registrar y caracterizar muy brevemente las obras (ensayos, artículos, apostillas, reseñas) que asumen como tema principal cuestiones coyunturales o no de la vida política mexicana (y cultural, si está referida a cuestiones cívico-políticas) en el amplio corpus paciano.

3.4.1 Aparecidas originalmente en libro (en orden cronológico)

- *El laberinto de la soledad* (1950): “De la independencia a la revolución”; “Nuestros días”; “La *intelligentsia* mexicana”; “La revolución mexicana”.
- *Posdata* (1970): “Olimpiada y Tlatelolco”; “El desarrollo y otros espejismos”; “Crítica de la pirámide”.
- *Tiempo nublado* (1983): “Posiciones y contraposiciones: México y Estados Unidos” (conferencia inaugural del simposio *Mexico Today*, Washington, 29 de septiembre de 1978: acercamiento comparado a dos países, dos culturas, dos trayectorias históricas); “Perspectiva latinoamericana” (el contexto de la crisis mexicana y la estatización de la banca, *circa* 1982).
- *Pequeña crónica de grandes días* (1990): “México: modernidad y tradición” (el proyecto modernizador de Carlos Salinas de Gortari; recuento de los partidos); “México: modernidad y patrimonialismo” (crítica del Estado propietario; autocrítica de los intelectuales como condición para el cumplimiento de su función).
- *Itinerario* (1993): “Itinerario” (una autobiografía política. O.P. en el siglo: ideas, creencias, sueños).
- *El poeta en su tierra* (1998). *Diálogos con Octavio Paz*, revisado y corregido por Octavio Paz. Braulio Peralta: “Nacionalismo”; “Partidos políticos”; “Campesinos y ejido”; “La izquierda”.

3.4.2 Aparecidas originalmente en revistas y periódicos (en orden cronológico)

- “Carta a Adolfo Gilly”. *Plural* 5, febrero de 1972 (caracterización del sistema político mexicano como expresión de las burocracias políticas autoritarias del siglo XX).
- “México: presente y futuro”. *Plural* 6, marzo de 1972 (mesa redonda con John Womack y Frederick C. Turner, en Harvard).
- “Hacia una política de población en México”. *Plural* 12, septiembre de 1972 (sobre el desarrollo mexicano; perspectiva histórica del “poblacionismo”).

- “La letra y el cetro” (presentación de *Plural* 13, octubre de 1972, dedicado al tema “Los escritores y la política”: Carlos Fuentes, Juan García Ponce, Jaime García Terrés, Carlos Monsiváis, José Emilio Pacheco, O.P., Tomás Segovia, Luis Villoro, Gabriel Zaid); “El escritor y el poder” (el final del sistema político mexicano y del presidencialismo: “Por los aires de México corre un secreto a voces: el sistema político que desde hace más de cuarenta años nos rige, está en quiebra”; vaticinios, alternativas).
 - “Entre Viriato y Fantomas”, “La otra violencia”. *Plural* 21, junio de 1973 (sobre la violencia en el México de los años 70).
 - “A cinco años de Tlatelolco”. *Excélsior*, 1, 2, 3 de octubre de 1973 (historia mexicana reciente; la búsqueda de alternativas democráticas).
 - “Las trampas de la virtud”. *Plural* 27, diciembre de 1973 (sobre la intolerancia en el debate público).
 - “Entre la píldora y Herodes”. *Plural* 31, abril de 1974 (machismo, malthusianismo, control de la natalidad).
 - “El plagio, la plaga y la llaga” (coyuntura mexicana; secuestro de J.G. Zuno); “La docta adulación” (sobre la izquierda, la universidad, los intelectuales); “Bohemia y revolución” (intelectuales y terrorismo: su responsabilidad); “Elogios que matan” (sobre los intelectuales y la violencia revolucionaria); “¿Hay salida?” (cambios necesarios en la política mexicana de desarrollo). *Plural* 36, septiembre de 1974.
 - “Monólogo en forma de diálogo”. *Plural* 43, abril de 1975 (sobre la visita de Luis Echeverría a la U.N.A.M, en marzo de 1975).
 - “Declaración sobre la libertad del arte”. *Excélsior*, mayo de 1975 (a propósito de la política cultural oficial y de la libertad artística).
- “Entre orfandad y legitimidad” (prólogo a *Quetzalcóatl y Guadalupe*, de Jacques Lafaye. Fondo de Cultura Económica, 1977: sobre las creencias en la Nueva España y la formación de la conciencia nacional en México). “Ixtlixochitl y el control de la natalidad” (sobre las causas y las consecuencias de la natalidad galopante). *Plural* 46, julio de 1975.
- “Las ilusiones y las convicciones”. *Plural* 55, abril de 1976 (necrológica: Daniel Cosío Villegas, su papel intelectual, su crítica del sistema político mexicano. El fracaso del proyecto liberal: la Reforma, el Porfiriato, la revolución mexicana).

- “El espejo indiscreto”. *Plural* 58, julio de 1976* . (la formación de México y la de los EEUU: historias paralelas y contrapuestas. Religión e historia, actitudes colectivas. El futuro de la sociedad democrática desarrollada).
- “La libertad como ficción”. Periódicos europeos y norteamericanos (el fin del *Excélsior* de Julio Scherer García en julio de 1976).
- “Historias de ayer”; “Rompimiento del arca de la alianza”; “Entre luz: ¿alba o crepúsculo?”. *La Jornada*, agosto de 1988.
- “Al otro día”. *Excélsior*, 11 de septiembre de 1988.(sobre los jóvenes y la transformación democrática; sobre el P.A.N. y sus limitaciones; sobre las elecciones de 1988).
- “Aviso”. *Vuelta* 1, noviembre de 1976 (presentación del primer número de *Vuelta*; sobre *Plural* y la libertad de pensamiento). Aparece como “Vuelta”.
- “Los partidos en la universidad” (la huelga del STUNAM; relaciones entre política y universidad); “El país sin partidos” (espacios democráticos y universidad; el papel de la izquierda); “Ulemas y alfaquies” (los hábitos intelectuales; el dogmatismo de los intelectuales). *Vuelta* 10, septiembre de 1977.
- “El ogro filantrópico”. *Vuelta* 21, agosto de 1978 (la naturaleza autoritaria del Estado mexicano; antecedentes históricos: patrimonialismo en la Nueva España; burocracias modernas).
- “Travesía” o “Quinta vuelta”. *Vuelta* 60, noviembre de 1981 (quinto aniversario de *Vuelta*. Sobre el Poder Institucional y la Doctrina: el Estado autoritario y los intelectuales dogmáticos).
- “Hora cumplida”. *Vuelta* 103, junio de 1985. (sobre el P.R.I. y otros partidos en el contexto de la lucha por la democracia).
- “Escombros y semillas”. *Vuelta* 108, noviembre de 1985 (el sismo del 19 de septiembre de 1985 en el D.F. El destino de la ciudad y la participación de sus habitantes).
- “Remache: burocracia y democracia en México”, *Vuelta* 127, junio de 1987 (sobre el P.R.I.; sobre la cuestión democrática y la necesidad de reformas intelectuales y morales).
- “Chiapas, ¿nudo ciego o tabla de salvación?”. *La Jornada*, ¿enero de 1994? (los intelectuales y su incapacidad para abordar con claridad el conflicto en Chiapas. La función crítica del intelectual).

* Último número de la revista.

- “Incertidumbres y perspectivas”. *La Jornada*, ¿enero de 1994? (sobre las exigencias de los insurgentes. El proceso de negociación).
- “El nudo se deshace o ahoga”. *Vuelta* 207, febrero de 1994 (aspectos regionales y locales del conflicto en Chiapas. La dimensión cultural; las dimensiones económicas, sociales, jurídicas y políticas).
- “Chiapas: hechos, dichos, gestos”. *Vuelta* 208, marzo de 1994 (sobre los Acuerdos de San Andrés. Marcos y los intelectuales).
- “El plato de sangre”. *Vuelta* 209, abril de 1994 (el asesinato de Luis Donaldo Colosio; el clima de violencia en el país).
- “Las elecciones de 1994: doble mandato”. *Vuelta* 215, octubre de 1994 (las tareas de los partidos; características del P.A.N. y del P.R. D.; el P.R.I.; juicio sobre las elecciones).

3.4.3 Entrevistas, conversaciones (en orden cronológico)

- “Respuestas a diez preguntas”. Entrevista en Radio Universidad, 13 de julio de 1971 (represión del Jueves de Corpus, exigencia de explicaciones sobre los sucesos. Consecuencias del monopolio político: México moderno y plural que no puede expresarse).
- “Vuelta a *El laberinto de la soledad*”. Conversación con Claude Fell. *Plural* 50, noviembre de 1975 (explicación de *El laberinto...Relación de O.P. y su obra con la historia de México. Los dilemas de la sociedad mexicana y sus caminos posibles hacia el desarrollo. Los intelectuales y su papel, las ideas de la época*).
- “Suma y sigue”. Conversación con Julio Scherer García. *Proceso* 57 y 58, 5 y 12 de diciembre de 1977 (O.P. en su siglo: formación intelectual, historia y biografía entrelazadas. Ausencia de proyectos: “ Qué veo? Una ausencia de proyectos. Si vuelvo la cara hacia la derecha veo a gente atareada haciendo dinero; si la vuelvo a la izquierda, veo gente atareada discutiendo. Las ideas se han evaporado”).
- “Tela de juicios”. Entrevista de Julio Scherer García. *Itinerario*, Fondo de Cultura Económica, 1998 (en visperas de cumplir 80. Repaso biográfico-político desde el regreso a México en 1971).

4. Las revistas culturales en México: su papel y su importancia

4.1 Algunas consideraciones

Escribía Octavio Paz que “las revistas literarias no sólo expresan las rupturas entre las generaciones, sino que también son *puentes* entre ellas” (Guillermo Sheridan, 1985: 363). La revista cultural entendida como el espejo arbitrario y eficaz del temple de un grupo y de sus elecciones intelectuales, el recinto donde las generaciones construyen su tradición mediante el trato con los afines y la exclusión (a veces estentórea) de quienes son percibidos distintos, también es, para el historiador de la cultura, un eslabón que con otros forma la cadena de la tradición, la genealogía registrable de un momento creador. En el caso mexicano, una mirada de cierta amplitud puede ayudarnos a percibir las imprevistas afinidades entre revistas tan distantes en la circunstancia que las hizo posibles, en el ánimo fundador y en la cronología, como son *El Renacimiento*, de Ignacio Manuel Altamirano, la *Revista Moderna*, de Jesús E. Valenzuela, ambas del siglo XIX, y *Contemporáneos*, de Bernardo Ortiz de Montellano, de los años veinte; estos tres núcleos seminales de la

cultura mexicana, tan diferentes por su ambición estética y formativa, compartieron la preocupación generosa por los dilemas mexicanos, la ávida curiosidad por lo que se pensaba y escribía en Europa y América, la tan a menudo ingenua voluntad pedagógica y redentora por la cultura, por “el espíritu”. En todo caso, matices distintos de una misma curiosidad cosmopolita, de una confianza que ahora percibimos ilusa en las capacidades emancipadoras de una élite informada y al día en los asuntos del espíritu.

Para Guillermo Sheridan, una revista es “una manifestación de diversas intimidades que, al unirse entre sí, optan por una repercusión pública” (Sheridan: 363); sea como sea, estas afinidades electivas no sólo entrelazan las sensibilidades de un grupo que tiene algo propio que decir en común (o que así lo considera), también y sobre todo dan el tono, en los ejemplos representativos, para que una sociedad normalmente distraída se deje permear por ideas, obras, ejemplos, preguntas estimulantes, argumentos de valor intelectual, político, estético. Esta influencia que brota de grupos minoritarios, de lenta irradiación, de difícil seguimiento, ha contribuido en medida considerable a acuñar lo que podemos denominar el “discurso nacional”, acervo disponible de lugares comunes patrios y de certezas sobre-la-propia-identidad, pero también nos ha dado palabras nuevas e ideas claras para disipar las telarañas mentales, las mentiras instituidas, para argumentar lo que somos y queremos ser. Una revista, como la cultura misma, es para Gabriel Zaid, una conversación virtual en torno a autores y obras, un entusiasmo compartido por la palabra (y por la precisión y la belleza de la palabra), un diálogo que hace crecer, vivir: Dice el ensayista regiomontano: “¿De qué estamos hablando? ¿De la vida del lector que se anima, desdoblado en un texto? ¿De la revelación creadora de nuevos temas y nuevas formas de tematizar? ¿De la tertulia estimulante en un lugar de reunión sin hora, ni lugar, en las páginas de una revista?”. (Gabriel Zaid, 2001: 47)

No debe olvidarse, por otra parte, que en una sociedad como la mexicana (el ejemplo es válido para la mayoría de las sociedades latinoamericanas), donde la existencia de instituciones y canales idóneos para la participación civil en los asuntos públicos es hecho relativamente reciente, y donde la cultura cívica predominante, entendida ésta como el conjunto de actitudes personales y colectivas que configuran

las modalidades de relación entre el individuo y la “res pública”, tiende a privilegiar la lealtad (obediencia) por encima de la decisión individual, revistas de vocación originalmente artístico-literaria, asumieron la tarea, –“política”, en el sentido profundo de la palabra– de formular con un mínimo de precisión, los deseos más o menos inarticulados de la sociedad, de acuerdo con la visión, tan amplia o estrecha como se quiera, de grupos –“inmensas minorías”– que hicieron suya la tarea prometeica de ocuparse de las grandes cuestiones nacionales en un sentido emancipador, a través de la cultura y de la familiaridad con las obras consagradas de la civilización.

4.2 Dos ejemplos: *El Renacimiento*, *Examen*

El programa de la revista *El Renacimiento*, en la segunda mitad del siglo XIX –creado en lo fundamental por Ignacio M. Altamirano, miembro de la generación que hizo la Reforma, ganó la guerra civil contra los conservadores y combatió la Intervención– planteaba la emancipación literaria de México mediante la afirmación y el cultivo de los valores propios; esta reivindicación identitaria en el plano de la cultura suponía de manera necesaria y coherente la consolidación de un proyecto nacional, en este caso el liberal, laico, progresista, democrático (por lo menos de modo formal). Tal afirmación de lo propio –el descubrimiento de tradiciones sumergidas, la invención de otras inéditas– tenía que hacerse sin demérito de encontrar para nuestra naciente tradición literaria un lugar propio en el contexto de las culturas universales, en especial de la occidental. Como afirma José Luis Martínez, “los estudios que dedicó Altamirano y muchos otros colaboradores de *El Renacimiento* a varios dominios de la cultura universal prueban que lo que se buscaba era lo que antes se ha llamado la afirmación de una conciencia y un orgullo nacionales. Queríase mostrar al mundo la calidad y la dignidad de nuestros escritores, artistas, sabios y educadores; la nobleza de algunas figuras de nuestro pasado; las posibilidades de nuestro paisaje, costumbres y temperamentos para realizar con ellos obras de mérito artístico, y todo ello para concurrir con nuestra propia voz y con nuestra propia índole al coro de las culturas, en el que hasta entonces parecía que sólo deseábamos participar con el eco de voces extrañas y

procurando ocultar cuanto fuese posible la realidad de la que proveníamos”. (José Luis Martínez, 1981: 1051).

El semanario fundado y dirigido por Altamirano llegó a ser la revista emblemática de la élite literaria, aglutinó a los intelectuales liberales y conservadores, clasicistas y románticos, afrancesados o hispanófilos de mayor significación en un impulso de reconocimiento mutuo y de afirmación artístico-cultural que disolvía, aunque sólo fuese en el ámbito de la cultura, las irreconciliables diferencias políticas entre los amigos del “progreso” y de la “tradición”, respectivamente; en cuanto a representatividad, puede afirmarse que la revista tuvo un alcance nacional pues incorporó a escritores de todo el país, sin olvidarse de los extranjeros residentes. El resultado de este proyecto compartido de afirmación romántico-liberal del país deseado, fue una revista literario-cultural, miscelánea y didáctica que incluía ficción y poesía e informaba de cuestiones de crítica, historia, arqueología, pintura, música, teatro y ediciones; es decir, una crónica muy viva y actual, un registro creativo de las producciones más notables en los géneros mencionados, mediante la cual se asimilaban las obras y los pensamientos de otras latitudes, en una suerte de diálogo cuasi ecuménico que en sí mismo suponía una notable obra de afirmación creadora. Con el tiempo, lo que nacía como un credo menos estético que social, ético o político, se transformaría en la estética que guiaría varias generaciones de transición, entre el romanticismo hasta la revuelta cosmopolita del modernismo. “Altamirano quiso repetir en literatura el grito de Dolores para llegar a un arte que revelara, sí, su filiación con Europa, pero también una novedad de formas y fondo, criolla”. (Huberto Batis, 2001)

Examen, revista de Jorge Cuesta, “la primera revista en la que las ideas filosóficas, políticas y sociales tienden a una coexistencia complementaria con la literatura” (Guillermo Sheridan: 386), y de la que apenas aparecieron tres números –agosto, septiembre, noviembre de 1932– asume la tarea necesariamente minoritaria de defender las causas de la creación individual libre y del universalismo europeo (valga la paradoja), encarnado en el pensamiento de la ilustración, frente a las exigencias nacional-revolucionarias dominantes de un arte y de una cultura puestos al servicio de las causas populares, de una cultura transformadora de la circunstancia

político-social imperante, de un arte didáctico capaz de recrear eficazmente los sentimientos genuinos del pueblo (y las concepciones del Estado sobre lo que deberían ser esos sentimientos genuinos). A grandes rasgos, es la época de la consolidación del régimen de Calles y su maximato; la noción de arte comprometido predomina entre los intelectuales y en las burocracias del nuevo Estado.

La corta vida de *Examen*, revista de magnífico nivel editorial de acuerdo con los testimonios de Sheridan y Paz, (Sheridan: 391) fue polémica e intensa; vista con desconfianza por tirios y troyanos, que detestaban tanto su carácter elitista, antirrevolucionario, como su permisividad en cuestiones de moral pública. La breve presencia de la revista en la vida cultural se caracterizó por la beligerancia propia y la consecuente de los adversarios, así como por los malentendidos suscitados por el genio provocador de su director, Jorge Cuesta, cuya brillantez analítica se complacía en disolver por la vía de la paradoja y el análisis minucioso, las formulaciones al uso sobre los deberes del arte y del artista en la búsqueda de un mundo mejor. (Jorge Cuesta, 1978: 99-101)

¿Por qué emparentar a estas dos revistas? Si bien radicalmente opuestas en su talante y en su ambición cultural (y por supuesto en las determinaciones de sus épocas respectivas), *El Renacimiento* y *Examen* tienen en común esa voluntad de apoyarse en el universalismo (como sinónimo de europeísmo, para ser justos) en la tarea de refundar una tradición mexicana de la inteligencia capaz de afirmar su interlocución frente a otras maneras de crear y pensar: una suerte de “higienización” de la propia tradición cultural a través del diálogo, en igualdad de condiciones, con la inteligencia del mundo. Asimismo ambas hicieron política –*El Renacimiento* aspiró incluso a construir la patria sobre una síntesis ética y estética de alcance amplísimo–, participaron con vehemencia en los debates de su tiempo, combatieron y fueron combatidas en nombre de causas culturales que también eran la expresión de visiones políticas.

4.3 Nexos, Vuelta

Otros ejemplos de la influencia que las publicaciones periódicas pueden llegar a tener en la conformación de una cultura política en segmentos representativos de la

comunidad, y de su capacidad para formular de manera coherente aspiraciones y deseos de esa comunidad son, sin duda, *Vuelta* y *Nexos*, *Nexos* y *Vuelta*, (ver anexo I, apartados 2 y 3) publicaciones periódicas mensuales que hasta la desaparición de *Vuelta* –cuyo último número, el 261, circuló en agosto de 1998–, (ver anexo I, apartado 1) coexistieron como dualidades encarnadas –gemelos enemigos, en la terminología de Gabriel Zaid– de una comunidad intelectual a la que ambos proyectos editoriales procuraron representar desde diferentes concepciones: dos espacios de análisis y difusión que si bien no agotaron el inventario de las luces mexicanas (¡gracias a dios!), sí fueron capaces de erigirse en los grupos de mayor presencia pública, bien por sus méritos estrictamente intelectuales –la capacidad para expresar de manera persuasiva sus interpretaciones sobre temas del arte, la cultura y la política–, ya por su sentido estratégico al constituirse en interlocutores más o menos privilegiados de factores de poder, entre los cuales la empresa de medios Televisa o el propio Estado, como intenté mostrar en el apartado 2.2 de este trabajo, “Del intelectual liberal al intelectual institucional”.

Ambas revistas expresaron los dilemas, las percepciones, los intereses de un reducido grupo de hombres y mujeres pertenecientes a la élite intelectual del país, quienes interpretaron (y en el caso de *Nexos* siguen interpretando) los problemas del país y del mundo a partir de una gran diversidad de posiciones; aunque, bien mirado, dichas posiciones pueden ser sintetizadas –simplificando lo necesario– en dos grandes vertientes: la liberal, representada como es obvio por *Vuelta*, cuya preocupación esencial era la construcción de una ciudadanía libre, capaz de configurar una modernidad posible y deseable para el país; y la progresista, reivindicada grosso modo por *Nexos*, una suerte de actualización del pensamiento socialista democrático, adversario también del totalitarismo. Esta vertiente reivindica desde la crítica reflexiva proyectos colectivos transformadores, y su preocupación política durante todos estos años ha sido, para el autor de estas líneas, la de articular las tareas culturales con proyectos políticos emancipatorios para el país y en general para América Latina.

La dirección y el consejo editorial de *Nexos*, desde su aparición a fines de 1977, estuvieron integrados por jóvenes historiadores, sociólogos y economistas, la

mayoría de ellos relacionados con la UNAM y otras instituciones públicas de educación superior (como el Instituto Nacional de Antropología o la por entonces recientemente fundada Universidad Autónoma Metropolitana), acompañados por algunas figuras “consagradas”: Pablo González Casanova, Carlos Monsiváis y el filósofo Luis Villoro. Mencionaré a algunos de los fundadores de *Nexos*, notorios participantes desde entonces en la vida pública nacional: Enrique Florescano, Héctor Aguilar Camín, Rolando Cordera Campos, Julio Frenk, Lorenzo Meyer, Alejandra Moreno Toscano...

Vuelta, cuyo primer número aparece en diciembre de 1976 (el último, como ya señalé, en agosto de 1998), es la revista de los intelectuales que preconizan su independencia intelectual frente al Estado, críticos sistemáticos tanto del Sistema Político Mexicano, por entonces todavía con mayúsculas (según la caracterización de Daniel Cosío Villegas: eficaz y autoritario) como del socialismo real y de los intelectuales que en México y América Latina defienden desde las universidades, sindicatos y foros públicos esta alternativa política; cabe recordar que en ese entonces, fines de los años setenta y principios de los ochenta, la “guerra fría” era todavía una flagrante realidad en lugares tan cercanos al país como Nicaragua y El Salvador: la división geopolítica del mundo dividía a los intelectuales y otros forjadores de opinión en bandos irreductibles.

La revista *Vuelta* giró en torno de Octavio Paz, fundador y animador; el equipo que lo acompañará hasta el final, literalmente hasta su muerte, es casi el mismo que hizo *Plural*, un puñado de escritores partidarios de la libertad artística y, en cierto modo, hostiles a la intervención de la política en los ámbitos de la imaginación creadora; ellos fueron José de la Colina, Salvador Elizondo, Juan García Ponce, Tomás Segovia, Gabriel Zaid, Alejandro Rossi y Kazuya Sakai, a los que se agregaría Enrique Krauze, joven historiador, quien con el paso del tiempo iría ganando influencia en las decisiones sobre el estilo y la orientación política de la revista, hasta llegar a ser lo que hoy es —¿quién no lo sabe?—, uno de los intelectuales de mayor peso e influencia en los círculos de poder y entre la opinión pública.

Nexos y *Vuelta*...Sin embargo, cabe entender esta dicotomía política y cultural desde una perspectiva menos conflictiva y desgarrada; tal vez *Vuelta* y *Nexos* posean más afinidades, a partir de una actitud común de esclarecimiento hacia los problemas de México y del mundo, que lo que estarían dispuestos a reconocer los ideólogos de la guerrilla cultural. Rolando Cordera Campos, fundador de *Nexos* y activo protagonista de nuestra vida pública afirma en este sentido: “Quizás sí tendríamos que admitir que entre la nómina de colaboradores de *Nexos* predominaba gente con adscripciones de centro-izquierda, y en *Vuelta* no tanto (si se le quiere buscar una separación de esta naturaleza), pero yo creo que ambas revistas se distinguían por un esfuerzo de llevar a cabo una crítica permanente y sistemática, lo más rigurosa posible del estado de cosas, del orden existente y del Estado mismo en diferentes maneras de apreciarlo y atendiendo sobre todo a las colaboraciones individuales, y no entendidas como articulaciones de grupo”. (Rolando Cordera Campos, 2002: 123)

5. Historia y caracterización de *Plural* (octubre de 1971-julio de 1976)

5.1 Introducción

Empecé a leer la revista *Plural* cuando cursaba el segundo año de la licenciatura en Economía en la Universidad de Guadalajara, en el año de 1972, si no me falla la memoria. Era una época ciertamente interesante: Salvador Allende encabezaba el gobierno de Unidad Popular en Chile, ante la sorda oposición de buena parte de la clase media, de los militares y de Henry Kissinger, renovador de la doctrina de la contención del comunismo, cuyas consecuencias cuánto padecería América Latina en los años subsiguientes; estaba también el comandante Fidel Castro, todavía por entonces en olor de santidad política; entre nosotros gobernaba el presidente de la “apertura democrática”, Luis Echeverría Álvarez, tercermundista militante y represor, de confusa praxis política e ideológica. Década inocente y violenta, declamatoria y generosa; muchos creíamos –yo también– que el mundo era infinitamente modelable y perfectible por la voluntad fraterna, por el conocimiento profundo de las leyes de la historia. Me refiero, por si hace falta recordarlo, a la todavía época de la Guerra Fría, es decir, del reparto del mundo entre los Estados Unidos de América, la Unión Soviética y sus bloques respectivos en dos zonas de influencia; vivíamos también la apoteosis de la contracultura, que en sus múltiples versiones y registros permeaba y daba sentido a la experiencia de ser joven –experiencia ¡ay! necesariamente provisional.

Plural, el primero que tuve en mis manos, era un tabloide alargado, de 36 por 24 centímetros, (ver anexo II, apartado 1) con cubiertas llamativas y sin embargo equilibradas (en el sentido en que podía fácilmente discernirse el contenido a partir

de una rápida ojeada), de extensión oscilante entre 40 y 60 y pico de páginas; impresas tanto la cubierta como los interiores en un papel ahuesado; a partir del número 9 se diferenciaron; ya que las cubiertas aparecieron en papel couché. Desde el número 28, correspondiente al mes de enero de 1974, la revista apareció en un formato tamaño “oficio”, 30 por 21 centímetros, mismo que conservaría hasta el número 58, julio de 1976, último dirigido por Octavio Paz. (ver anexo II, apartado 2)

Para el adulto joven que por entonces era –en los veintiuno de mi edad–, esa revista peculiar poseía en su forma y en su enigmático contenido el valor de lo prestigioso, de lo que no se conoce muy bien pero que avizoramos como poseedor de un valor indiscutible, aunque todavía pendiente de valoración precisa. Al encontrarme con *Plural*, gracias a la recomendación de algún compañero que ya la compraba con asiduidad mensual, empecé a formular y darle forma a ciertas predisposiciones respecto al “mundo de la cultura” o, más precisamente, a los ámbitos de la reflexión y de la creación.

No es ocioso aclarar que en esos años, y mientras la leí, hasta 1976, tuve una relación “normal” con los artículos, ensayos, recensiones de la revista; quiero decir, muchas veces –mea culpa– no entendí lo que allí se escribía, ya por insuficiencia de conocimiento y de información, ora por desinterés simple y llano.

La revista que ahora intento describir y comprender, sobre todo en su dimensión política, no es la misma revista que leyó ese otro Antonio López Mijares; la primera es ya un hito de la cultura mexicana moderna, por sus contribuciones comprobables a la democratización del país y sus instituciones crítica mediante, por la circulación de ideas y debates sobre las alternativas de desarrollo para México y América Latina (véanse por ejemplo las polémicas entre Stavenhagen y Hirschman, los ensayos de Zaid, Womack, Urquidi...), por la crítica precursora del mundo socialista, por su aportación significativa a la renovación de los lenguajes y usos artísticos, al desvanecimiento del canon nacionalista (“no hay más ruta que la nuestra”) en la creación y reflexión artística.....la que leyó el autor de estas páginas, en cambio, es una suma de deslumbramientos, malentendimientos, hastíos y lecturas provechosas, estimulantes: una revista a veces fastidiosa y otras incitante, leída a partir de un contexto personal y social que configuraba en medida por

determinar mi interpretación de lo leído. Valga la aclaración: el hombre de 1972 no poseía la distancia desde la que ahora escribo estas líneas.

5.2 ¿Por qué y para qué *Plural*?

La revista *Plural*, dirigida por Octavio Paz, aparecerá durante 58 meses consecutivos, de octubre de 1971 a julio de 1976 (dato quizás no insignificante: empezó costando cinco pesos y al final valía doce, un incremento del 100% que, dada la desvalorización del peso en el periodo de Luis Echeverría Álvarez, habla de un cierto subsidio por parte de Excélsior Compañía Editorial, Sociedad Cooperativa).

¿Por qué y para qué aparece esta revista mensual? De acuerdo con el testimonio del propio fundador la revista surge como expresión de una inconformidad intelectual frente a lo que aquél consideraba la incompreensión de los intelectuales latinoamericanos (“en muchos casos se utilizaban las fórmulas estereotipadas de la literatura política marxista de esos años”) y de los norteamericanos –sobre todo de los responsables políticos– hacia los problemas de la región. Era necesario, de acuerdo con el escritor, recuperar la capacidad para pensar “en nuestros propios términos” los temas latinoamericanos, a partir de un conocimiento de los problemas específicos de la región, recuperando para ello una memoria y una visión históricas libres de coartadas y falacias ideológicas o doctrinales; se trataba, en suma, de “recobrar el presente”, y para ello era necesario “recobrar nuestro pasado y, sobre todo, recobrar la conciencia de nosotros mismos”. (Paz, 2001: 16)

El contexto nacional, regional y mundial en el que Paz aventura sus ideas sobre las responsabilidades civiles y culturales de una publicación periódica era tan confuso como conflictivo: de la invasión de los marines a Santo Domingo a la masacre de Tlatelolco, incluyendo la creciente inconformidad de cada vez más amplios grupos sociales hacia las consecuencias negativas –intensificada dependencia y ampliación de las brechas sociales, entre otros– del “desarrollismo” y otras estrategias modernizadoras en nuestros países, había necesidad de interpretaciones coherentes capaces de sustraerse a la lógica ideológico-política del

enfrentamiento norte-sur, y al reduccionismo de la obligatoria elección entre liberalismo y marxismo como únicas alternativas concebibles de desarrollo. Señalaba Paz que “...las nuevas circunstancias históricas exigían una publicación en la que la función crítica –política, histórica y moral– tuviese un lugar primordial”. Una revista de ideas que aportara al debate del momento no sólo argumentos para entender la coyuntura peculiar de América Latina, campo privilegiado del enfrentamiento bipolar, sino visiones integrales sobre el proceso histórico de la región, los dilemas sobre su futuro y las alternativas que debía construir en la búsqueda de un desarrollo propio, no adocenado por las ideologías o los intereses foráneos. También México aparecía como tema y como problema en el horizonte de preocupaciones del escritor y de su proyecto editorial: la encrucijada sin salida en que parecía encontrarse el sistema político, incapaz de representar al país crecientemente urbano y alfabetizado desde sus prácticas autoritarias, así como las consecuencias insatisfactorias del “desarrollo estabilizador”, ponían en evidencia para diversos testigos intelectuales y políticos del escenario mexicano, la crisis profunda del país oficial, así como el fermento de violencia que empezaba a advertirse ante la carencia de alternativas institucionales viables, carencia que era parte importante de dicha crisis.

Como no podía ser de otro modo tratándose de un escritor, fundamentalmente de un poeta también interesado o comprometido con el desarrollo cívico del país, la revista aspiraba a “recrear la comunidad literaria de nuestra lengua”, mediante una apuesta decidida por la renovación de los lenguajes literarios y por el combate abierto a lo que se percibía como provincianismos morales, políticos, estéticos, que desde la perspectiva de Paz empobrecían fatalmente las manifestaciones expresivas de nuestra lengua, y con éstas, las posibilidades de emancipación mental, intelectual de nuestros países y de nuestra tradición cultural. (Octavio Paz, 2001:16)

El proceso de conformación de *Plural* a partir del intercambio de ideas que sostuvo Paz con diversos interlocutores ya desde principios de los años sesenta –cuando era Embajador en la India–, fue complejo y estuvo atravesado por toda clase de vicisitudes y anécdotas, no todas edificantes. (Octavio Paz, 2001: 18-20) El hecho es que Julio Scherer García, director de *Excélsior*, invitó a Paz a dirigir una revista mensual al amparo del “periódico de la vida nacional” (divisa que aparece

inmediatamente después del nombre en la primera página del diario), dedicada a debatir y a difundir temas políticos, culturales y literarios de interés para un público maduro, dispuesto a mantenerse al día en estas cuestiones, en conocer las novedades artísticas y las interpretaciones de mayor interés sobre la sociedad contemporánea.

El primer secretario de redacción de *Plural* fue Tomás Segovia, poeta, ensayista e investigador de El Colegio de México, al que sucederían Kazuya Sakai, pintor y diseñador argentino de origen japonés, difusor de la cultura tradicional de este país, José de la Colina, narrador y periodista de origen español, y Danubio Torres Fierro, escritor y periodista uruguayo. El número de colaboradores estables fue muy reducido a lo largo de los 58 números de *Plural*: no más de diez personas, entre ellas los escritores que acompañaron a Paz desde el inicio, por afinidad artística y seguramente política, y que desde el número 43 (abril de 1975), formalizaron su adhesión a través de un consejo de redacción responsable, en consulta permanente con el director, de sugerir líneas, temas y autores de interés para la revista, así como de ejercer de polemistas cuando la ocasión así lo ameritara para defender las posiciones compartidas por el grupo: libertad del arte y la imaginación, democracia política para México y América Latina, crítica de la experiencia totalitaria, de las tecnoburocracias, de la modernidad y su noción del progreso lineal. Estos hombres de letras, ensayistas, pensadores, ya mencionados en un apartado anterior*, fueron José de la Colina, Salvador Elizondo, Juan García Ponce (premio Juan Rulfo 2001, fallecido en diciembre de 2003), Alejandro Rossi, Tomás Segovia, Gabriel Zaid, Kazuya Sakai.

La importancia de *Plural* como espacio de animación de la cultura mexicana parece estar fuera de duda: los testimonios de sus contemporáneos, aun desde la distancia política o la animadversión hacia el fundador y director de la revista, confirman, a través de la alabanza, el denuesto o el diálogo razonado, que *Plural* era una referencia importante para los lectores informados de la época, incluidas por supuesto las diversas familias intelectuales que formaban nuestra modesta aunque verídica “intelligentsia”. A casi veintiocho años del fin de *Plural* (escribo este párrafo

* Apartado 4.2 “*Nexos, Vuelta*”

el 7 de abril de 2004), y observada con la debida distancia, la revista de Paz –erudita, prestigiosa y algo petulante, poco condescendiente con la ignorancia o escasa formación del lector– marcó a través de los ensayos, traducciones, suplementos, recensiones, artículos y secciones fijas (sobre todo *Letras, letrillas, letrones*, donde Paz, anónimo o no, y otros colaboradores se encargaban mes con mes de echarle una ojeada minuciosa, a menudo vitriólica, a los acontecimientos de México y el mundo) toda una época de nuestra vida pública; afirmó un estilo y un temperamento, una visión coherente sobre la cultura, la política, el arte que, se la acepte o no, es preciso considerar a la hora de hacer el recuento pormenorizado de aquellos años, primera mitad de la década de los setenta, y de lo que representaron para nuestra historia política e intelectual.

En este sentido, *Plural* es una revista con genealogía cultural e histórica, que reivindica afinidades concretas: su espacio de pertenencia es el de publicaciones mexicanas como la *Revista Moderna, Ulises y Contemporáneos, Examen* (cuyo talante crítico y razonador tiene bastante en común con *Plural*), *El Hijo Pródigo*, o más recientemente los suplementos *México en la Cultura y La Cultura en México*, la *Revista Mexicana de Literatura, Diálogos*, la *Revista de la Universidad de México*; y entre las de otras latitudes con la *Revista de Occidente, Sur, Orígenes*, todas ellas cajas de resonancia de obras de creación y reflexión hispanoamericanas y de personalidades irremplazables de nuestra tradición artística y cultural: José Ortega y Gasset, Jorge Luis Borges, Alfonso Reyes, José Lezama Lima...(Adolfo Castañón, 2001: 63)

Plural, al igual que las ya míticas revistas mencionadas, aspiró a unir cosmopolitismo e hispanoamericanismo, y en mayor medida que éstas, imaginación poética (a través del legado romántico del surrealismo) y vocación crítica, magisterio civil y afán lúdico; *Plural* fue una publicación –no tiene remedio– más bien aristocrática, inevitablemente pensada para el universo (no por ello menos vasto) de unos cuantos lectores apasionados por los temas de la llamada “alta cultura”, aunque también debe subrayarse su clara vocación política, visible en la reivindicación, a lo largo de su existencia, de la democracia representativa, en el sentido liberal, como alternativa deseable para nuestras sociedades, contra la opinión, entonces muy

extendida, de muchos intelectuales y políticos, más bien partidarios de formulaciones sociopolíticas consideradas superiores a la democracia “formal”.

¿Cómo caracteriza Octavio Paz a su revista, ya con la perspectiva de cinco años transcurridos desde la salida –y con él la de todo su equipo– de la dirección de *Plural*? “Tuvo desde el principio, como después *Vuelta*, una vocación hispanoamericana. También dio a conocer a escritores poco o nada conocidos entre nosotros. Nos interesó el arte mundial y nos asomamos a las literaturas de Oriente. La crítica política e histórica fue una de las grandes novedades intelectuales de la revista. La crítica del sistema mexicano y de nuestra realidad fue hecha con inteligencia y brillo por Cosío Villegas, Rafael Segovia, Zaid, García Cantú y otros. También nos ocupamos de la situación de nuestros países, sometidos a dictaduras casi siempre sostenidas por Washington. Las dificultades que han experimentado y experimentan las antiguas colonias de España y Portugal para adoptar el sistema democrático es un tema capital pero sobre el cual los intelectuales latinoamericanos han reflexionado poco. Al mismo tiempo, nos atrevimos a tocar ciertos temas hasta entonces escamoteados o tratados tímidamente por los intelectuales mexicanos de izquierda: el sistema represivo imperante en Rusia y en los países llamados ‘socialistas’, la burocracia como casta o clase dominante en esos regímenes y otras cuestiones de la misma índole”. (Paz, 2001: 20)

Francisco José Paoli Bolio, estudioso de las relaciones entre los intelectuales y el poder en México, escribió refiriéndose a las dos revistas que dirigió Paz en México desde 1971: “(*Plural* y *Vuelta*) son editadas por el grupo en el que Octavio Paz tiene un indudable liderazgo, aunque lo componen intelectuales de una gran valía y brillantez en sus respectivas áreas. Puede caracterizarse como el más liberal de los conjuntos intelectuales del último cuarto del siglo XX. Incluye un católico como Gabriel Zaid y agnósticos como lo fue el propio Paz. También se caracteriza ese grupo por tener una formación humanística, con un gran acento literario. Hay entre ellos filósofos, historiadores, narradores, poetas, dramaturgos y ensayistas. Todos con un seguimiento muy cercano de los principales desenvolvimientos culturales y movimientos artísticos en el planeta y con un conocimiento muy amplio de la historia cultural de México. En alguna forma el grupo es continuador de anteriores

agrupaciones con orientación liberal y humanista, como la del Ateneo, la Generación de 1915, o la posterior de Los Contemporáneos”. (Paoli Bolio, 2002: 308-309) Pero por supuesto no todo son elogios; entre otros críticos del proyecto y de la revista, el narrador José Agustín se referirá a *Plural* en su prolija y costumbrista crónica *La tragicomedia mexicana* como la publicación de un grupo hermético, elitista y excluyente, el espacio de una mafia intelectual que “en lo más mínimo hizo honor a su nombre”. (Paoli Bolio, 2002: 309)

5.3 El final del *Plural* de Paz (y del *Excélsior* de Scherer)

El final del *Plural* de Paz (la revista con el mismo nombre, diferente en cuanto a su diseño y contenidos, siguió publicándose durante varios años más, hasta 1994, dirigida por Roberto Rodríguez Baños, Laszlo Moussong y luego por Jaime Labastida) está íntimamente asociado con la defenestración de Julio Scherer García como director de *Excélsior*, a principios de julio de 1976.

Unas palabras sobre *Excélsior*^{*}: en ese momento de la década de los setenta es el periódico más respetado por su línea editorial independiente, por su pluralidad política y por su capacidad para mantener una distancia crítica frente a los factores reales de poder (gobierno, cúpulas empresariales, iglesia, sindicatos, etc.); no es poco mérito que *Excélsior* haya sido el único periódico de la “gran prensa” (integrada por periódicos de línea editorial más bien conservadora, con todos los matices del caso: *Novedades*, *El Universal*, *El Herald de México*...) que informara sobre las consecuencias del 2 de octubre en la primera página al día siguiente de la tragedia; asimismo, en sus páginas editoriales Abel Quezada presentaría el célebre y lacónico cartón –una gran mancha negra y la pregunta “¿por qué?”– donde expresa su estupor por la matanza, por el trágico desenlace del movimiento estudiantil.

Excélsior albergó a buena parte de los escritores, intelectuales y comentaristas políticos que tenían algo que decir sobre lo que cada vez con mayor insistencia y amplitud se denominaba “crisis del sistema político mexicano”, que en realidad, y más profundamente, podía entenderse como una crisis de Estado sin legitimidad y de una sociedad en proceso de articulación. Esta capacidad para mantener márgenes

*Ver el apartado 1.4 “Intelectuales a escena”

importantes de libertad de información frente al entonces casi omnímodo “Sistema” (término con el que entonces nos referíamos con pretendido afán científico a las prácticas concretas del régimen y al entramado que las hacía posibles), no derivaba de un respeto formal hacia la crítica ni de un clima público favorable al intercambio de ideas: era simple y llanamente producto de la habilidad de Julio Scherer García para mantener en pie un proyecto de comunicación libre y plural sin enfrentarse con el sistema, al que por lo demás lo unían fuertes vínculos profesionales, ideológicos y personales.

Dichas habilidades estratégicas, tanto frente al régimen como ante los cooperativistas (el periódico es todavía una cooperativa integrada por grupos que defienden diversos intereses y actitudes políticas) hizo posible, en un momento dado, que Octavio Paz participara, a través de *Plural*, en la Compañía Editorial Excélsior, con garantías claras de libertad de expresión y de independencia para tomar decisiones de política editorial –garantías que pudieron ser cumplidas por la dirección del periódico durante los casi cinco años de colaboración, no sin conflictos, ante la hostilidad del gobierno y la renuencia de muchos cooperativistas hacia lo que se percibía, por diferentes razones, como un proyecto hostil a la estabilidad y al orden vigente, lo mismo que a la identidad cultural troquelada por el nacionalismo revolucionario.

El *Excélsior* se había transformado en una referencia significativa de la vida pública gracias a que su director, desde que se hizo cargo del diario en 1966, había renovado la línea editorial y abierto las secciones fijas a colaboradores provenientes de los más diversos ámbitos del quehacer político e intelectual; desde católicos progresistas (o tradicionalistas) hasta liberales y marxistas variopintos, demócratas, nacionalistas de izquierda, etc. Menciono algunos nombres para ejemplificar la valía de los colaboradores de aquel *Excélsior* –hombres de ciencia, filósofos, sacerdotes, escritores, críticos, artistas–, asiduos de sus páginas editoriales: José Antonio Alcaraz (musicólogo), Alejandro Avilés (periodista), Francisco Carmona Nenclares (periodista), Emilio García Riera (historiador del cine, crítico), Elvira Gascón (dibujante, ilustradora), Genaro María González (sacerdote y escritor), Juan José Hinojosa (abogado, panista conspicuo), Armando Labra (economista), Pablo Latapí

(pedagogo), Vicente Leñero (escritor, periodista), Samuel Máynez Puente (profesor universitario), Rogelio Naranjo (cartonista), José Emilio Pacheco (poeta y periodista), Francisco J. Paoli Bolio (sociólogo, historiador, político), Carlos Pereyra (filósofo), Raúl Prieto (filólogo), Abelardo Villegas (filósofo), Jorge Ibargüengoitia (escritor), Abel Quezada (cartonista, pintor), Pedro Gringoire (pastor protestante), Adolfo Christlieb Ibarrola (abogado, presidente del P.A.N.), Daniel Cosío Villegas (historiador, ensayista, periodista), Heberto Castillo (ingeniero, fundador de diversas organizaciones de izquierda), Carlos Monsiváis (escritor, cronista), Miguel S. Wionczek (profesor universitario, científico), Enrique Maza (sacerdote jesuita, periodista), Froylán López Narváez (periodista), Ricardo Garibay (escritor, cronista), Gastón García Cantú (profesor universitario, politólogo), Jorge Hernández Campos (poeta, periodista), Luis Medina (historiador), Alfonso Aresti Liguori (sacerdote, periodista), Gutierre Tibón (antropólogo).

El efecto de esta apertura a las corrientes más vivas del pensamiento y de la acción pública fue un fortalecimiento de la credibilidad del periódico, que supo ganar márgenes importantes para la discusión y la crítica, aun para la disidencia, cuando el resto de la “gran prensa”, otrora de talante tan hostil a los regímenes revolucionarios, mantenía un acuerdo tácito de neutralidad benevolente hacia el “Sistema”, sus prácticas y sus hombres. *Excélsior* se fue transformando, ante la ausencia de otras alternativas editoriales no subordinadas a los criterios gubernamentales (si exceptuamos “La cultura en México”, publicada en la revista *Siempre*; y algunas otras publicaciones periódicas de vida efímera, como *Política* o *El Espectador*) en el espacio por excelencia de una reflexión plural sobre la vida mexicana no condicionada por la atmósfera conformista ni por los logros económicos y sociales del régimen, muy publicitados por los medios de aquella época.

Pasó Tlatelolco y luego llegaría el “sexenio de la apertura democrática”, años equívocos donde la acción presidencial de renovación no hizo sino poner en evidencia que el sistema político mexicano se sobrevivía a sí mismo, ante la desafección creciente de los sectores sociales que hasta entonces lo habían legitimado. En este clima confuso, *Excélsior* adquirió una visibilidad peligrosa por su persistente distancia frente a la política presidencial. El final de Scherer García y del

proyecto editorial que con su sagacidad política hizo posible –final precipitado por querellas entre cooperativistas–, puso de manifiesto la notoriedad indeseable del periódico, percibido entonces como desafecto o francamente hostil a la política presidencial.

En julio de 1976, el director, el consejo de redacción y los principales colaboradores de *Plural* manifestaron su solidaridad con Julio Scherer García –desplazado de la dirección del diario por un golpe de mano instrumentado en la sombra por el gobierno de Luis Echeverría Álvarez–, a través de un documento que apareció en *Siempre;* y en algunas otras pocas publicaciones mexicanas (la autocensura funcionó entonces a las mil maravillas), así como en periódicos y revistas latinoamericanas, norteamericanas y europeas. El documento señalaba que “...la salida de Julio Scherer García, Hero Rodríguez Toro y un numeroso y distinguido grupo de periodistas de *Excélsior* significa la transformación de ese diario en una bocina de amplificación de los aplausos y los elogios a los poderosos”. También establecía lo que la revista le debía al diario dirigido por Julio Scherer García: “...sólo un periódico independiente como *Excélsior*, hecho y escrito por hombres libres, podía publicar una revista con vocación crítica como *Plural*. De ahí nuestra indignación ante la forma en que se ha procedido contra *Excélsior* y sus dirigentes. Es indudable que este ataque no ha tenido otro objeto que acabar con una isla de independencia crítica. ¿El monolitismo político quiere también convertirse en monolitismo ideológico?”. (*A treinta años de Plural*, 2001: 157)

La consecuencia inevitable ante los acontecimientos fue la renuncia de Paz y del equipo que durante un lustro había hecho *Plural*, por solidaridad con la dirección desplazada de *Excélsior* con medios ilegítimos. El efecto de este alejamiento fue percibido entonces como un paso atrás en la clarificación de la vida política y cultural del país; sin embargo, al poco tiempo tendría consecuencias fecundas: los respectivos grupos de Scherer y Paz fundarían, desde muy distintas perspectivas políticas y culturales, dos publicaciones periódicas de vasta y perdurable influencia: el semario de actualidades políticas *Proceso*, y la revista mensual de arte y cultura *Vuelta*, cuyo proyecto y realización tanto tuvieron que ver, en un contexto distinto, con aquel *Plural*. Debo mencionar asimismo la aparición de los diarios *UnomásUno* y

La Jornada como sendos intentos por ocupar el lugar del *Excélsior* entre la opinión pública más exigente en materia informativa.

5.4 Estructura de la revista

Plural. crítica/ arte/ literatura, revista mensual publicada por *Excélsior, Compañía Editorial, S.C.L.*

Fueron editados bajo la dirección de Octavio Paz cincuenta y ocho números, de octubre de 1971 a julio de 1976.

5.4.1 Director, colaboradores, consejo de redacción

- Director: Octavio Paz, en todos los números
- Secretario de redacción: Tomás Segovia
Diseño: Vicente Rojo/ Kazuya Sakai
Números 1 al 3, octubre a diciembre de 1971
- Secretario de redacción: Tomás Segovia
Diseño: Kazuya Sakai
Número 4, enero de 1972
- Secretario de redacción: Tomás Segovia
Redacción y diseño: Kazuya Sakai
Números 5 al 12, febrero a septiembre de 1972
(a partir del número 8 el directorio de la revista es impreso en las páginas iniciales)
- Secretario de redacción, dirección artística: Kazuya Sakai
Redactor: Ignacio Solares
Números 13 al 22, octubre de 1972 a julio de 1973
- Jefe de redacción, dirección artística: Kazuya Sakai
Secretario de redacción: José de la Colina
Números 23 al 41, agosto de 1973 a febrero de 1975
- Jefe de redacción, dirección artística: Kazuya Sakai
Consejo de redacción: José de la Colina, Salvador Elizondo, Juan García Ponce, Alejandro Rossi, Tomás Segovia, Gabriel Zaid
Números 42 al 44, marzo a mayo de 1975
- Jefe de redacción, dirección artística: Kazuya Sakai
Secretario de redacción: Danubio Torres Fierro
Consejo de redacción: José de la Colina, Salvador Elizondo, Juan

García Ponce, Alejandro Rossi, Tomás Segovia, Gabriel Zaid
Números 45 al 55, junio de 1975 a abril de 1976

- Secretario de redacción: Danubio Torres Fierro
Consejo de redacción: José de la Colina, Salvador Elizondo, Juan García Ponce, Alejandro Rossi, Tomás Segovia, Gabriel Zaid, Kazuya Sakai
Números 56 al 58, mayo a julio de 1976

5.4.2 Secciones (ver anexo III)

Cuerpo principal

Ensayo

Política, economía, sociedad, cultura, desarrollo, historia, medios de comunicación, demografía, antropología, semiótica, filología, estética, literatura, arqueología, arte, tecnología, semblanza biográfica, educación.

Creación literaria

Poesía.

Narrativa: novela (fragmentos), relato, cuento, prosa miscelánea.

Entrevista

Personalidades relacionadas con la política, la cultura, el arte y la literatura.

Arte

Artes visuales: pintura, escultura, grabado, fotografía, cine.

Artes escénicas: teatro, danza.

Suplementos

Demografía: políticas de población en México.

Literatura.

Artes visuales.

A partir del número 28 (enero de 1974), y hasta el último de la revista, habrá dos suplementos: literario y artístico.

Colaboraciones fijas

Compuerta, de Daniel Cosío Villegas. Reflexiones sobre el sistema político mexicano, sus orígenes históricos, sus rasgos específicos. Caracterización de los hechos del sexenio de Luis Echeverría Álvarez (1971-1976). *Compuerta* aparece en octubre de 1973, con periodos intermitentes hasta marzo de 1976, mes en el que fallece D.C.V.

Cinta de Moebio, de Gabriel Zaid. Crítica de los fundamentos de la economía moderna (y quizás de la modernidad en su conjunto), con referencias específicas a las instituciones y a los procesos políticos en México. Ideas sobre un desarrollo posible, coherente, integral, incluyente. *Cinta de Moebio* aparecerá regularmente desde octubre de 1973 hasta el último número.

Manual del distraído, de Alejandro Rossi. Vagabundeo prosístico del lúcido escritor por la nimia vida. *Manual del distraído* aparecerá con ese nombre desde octubre de 1973 hasta el último número.

A pluma, de Gastón García Cantú. Comentarios y reflexiones sobre la actualidad política mexicana, a la luz de la historia del país. Aparece en abril de 1976, a invitación de la revista, y colaborará mensualmente hasta el último número.

Letras, letrillas, letrones

Sección integrada por: Actualidades; Letras; Artes visuales; La vida breve; Correspondencia; Aclaraciones.

Artículos más o menos breves, anónimos o no, la mayoría escritos por miembros del consejo de redacción, sobre diversos temas de actualidad: disidencia política, sociedad y cultura, política cultural, universidades, intelectuales, artes, efemérides, necrológicas, homenajes.

Reseñas

Libros: sobre autores de México y del extranjero.

Guía de lectura: recensiones sobre nuevos títulos; preparada por El Colegio de México.

Cine.

Exposiciones.

Teatro.

Jazz.

Rejo de revistas.

5.5 Contenidos

Plural, “revista de crítica, arte, literatura”, fue ante todo, como ya se ha puesto de manifiesto en los apartados precedentes, una revista dirigida a públicos familiarizados con la llamada “alta cultura”, es decir, con aquellos códigos de vida y conocimiento que traducen y ubican determinadas tradiciones humanistas en materia de literatura y artes, a grandes rasgos aquellas que alían la herencia grecolatina, el sustrato cristiano occidental configurado en el medioevo, la tradición crítica del renacimiento, la ilustración y las distintas visiones modernas sobre el hombre y la sociedad, como el marxismo y el freudismo. A estas vertientes occidentales habría que agregar la aportación indispensable de las tradiciones espirituales, filosóficas y artísticas legadas por el Islam y culturas como la hindú y la china.

Quizás la identidad de la revista de Paz respecto de sus prestigiosos referentes hispanoamericanos y europeos –*Sur*, *Orígenes*, *Revista de Occidente*, *Nouvelle Revue Française*, entre otras– haya estado en la función crítica que aspiró a desempeñar, simultáneamente con sus previstas responsabilidades en la difusión artística y literaria, función que se tradujo en un claro designio político: la reivindicación de la idea liberal y de la democracia representativa para México y Latinoamérica. Dicho rasgo característico de *Plural* supuso en los hechos una equidistancia respecto tanto de las revistas apolíticas, defensoras de la autonomía del arte ante las determinaciones sociohistóricas, como de aquellas que asumían una explícita vocación al servicio de ideas y planteamientos políticos.

Sin embargo, pese a dicha especificidad, *Plural* debe ser caracterizada en lo esencial como un espacio de confluencia para la reflexión y la creación contemporáneas, que si bien tuvo el mérito de incorporar oportunas y estimulantes consideraciones sobre dilemas que enfrentaba o que empezaba a percibir la sociedad contemporánea –la degradación del medio ambiente, los límites del crecimiento, las consecuencias de la tecnoburocratización de las sociedades industriales capitalistas y socialistas, la creciente brecha entre crecimiento y desarrollo, entre otros temas–, así como críticas anticipatorias sobre el entonces celebrado “sistema político mexicano” –recordemos al respecto las reflexiones de Zaid y Cosío Villegas sobre los fundamentos autoritarios y “progresistas” de la modernización mexicana– asumió desde un principio la tarea de “abrir ventanas”

(Paz, 2001: 8) a las obras de pensamiento y creación que la revista consideró de mayor relevancia en los ámbitos de las artes visuales, la poesía, la narrativa en todos sus géneros, el teatro, la música, la danza.

Plural fue, en este sentido, una revista inequívocamente culturalista y literaria, que *también* asumió responsabilidades civiles. Como puede observarse en los índices publicados anualmente (ver el anexo III), un porcentaje de sus contenidos no menor al 80% correspondió a ensayos y obras de creación literaria, antropológica, de artes plásticas y visuales, recensiones, mientras que el 15 o 20% restante, grosso modo, abordó temas nacionales e internacionales de economía y política. Debo subrayar que el manifiesto predominio de la cultura literaria y artística en las páginas de la revista no demerita su importancia al momento de juzgar el papel que desempeñó y las aportaciones que hizo al debate político en los años setenta. Si bien me he referido al carácter minoritario –elitista, si se prefiere– de sus páginas, también quisiera mostrar en los apartados siguientes lo que supuso *Plural* para la circulación de ideas en su ámbito de influencia, al abordar con profesionalidad y rigor temas tan heterogéneos y cruciales para México como la explosión demográfica, el presidencialismo, los rasgos y las consecuencias de la modernización autoritaria, las alternativas posibles frente al sistema político dominante, la importancia y las características de la disidencia política, el papel de las universidades y de la “clase” de los intelectuales en la democratización del país, el peso de la historia en la configuración de nuestras prácticas políticas, temas éstos que tenían que ver con una sociedad y con un régimen, pero también con una trayectoria histórica peculiar, compleja. Me refiero a las aportaciones de la revista a la circulación de ideas, pero *Plural* también se significó por una disposición hacia la polémica –suerte de aguijón a veces envenenado, de eficacia comprobada en los duelos dialécticos con el adversario, y excitante sin duda para sus lectores–, puesta en letra impresa sobre todo en la sección fija *Letras Letrillas y Letrones*, mediante de un conjunto de observaciones, muchas de ellas penetrantes y claridasas, que contribuyeron lo suyo a poner en evidencia algunos de los más arraigados lugares comunes e imposturas de nuestra languideciente cultura política. Esta vocación por la crítica de ideas, instituciones y costumbres se correspondía en buena medida, según creo, con un

todavía soterrado pero no por ello menos genuino afán de transparencia y participación en la *res publica* que compartían muchos de los lectores de *Plural* en aquellos años setenta.

Paz la entendió como “una revista latinoamericana desde *México* y abierta al mundo”, cuya primera responsabilidad era para su director la de ponernos en contacto a los mexicanos con lo que se pensaba y creaba más allá de nuestras fronteras: “Ventanas abiertas hacia el pasado y el presente, hacia Europa y Asia, pero igualmente hacia América Latina”. Respondiendo a una pregunta sobre la índole literaria de la revista –“¿No hay demasiada literatura en *Plural*?”–, Paz responde: “No. Hemos publicado dos suplementos con temas políticos y sociales. Uno de Galbraith sobre las tecnocracias de los países desarrollados (o postindustriales, como se dice ahora) y otro sobre ecología. Preparamos ahora un suplemento más, bajo la dirección de Víctor Urquidi, sobre los problemas del crecimiento de la población de México. Elena Poniatowska nos dará un artículo acerca del aborto en México, un tema sobre el que nadie ha hablado desde el único punto de vista que realmente cuenta, el de la mujer. En el número de octubre aparecerá otro suplemento sobre el tema: “México 1972: los escritores y la política”. Participaran ocho escritores mexicanos: Jaime García Terrés, Carlos Fuentes, Carlos Monsiváis, José Emilio Pacheco, Tomás Segovia, Luis Villoro, Gabriel Zaid y yo. En *Plural* han aparecido varios textos sobre política mexicana: los artículos de Cosío Villegas y García Cantú; la *Mesa Redonda* de Harvard en que participamos Womack, Turner y yo; mi carta a Adolfo Gilly...”. (Paz, 2001: 9)

Otros observadores han visto en *Plural* una publicación sobre todo literaria pero que incorporó elementos importantes de análisis social, histórico y político, así como la crítica integral de la modernidad, vistas ya en perspectiva sus insuficiencias (de la modernidad) para darle sentido y significación a la vida humana, así como el callejón sin salida en que algunos lúcidos vieron que desembocaría inevitablemente la noción de progreso ilimitado, noción secularizadora que olvidó al mundo de la naturaleza y pretendió suplantar la dimensión de lo sagrado. (Paoli Bolio, 2002: 310-311)

Paoli Bolio reconoce la importancia de la dimensión política de la revista de Octavio Paz, manifiesta sobre todo en la presencia de autores como Cosío Villegas y Zaid, quienes de manera desenfadada –entre veras y bromas, juegos de ingenio y observaciones penetrantes– contribuyen a levantar el acta de defunción intelectual de un régimen gastado e inconsecuente. (Paoli Bolio, 2002: 312). Después de todo, ya en fecha tan temprana como octubre de 1972 (temprana en relación con la culminación de nuestra transición democrática), Paz escribe en la presentación del suplemento correspondiente al número 13, dedicado a reflexionar sobre la relación entre los escritores y la política: “Por los aires de México corre un secreto a voces: el sistema político que desde hace más de cuarenta años nos rige, está en quiebra”.

Para Alejandro Rossi, colaborador habitual de aquel *Plural* con la columna *Manual del distraído*, (ver anexo III) la publicación “quiso ser una revista para el mundo de lengua española (...). Quería ser la mejor revista latinoamericana. Se trataba de unir a autores mexicanos, hispanoamericanos y a la nueva literatura española que empezaba a leerse entonces”. Por lo que se refiere a los temas abordados en las páginas de la revista, Rossi reconoce tres principales: “la introducción de teóricos sociales de la tradición sajona, Daniel Bell, por ejemplo; el gran interés de la revista por las artes plásticas (...) la afición por Oriente, la literatura japonesa y la china”. (Alejandro Rossi, 2001: 42)

Otros escritores han visto a *Plural* como una importante referencia de la vida pública, por lo que aportó en cuanto a profesionalismo editorial, actualidad temática, vitalidad cultural. Carlos Montemayor, que en los tempranos setenta dirigía la *Revista de la Universidad de México*, ha escrito sobre lo que aportó la revista del *Excélsior* en términos de eficacia y profesionalidad editoriales: “Pero ese aspecto del profesionalismo administrativo de *Plural*, se correspondía con una transformación más profunda y de más dilatadas consecuencias. *Plural* significó una vía de acceso directa al mundo exterior, a plenitud, a la producción ensayística, poética, narrativa de los autores de primer nivel del mundo (...) parecía que México y sus publicaciones culturales periódicas se despedían de un cierto provincianismo, de un ambiente a veces enrarecido por el localismo, por una especie de aislamiento de buena fe. *Plural*

fue el obligado, el ineludible acercamiento a la actualidad del mundo”. (Carlos Montemayor, 2001: 126-127)

Gastón García Cantú, historiador de las intervenciones extranjeras y del liberalismo mexicano, quien colaboró con la revista en sus cuatro últimos números, subraya sobre todo su vocación crítica, que la distinguirá tajantemente de otros proyectos editoriales, y que constituye para él su más significativa aportación a la cultura mexicana: “La crítica ha sido siempre en México el antecedente de los cambios. Nuestra tradición es crítica. Está en ella. Lo opuesto es la prédica de la inmovilidad y la dependencia. La del horizonte cerrado. Octavio Paz continúa esa tradición de libertad en su obra, enriqueciéndola, renovándola (...) A él debemos que en momentos de conformidad la inteligencia mexicana haya sostenido, junto a la labor de otros escritores, su sitio”. (Gastón García Cantú, 2001: 124)

El ensayista Adolfo Castañón, corrector de la revista entre enero de 1975 y julio de 1976, considera que *Plural* tuvo en su ámbito de influencia una importancia semejante a la de la *Revista de Occidente* de Ortega en los veinte y treinta del siglo XX: por la variedad y oportunidad de temas y contenidos –letras y poemas, crítica de arte, crítica política, crítica de la modernidad, literaturas orientales antiguas, ensayos de historia literaria, antropología, arqueología, economía, demografía, entrevistas, notas de libros, comentarios sobre la situación política nacional e internacional, cine, jazz, teatro–, por el nivel de sus colaboradores, habituales o no, (ver índice en el anexo III) *Plural* puede ser vista “como un concentrado repertorio progresivo, una antología en marcha de las ideas y prácticas de la literatura y el arte latinoamericanos del último tercio del siglo XX”. (Adolfo Castañón, 2001: 63-65)

5.5.1 ¿Qué tan plural fue *Plural*?

Fernando García Ramírez, subdirector de *Letras Libres*, publicación fundada por el historiador y empresario Enrique Krauze, establece una interesante diferenciación entre las dos revistas dirigidas por Octavio Paz; afirma que la primera, *Plural*, “fue la revista de un grupo de escritores muy activo”, que surgió precisamente como una respuesta temática e intelectualmente plural a las incoherencias políticas y al desquiciamiento de la vida pública prevalecientes en el sexenio echeverrista. En

cambio, “Vuelta fue, fundamentalmente, la revista de Octavio Paz, en la que colaboraron los autores de *Plural* y otros autores”. En ese sentido, subraya García Ramírez, *Vuelta* reflejó con nitidez la historia personal y los rasgos intelectuales de su fundador, en torno del cual girarían contenidos y autores, énfasis y omisiones (Fernando García Ramírez, 2002: 104).

Si bien es evidente que *Plural* también reflejó el pensamiento y los juicios de su director en torno a la creación, la cultura, la historia y la política (¿podía ser de otro modo?), puede afirmarse luego de un somero análisis de los contenidos de la revista a lo largo de cinco años, y de los nombres de sus colaboradores, algunos de ellos con prestigio similar al de Paz (cito al azar, entre mexicanos, hisoanoamericanos, europeos y norteamericanos: Daniel Cosío Villegas, Luis Villoro, Carlos Fuentes, John Womack, Albert O. Hirschman, Paul Goodman, Severo Sarduy, Noam Chomsky, Erick Hobsbawm, Iván Illich, Roman Jakobson, Claude Levi-Strauss, Raymond Aron, Leszek Kolakowski, Daniel Bell, John Kenneth Galbraith, Mario Vargas Llosa, Juan Goytisolo, Alvaro Mutis, Guillermo Cabrera Infante, Roberto Juarroz, Kostas Papaioannou...), que *Plural* sí fue un proyecto plural, en el sentido de una coexistencia en las páginas impresas de posiciones distintas –a veces encontradas– sobre temas que caracterizarían a la revista, como los que ya se han mencionado en otros capítulos: la sociedad postindustrial, los límites del crecimiento, los modelos de desarrollo, el papel de los intelectuales, el monopartidismo y el déficit democrático, los dilemas de América Latina, la experiencia del socialismo real, la crisis de las vanguardias...

De todas maneras, el mismo somero análisis pone de manifiesto que ese pluralismo, cierto en los temas y en los enfoques, nunca desmintió la lejanía de *Plural* respecto de las posiciones que genéricamente denominaré “de izquierda”, con todos sus matices, reivindicadas por muchos importantes intelectuales en los años sesenta y setenta. La diversidad de posiciones evidenciaba más bien la afinidad del director y de su consejo de redacción con el liberalismo –una filosofía política y una manera de entender la vida social–, tanto por su énfasis en la centralidad del individuo como por su defensa sistemática de las libertades políticas y civiles, entendidas desde la tradición propiamente liberal.

En este sentido, debe reconocerse que hay una mayor variedad temática, en cuanto a la inclusión equilibrada de literatura y arte, por una parte, y de cuestiones sociopolíticas e históricas por otra, en los primeros tres años de la revista –los meses finales de 1971, todo 1972 y buena parte de 1973– que en los tres restantes, como indica la lectura de los índices de cada número; en los años 1974, 75 y 76 la política, la historia, la reflexión sobre sociedades y temas cruciales de la modernidad pierde terreno a favor de la cultura artística en todas sus manifestaciones. Esta pauta es similar por lo que se refiere a la diversidad política de los colaboradores de *Plural*: es notoria en los primeros años, y tiende a disminuir conforme el énfasis liberal de las plumas y los contenidos (o distanciamiento hacia las diferentes proyecciones del socialismo) va definiendo en mayor medida el perfil de la revista.

6. La vida mexicana en Plural

6.1 Revista mexicana

Plural, revista cosmopolita, preocupada por recoger e incorporar a sus páginas lo que se pensaba y escribía sobre todo en Norteamérica, Europa y, en menor medida, América Latina y Oriente, fue una revista mexicana en el sentido no sólo de su procedencia e identidad editorial, sino sobre todo por los propósitos que animaron a su fundador cuando llegó el momento de conformar en los hechos el proyecto cultural y político que desembocaría en la aparición de la revista. Se trataba de crear un “centro de convergencia de los escritores independientes de México” (Paz, 2001: 20), un espacio en que “la función crítica –política, histórica y moral– tuviese un lugar primordial”, (...) “una revista hispanoamericana, hecha por hispanoamericanos, que expresase nuestras particularidades y, al mismo tiempo que no cerrase los ojos ante el mundo”. (Paz, 2001: 16-17) Específicamente, se aspiraba a promover una reflexión político-cultural capaz de generar, por la vía de las ideas, alternativas democráticas viables a la ya por entonces muy erosionada legitimidad del régimen y de lo que en no pocos núcleos sociales se percibía como su parálisis política

irremisible. Paz acababa de escribir *Posdata*, la crítica razonada del “milagro mexicano” y de las representaciones míticas del autoritarismo, condensadas según el poeta en la imagen de la pirámide: en este sentido, *Plural* apareció para hacer la crónica minuciosa y razonada de un sistema en crisis, como muestran sobre todo los números correspondientes a los dos primeros años de existencia de la revista.

Ahora bien, esta vocación inequívocamente política se correspondió con una reivindicación de otros aspectos de la vida pública mexicana: desde luego las artes, visuales sobre todo, la literatura y, equidistante de la política y la cultura, la aproximación multidisciplinar a la sociedad en su conjunto, desde una perspectiva que incorporaba categorías de análisis que ahora nos parecen habituales, entre ellas el “desarrollo integral” o “sustentable” y nociones como la de sociedad de consumo, pero que entonces, en los tempranos setenta eran o parecían novedosas entre nosotros. Como ya se ha dicho, *Plural* fue una revista que hizo de su énfasis cosmopolita en lo artístico-cultural un instrumento para entender y eventualmente contribuir a transformar la multiforme realidad de los muchos Méxicos, vistos como una pasión y un problema irresuelto, a la manera, en cierto modo, de la visión agónica unamuniana (que situó generacionalmente como una voz esencial del 98 español), ejemplificada en ese magnífico “me duele España” de resonancias tal vez un tanto melodramáticas.

Comparto con Francisco José Paoli Bolio la percepción de que *Plural* fue una revista mexicana, inscrita en una tradición política y en una genealogía cultural específicas, donde cosmopolitismo y compromiso con la propia circunstancia se entrelazaron para caracterizar los afanes “regeneracionistas” (siguen los símiles con la “generación del 98”) de los intelectuales que asumieron como propósito ético e intelectual la puesta al día de México entre las naciones modernas. “En alguna forma el grupo –Paoli Bolio se refiere al grupo estable que acompañó a Paz en sus sucesivos proyectos editoriales– es continuador de anteriores agrupaciones con orientación liberal y humanista, como la del Ateneo, la Generación de 1915, o la posterior de Los Contemporáneos”. (Paoli Bolio, 2002: 309) Creo que tiene razón; pese a las afinidades ya descritas en otros apartados (ver el 5.5) con respecto a ilustres revistas culturales de Europa y América, y sin desmentirlas, puede afirmarse

con certeza que *Plural* perteneció al puñado de publicaciones mexicanas que asumió ya desde el siglo XIX la tarea de “hacer patria” desde un cosmopolitismo que busca en el diálogo y la familiaridad con las tradiciones universales la vocación genuina de la cultura mexicana. En este sentido, la obra ensayística de Jorge Cuesta aparece como una referencia ineludible a la hora de establecer el lugar de los hacedores de *Plural* en nuestra historia de la cultura. (Jorge Cuesta, 1978) En el apartado 4.2 intento mostrar la originalidad y la fuerza intelectual que tuvieron los ensayos del escritor veracruzano.

Algunas polémicas memorables entre renovadores y tradicionalistas literarios del siglo XIX, o cosmopolitas y nacionalistas de acuerdo con terminologías más familiares para nosotros, pueden darnos una idea aproximada de lo que en el orden de las ideas representó la confrontación entre artistas e intelectuales que defendían con la pluma (y con la elocuencia verbal) concepciones distintas sobre la función de la literatura en naciones que como la nuestra, estaban “a la búsqueda de su expresión”, para utilizar el término de José Luis Martínez. Cito dos ejemplos que considero representativos: el encontronazo verbal entre Ignacio Manuel Altamirano, animador de *El Renacimiento*, (ver el apartado 4.2) y el polígrafo Francisco Pimentel y Heras, en los años ochenta del siglo XIX, en torno a la pureza del idioma en la literatura mexicana, condensa dos perspectivas opuestas: el apego al canon del castellano castizo, para evitar la irrupción de barbarismos y popularismos en el cuerpo de la tradición literaria culta, por una parte; y por otra, la negativa a imitar de manera servil otras tradiciones y escuelas, afirmando en cambio la historia y los asuntos de México en los géneros artísticos y literarios.

Años después, ya en las postrimerías del siglo y durante el apogeo del modernismo (movimiento estético internacional a través del cual los escritores y poetas de América Latina afirmaron independencia literaria), el novelista jalisciense Victoriano Salado Alvarez arremetió contra los refinamientos expresivos importados por los escritores de las nuevas generaciones, ya que “...estos imitadores serviles, a cambio de haber inventado cuatro frasecitas y adaptado alguna combinacioncilla nueva a la índole del idioma, tendrán sobre sí el cargo formidable de haber condenado la literatura nacional, que ya vestía la toga pretexta, a permanecer

envuelta en pañales por largos años”. La respuesta del entonces joven Amado Nervo al autor de los *Episodios nacionales mexicanos*, en defensa de las nuevas manifestaciones literarias amparadas genéricamente en el movimiento modernista, no se hizo esperar: “...si la literatura mexicana debiera responder a nuestro medio intelectual, sería nula y anodina, ya que la intelectualidad media de México no está ni siquiera a la altura de Guillermo Prieto; y considere, por fin, que todo lo bueno que tenemos en la nación es artificial y antagónico del medio y realizado, por ende, a despecho del criterio popular”; (José Luis Martínez, 1981: 1059-1061, 1065-1067) palabras éstas cuyo combativo cosmopolitismo resonaría años después en los ensayos “La cultura francesa en México” y “La literatura y el nacionalismo”, de Jorge Cuesta –ahora canónicos en nuestra tradición literaria moderna–, quien a su vez vería reivindicada su afirmación de la cultura mexicana como integrante por derecho propio de la cultura occidental en la revista objeto de esta tesis. (Jorge Cuesta, 1978: 96-101, 147-154)

6.1.1 Autores y temas

El total de colaboraciones en las diferentes secciones que formaron la estructura de la revista (véase apartado 5.4.2) ascendió a un total de 766, en los 58 números aparecidos; de este total, 335, es decir casi el 44%, correspondió a escritores y escritoras mexicanas. El dato confirma el equilibrio de *Plural* en cuanto a presencia de plumas mexicanas y foráneas; ahora bien, las plumas mexicanas no siempre tocaron temas mexicanos, lo que da pie a una pregunta interesante en terrenos como el de la creación literaria; ¿el poema escrito por un mexicano –vbg. Xavier Villaurrutia– es un poema *mexicano*? Como sea, esta revista cosmopolita fue también mexicana tanto por la aportación significativa de colaboradores del país como también por la oportunidad y frecuencia de los temas sobre historia, política, cultura, economía, sociedad, artes y literatura de México y en México; es necesario subrayar, por si hiciera falta, que los temas mexicanos también fueron abordados, y muchas veces con excelencia, por autores y autoras no nacidos en nuestro país.

Cito a los autores mexicanos que colaboraron en la revista *Plural*; en algunos casos se trata de extranjeros –españoles sobre todo– que se formaron e hicieron su vida profesional en México (relación por orden alfabético):

José Agustín, José Antonio Alcaraz, Ricardo Alvarado, Homero Aridjis, Pablo Arrangoiz, Alejandro Aura, Carlos Baszdresch, Ignacio Bernal, José Joaquín Blanco, Federico Bonet, José Pascual Buxó, Gustavo Cabrera, Manuel Camacho, Federico Campbell, Julieta Campos, Manuel Capetillo, Ulises Carrión, Margarita Chávez de Caso, Daniel Cosío Villegas, Juan David, José de la Colina, Beatriz de la Fuente, Fernando del Paso, Mario del Valle, Gerardo Deniz, Salvador Elizondo, Manuel Felguérez, Edmundo Flores, Víctor Flores Olea, Isabel Fraire, Carlos Fuentes, Jomi García Ascot, Gastón García Cantú, Juan García Ponce, Jaime García Terrés, Raúl Garduño, Luis González de Alba, Jorge Hernández Campos, Hugo Hiriart, Carlos Isla, René O. Jiménez, Enrique Krauze, José Landeros, Miguel León-Portilla, Daniel Leyva, Larissa Lomnitz, Héctor Manjarrez, Jorge Alberto Manrique, Porfirio Martínez Peñalosa, Agustín Monsreal, Carlos Montemayor, Marco Antonio Montes de Oca, Edmundo O’Gorman, Jorge Arturo Ojeda, Mario Ojeda, José Emilio Pacheco, Carlos Páramo, Octavo Paz, Fernando Pérez Correa, Antonio Peyrí, Agustín Porras M., Jaime Reyes, Alejandro Rossi, Pablo Rudomín, Jaime Sabines, Gustavo Sáinz, Carlos Salinas, Rafael Segovia Albán, Francisco Segovia, Rafael Segovia, Tomás Segovia, Esther Seligson, Ignacio Solares, Gutierre Tibón, Juan Tovar, Víctor L. Urquidí, René Villarreal, Luis Villoro, Miguel S. Wionczek, Joaquín Xirau Icaza, Ramón Xirau, Gabriel Zaid

Colaboradores extranjeros que abordaron temas relacionados con México (listado por orden alfabético); entre paréntesis el o los temas:

- Suzanne Abel (antropología)
- Juan Acha (reseña y crítica de artes visuales)
- Damián Bayón (reseña y crítica de artes visuales)
- Woodrow Borah (sociedad y cultura en la Nueva España)
- Luis Cardoza y Aragón (literatura, vida cultural, artes plásticas)
- Calman J. Cohen (clase obrera, estructura social)
- Manuel Durán (crítica de narrativa y poesía)
- Pere Gimferrer (crítica de poesía)
- Roberto González Echevarría (crítica de poesía)
- Albert O. Hirschman (política y sociedad, desarrollo)
- José Olivio Jiménez (crítica de poesía)
- Jacques Lafaye (sociedad y cultura en la Nueva España)
- Robert M. Laughlin (lengua y literatura tzotzil)
- Jean Meyer (historia)
- Pierre Michaëlis (crítica literaria)
- Henry Munn (antropología, cultura)

- Julio Ortega (crítica literaria)
- José Miguel Oviedo (crítica literaria, crónica cultural)
- Emir Rodríguez Monegal (crítica e historia literaria)
- Gutierre Tibón (antropología, cultura)
- Danubio Torres Fierro (crónica cultural, crítica literaria)
- Frederick C. Turner (política y sociedad)
- Mario Vargas Llosa (reseña de libros, ensayo literario)
- Evon Z. Vogt (antropología)
- John Womack (política y sociedad)

Temas artísticos, literarios, culturales, políticos y sociales relacionados con México en *Plural*. Relación por temas afines:

- Semblanza de artistas plásticos
Entrevistas a artistas (escritores, pintores, fotógrafos)
Crítica y reflexión sobre artes visuales
- Literatura escrita por mexicanos (cuento, poesía, narración, fragmentos de novela)
Historia literaria
Recensiones, críticas, reseñas sobre obras de creación
- Política cultural (el Estado y la cultura)
Financiamiento de la cultura
Crónica cultural
Momentos, estaciones de la cultura mexicana
- Sociedad y cultura novohispanas
Rasgos novohispanos en el México contemporáneo
Procesos de construcción de la conciencia nacional y de la conciencia étnica
- Antropología (ritos de pasaje, ceremonias de curación, rituales, etc.)
- Arqueología
Arte mesoamericano (arquitectura, escultura, poesía, orfebrería, arte plumario)
Cultura mesoamericana
Arte popular
- La U.N.A.M. y su papel en la vida pública. Relaciones con la sociedad
Sindicalismo universitario
- Escritores y política
Ideas y realidad política
Servidumbre de los intelectuales hacia el poder

- Izquierda política e intelectuales
La izquierda y su papel en el proceso de democratización
Opciones políticas democráticas
- Caracterización del sistema político mexicano
Presidencialismo
Sucesión presidencial. El “tapado”
El P.R.I. Rasgos definitorios. Su papel en la sucesión presidencial.
Mecanismos de selección de candidatos
- Gobierno de Luis Echeverría Álvarez: Política internacional, política económica, política nacional
- Presente y futuro de México (análisis multidisciplinario, prospectiva)
Modelo de desarrollo
Modelos y vías de modernización
Crecimiento sin desarrollo
Crisis del autoritarismo modernizador
Pirámides del poder
Alianza tripartita: gobierno, empresarios, sindicatos y su capacidad de negociación
Alternativas micropolíticas y microeconómicas al modelo de industrialización
Improductividad y economía moderna
Oferta pertinente para los pobres
- Evolución demográfica
Política de población
Aborto
- Dependencia externa
- Estructura de las clases sociales
Clase obrera y conciencia política
- Iglesia Católica
- Semblanza de figuras públicas. Necrológicas
- México y los EEUU: historia, política, cultura. Paralelos y divergencias

6.2 Política, economía y sociedad en sus páginas

Referirse al lugar específico que los temas relacionados con la política, la economía y la sociedad de México ocuparon en las páginas de aquel *Plural* (el supuesto es que las fronteras entre los tres ámbitos son más que borrosas a efectos del análisis de su presencia en la revista), especialmente aquellos que se constituyeron en el núcleo del debate nacional ya desde los tempranos años sesenta –tales como la cuestión de la democracia, la rigidez del sistema político imperante, el carácter excluyente de la modernización auspiciada por el régimen–, implica ante todo reconocer un clima social de incertidumbre y violencia latente, así como determinadas expectativas de apertura y modernidad en buena medida defraudadas, por lo menos para los grupos minoritarios –dirigentes y grupos sociales sensibles a la necesidad de reformas del sistema, intelectuales y profesionales inconformes, políticos desplazados, disidentes sindicales y gremiales, etc.– que reivindicaban diversas modalidades de participación democrática frente a un sistema que si bien no era monolítico, utilizaba en cambio con suma eficacia los instrumentos del corporativismo (léase control clientelar y reparto condicionado de favores) o la represión selectiva para obstaculizar o llanamente suprimir toda expresión no mediatizada de inconformidad pública.

Como afirmé en el primer apartado de esta tesis (1.1 “El regreso a México”), Paz volvió a su país con la idea ya madurada a través de diversas vicisitudes (Octavio Paz, 2001: 16-20) de poner en circulación un órgano de cultura y creación destinado a consolidar una minoría visible de lectores comprometidos con el pluralismo y con una reforma gradual de las instituciones políticas y de los hábitos ciudadanos mediante la consolidación, por la vía del diálogo y la crítica, de una cultura democrática, justamente el factor decisivo que Paz echaba de menos en los sucesivos proyectos modernizadores emprendidos en nuestro país, tal como puntualizó en *Posdata*, escrito poco tiempo antes de su regreso a México en 1970.

Este regreso supuso, entre otros aspectos, la participación de Paz en los diversos y titubeantes intentos de organización política al margen del sistema que por entonces se emprendieron en todo el país; este es el caso de los encuentros entre diversos representantes de la izquierda y de grupos reformistas para crear una organización, el Comité Nacional de Auscultación y Coordinación, núcleo de un posible partido de masas, democrático y con un programa social avanzado. Hay que

recordar el ambiente poco sosegado de aquellos inicios de los setenta, caracterizados por la radicalización de segmentos significativos de la sociedad, exasperados por lo que se percibía como la cerrazón de un régimen irreformable, y más esperanzadoramente, por la lenta pero firme emergencia de lo que ahora llamaríamos una “sociedad civil” capaz de articular y manifestar demandas específicas de variada índole; años de una política equívoca, la de la “apertura democrática”, que entusiasmó a tantos intelectuales, entre ellos a Carlos Fuentes (como sus adversarios se han encargado de recordarnos hasta la saciedad, entre ellos el historiador Enrique Krauze), política de mediatización de la disidencia y que no vaciló en hacerse cómplice –¡tres años después de la masacre en Tlatelolco!– de la represión del “Jueves de Corpus”, el 10 de junio de 1971.

Xavier Rodríguez Ledezma, ya citado en este trabajo, se refiere a la participación de Paz durante los setenta en la construcción de alternativas democratizadoras: “En una ocasión Paz advirtió que los ahí convocados –en los mencionados trabajos preparatorios del Comité Nacional de Auscultación y Coordinación– se encontraban en un periodo de consulta a fin de construir no un programa desde arriba sino que, consultando al pueblo poco a poco se formara un programa, para lo cual era necesario eludir convertirse en prisioneros de alguna ideología. ‘En lo que estamos todos de acuerdo es que este momento es crucial para México y hay que tomar otro camino’, concluyó el poeta”. (Rodríguez Ledezma, 2001: 124) No puedo abordar ahora la cuestión de si Paz terminó siendo prisionero de alguna ideología (no es el objetivo de esta tesis), pero me parece que hay elementos de cierta contundencia para afirmar que la fundación de *Plural* y su presencia en la escena pública durante un lustro contribuyeron en no escasa medida a hacer visibles e intelectualmente respetables muchas de las inquietudes e inconformidades cívico-políticas que habían sido puestas de manifiesto por el sindicalismo disidente y por determinados sectores de las clases medias a lo largo de los años cincuenta –movimientos ferrocarrilero, de los maestros y de los médicos– y sesenta –el movimiento estudiantil–, cada una de ellas combatida con diversos grados de violencia por el gobierno en turno.

Antes de puntualizar con mayor precisión la importancia y las características del debate político-económico-social tal como se desplegó en las páginas de *Plural*, valdría la pena recordar cuáles fueron las actitudes básicas de Octavio Paz frente al hecho político, tema que ya fue desarrollado con detalle en los apartados 3.2 “Vislumbrar el laberinto” y 3.3 “A manera de conclusiones (provisionales)”. En primer lugar, destacaría el trasfondo mítico-histórico de sus racionalizaciones sobre la organización política y social, lo que se tradujo en un peculiar maridaje entre el sentido “poético” de la vida humana –la plenitud de la experiencia está en el instante, más allá de la historia– y la apuesta consciente por la democracia liberal para México y el resto de los países latinoamericanos. Otro rasgo esencial es que esta reivindicación democrática siempre vino de la mano –como puede verificarse en sus libros ensayísticos capitales: *El laberinto de la soledad*, *Posdata*, *El ogro filantrópico*, *Corriente alterna*, *Tiempo nublado*, *Itinerario...*– por una distancia explícita frente a la organización tecnoburocrática de la sociedad, tanto en el capitalismo avanzado como en países como el nuestro, donde la veta autoritaria encontraba en el subsuelo histórico y en las versiones modernizadoras del despotismo ilustrado sus cimientos más sólidos.

Paz ensalzó, como otros intelectuales de su época, la vuelta a formas de propiedad y de convivencia social cercanas a un cierto comunitarismo preindustrial y ecológico, formas de vida en común que giraban en torno al sentimiento de pertenencia y de continuidad. El primer zapatismo excitó la imaginación de numerosos intelectuales que vieron en esta fórmula al tiempo revolucionaria y tradicional una salida a los dilemas que enfrentaba México y que se podían sintetizar en la frase “crecimiento sin desarrollo”, para definir las consecuencias de la modernización impuesta desde arriba; en este sentido *Plural* fue consecuente con las ideas de su director sobre las insuficiencias vitales y existenciales del orden social construido por la modernidad. Visto a distancia, parece difícil (¿incapacidad personal?) conciliar la apuesta por el pluralismo político con una noción comunitaria y micropolítica del orden social. Quizás este sea el reto que deben asumir las visiones y prácticas posmodernas sobre la relación individuo-sociedad.

De todas maneras, si bien el pensamiento político de Paz no fue coherente en un sentido tipológico y metodológico (propio del especialista en esos menesteres), en cambio fue lo suficientemente persuasivo y articulado como para influir en los ámbitos de su presencia intelectual y editorial, contribuyendo en no escasa medida, como ya he afirmado en otros momentos, a configurar temas y conceptos del debate político a partir de unas cuantas ideas determinantes. En este sentido, puede considerársele un difusor de temas significativos, un creador de agendas y discursos nacionales; en suma, un periodista ilustrado, como ya ha sido señalado desde perspectivas muy críticas hacia el escritor-faro, entre ellas la de Ricardo Piglia. El escritor argentino, refiriéndose a los hombres de letras que “fueron construyendo ciertos espacios de discusión política en América Latina”, como Sarmiento, Martí o Rodó, dice que esta tradición de los intelectuales como voceros de la tribu ha sido desplazada por la televisión, es decir, la cultura de masas ha ocupado el lugar de la tradición intelectual. “La muerte de Octavio Paz –escribe Ricardo Piglia– podría entenderse como la muerte del último que intentó conservar una función que la sociedad había perdido y la conservó a cambio de perderlo todo, a cambio de excluir la literatura para conservar la figura pública del escritor como ideólogo. Paz era en este sentido una figura anacrónica, obviamente una especie de Lugones fuera de estación...” (Piglia, 2001: 173).

Un lector acucioso del “Paz político”, Medardo Maldonado Monroy, escribió sobre esta cuestión: “Dos cosas llaman la atención de las opiniones políticas de nuestro Nobel de Literatura. Por un lado las herramientas cognitivas que dispone para escudriñar la realidad política y, además, la extraordinaria imbricación vital y epocal de su discurso. Un corolario del paso de Paz por nuestra república cognoscitiva tiene que ver con el hecho de que su pensamiento haya resultado tan estimulante para disciplinas como la ciencia política y la sociología, cuando menos, lo que resulta tan incómodo para los cartones y el almidón académicos” (...) “No obstante, me aturde el problema de cuál será el mejor modelo de análisis (¿ético? ¿científico?) para evaluar lo que dijo, lo que escribió y lo que hizo un hombre tan peculiar como lo fue Paz. Nuestros intelectuales nos deben un agudo estudio que

compita con *El político y el científico*, de Max Weber; acaso habría de denominarse *El político y el poeta*". (Medardo Maldonado Monroy, 1998: 548-549)

6.2.1 Un recuento

La necesidad de registrar con la mayor exactitud posible los temas y colaboraciones incluidos en *Plural* que abordaban diversos aspectos de la vida política en México, me llevaron a diseñar un cuadro donde se registran y comentan al paso los ensayos, artículos, cartas, reseñas y semblanzas relacionados directamente con "el hecho político" (integrado por ideas, procesos, protagonistas) que fueron apareciendo a lo largo de los 58 números de la revista: "Referencias a la vida política en México: revista *Plural* (1971-1976)". (ver anexo IV) Anoté por orden cronológico todo lo que tuviese que ver con política mexicana, pero como señalaba en párrafos anteriores, me vi obligado a incluir colaboraciones de índole económica y social –e incluso las que abordaban cuestiones relacionadas con el desarrollo y la modernización– porque me parecían indisociables del tema central.

Un somero análisis del cuadro muestra que las referencias principales se centran en unos pocos temas, la mayoría relacionados con las características del sistema político entonces vigente y con las consecuencias del llamado "desarrollo estabilizador". Debe reconocerse el peso de la vertiente política en *Plural*: de un total de 766 colaboraciones (cfr. apartado 6.1.1), 127 abordaron cuestiones políticas, económicas y sociales relacionadas directamente con México; es decir, un 16.6% del total. Este porcentaje se incrementa notablemente si consideramos sólo las 335 colaboraciones sobre tema mexicano (recuérdese que la creación literaria de mexicanos es considerada "tema mexicano"): entonces el porcentaje se eleva a un 38%; es decir, más de una tercera parte de las referencias a México en *Plural* eran de índole sociopolítica y económica.

Por lo que se refiere a la asiduidad de las colaboraciones, la información de que dispongo ofrece algunos datos interesantes: el colaborador más asiduo fue, contra lo que podría suponerse, el poeta y ensayista Gabriel Zaid, con 35 colaboraciones, 28 de las cuales aparecieron en su columna fija *Cinta de Moebio* desde agosto de 1973; el resto fueron ensayos, y artículos. La situación con Octavio

Paz es más complicada, ya que si bien asumió la autoría de 18 colaboraciones, 13 de las cuales aparecieron en *Letras, letrillas, letrones* –sección que Paz y el consejo de redacción reservaron para comentar y enjuiciar los hechos del momento dentro y fuera de México–, tenemos otras 20 colaboraciones anónimas sobre cuestiones políticas mexicanas en dicha sección de las que podemos sospechar con sólidos fundamentos –estilísticos, pero también por el hecho de que Paz incluyera en sus obras completas algunas de estas colaboraciones originalmente anónimas– que buena parte (¿cuántas?) fueron escritas por el propio Paz. El tercer autor más asiduo en las páginas de *Plural* fue Daniel Cosío Villegas, con 12 artículos y ensayos, la mayoría sobre los rasgos característicos del sistema político mexicano; 7 de estos aparecieron en su columna *Compuerta*.

Otros escritores que tuvieron presencia a lo largo de los 58 números, aunque esporádica, fueron Luis Villoro, Carlos Fuentes, Gastón García Cantú, Fernando Pérez Correa, Rafael Segovia.

6.2.2 Colaboraciones notables

Quiero destacar la importancia cualitativa de algunos ensayos y artículos sobre tema político publicados en la revista, tanto por la oportunidad de su publicación como por la pertinencia de sus contenidos. Este conjunto de ensayos y artículos abordó de manera directa cuestiones que por los años en que apareció *Plural* eran consideradas significativas por buena parte de los grupos más directamente involucrados en la vida pública del país. Vale la pena conocer, a través del prisma que significa la revista de Paz, cuáles fueron las preocupaciones políticas dominantes de la época y cómo eran pensados estos temas por cierto número de intelectuales, genuinamente interesados en comprender los problemas de su país, la mayoría de ellos acuciantes. También tiene importancia, y no sólo como mera curiosidad de índole “cultural”, rescatar del olvido determinados planteamientos sobre la democracia, el desarrollo, la relación entre poder político e intelectualidad, el papel de los partidos, entre otros. Nos sorprenderían tanto la validez presente de algunas interpretaciones como la persistencia de problemas y situaciones que atañen a nuestra vida pública.

Entre estos “momentos políticos” significativos de *Plural* cabe subrayar la aproximación a los dilemas del desarrollo mexicano, en el marco conceptual y político que abrió el Club de Roma con sus análisis integrales sobre la viabilidad de la sociedad industrial en términos ambientales; la revista fue pionera en tales cuestiones a través de ensayos, artículos y recensiones de autores como Luis Villoro, quién además de escribir un riguroso y visionario ensayo de prospectiva, “Variables para el futuro”, donde establecía los orígenes religiosos y culturales de la idea del progreso, presentó el libro *Los límites del crecimiento*, de Donella H. Meadows (Fondo de Cultura Económica, 1972), informe auspiciado por el Club de Roma en el que se sustenta la primera crítica fundamentada sobre la depredación de la naturaleza como práctica inherente a la civilización técnica, con el consiguiente deterioro de la calidad de vida social e individual. También Víctor L. Urquidi, prestigioso demógrafo y miembro del citado Club de Roma, ofreció a través de sus colaboraciones un panorama global de los problemas comunes a la humanidad por la dilapidación de recursos naturales, al tiempo que hacía la defensa razonada del control natal como política pública, tema recurrente en la revista; igualmente se dio tiempo para hacer una velada crítica al tercermundismo de Luis Echeverría en los foros internacionales, en el artículo “Problemas globales y tercermundismo en Guanajuato” (*Plural* 48, septiembre de 1975).

Tal vez la crítica más solvente y certera a las ilusiones del progreso y de la modernización en su vertiente mexicana provino de Gabriel Zaid, quien en las 28 *Cintas de Moebio* aparecidas en *Plural* se las arregló para demoler intelectual y moralmente por la vía del humor, el absurdo y la paradoja los planteamientos, las coartadas y los costos de nuestro progreso y de sus protagonistas los universitarios, políticos y tecnoburócratas modernizadores (“que saben lo que los pobres de México necesitan”); asimismo, hizo propuestas encaminadas a crear una oferta pertinente capaz de promover el consumo y la productividad en los sectores tradicionales de la sociedad. Estas colaboraciones darían pie en su momento a lo que son dos títulos importantes de nuestra tradición intelectual moderna, *El progreso improductivo* y *La economía presidencial*, sendos tratados sobre nuestra modernidad trunca.

Otro momento significativo de la reflexión política en la revista lo constituyeron las colaboraciones de Daniel Cosío Villegas, a través de cuya columna *Compuerta* y artículos sueltos, formuló y adelantó páginas enteras de la que sería su trilogía sobre el régimen post-revolucionario, integrada por *El sistema político mexicano*, *El estilo personal de gobernar* y *La sucesión presidencial*. Cómo no agradecer la amenidad, el rigor y la perspicacia del viejo historiador que supo caracterizar los rasgos perdurables del “sistema”, a través de sus análisis sobre las peculiaridades del echeverrismo. La obra de Cosío Villegas en *Plural* tuvo el mérito de reivindicar para el análisis la importancia de los factores estructurales (economía, estratificación social, situación geopolítica, etc.) pero también el peso de los actos individuales en la hechura y reproducción de esa obra maestra del cálculo y el sentido de sobrevivencia que fue el sistema político hasta el año 2000.

Por su parte, Octavio Paz hizo aportaciones de importancia a la reflexión sobre las llamadas grandes cuestiones nacionales; cito entre ellas las que me parecieron de mayor interés, por su valor intrínseco y por haber anticipado respuestas valederas a cuestiones cruciales sobre el socialismo real y la vía mexicana a la modernización: la “Carta a Adolfo Gilly”, respuesta del poeta al envío por parte de Gilly de su libro *La revolución interrumpida*, hace un diagnóstico amplio del escenario político nacional e internacional del momento, e igualmente ofrece una caracterización histórica y política de la revolución mexicana; establece sus diferencias respecto de la perspectiva marxista de su interlocutor sobre las posibles alternativas al autoritarismo del régimen mexicano y hace la defensa del reformismo frente a la radicalización de las posturas políticas que advierte en diversos grupos. También menciono su intervención en la mesa redonda de Harvard “México: presente y futuro”, donde puntualiza algunas de sus ideas sobre la validez de la democracia frente a la revolución, el papel de los intelectuales en la renovación de la vida política mexicana y sobre la esclerosis del sistema político. Critica las que considera nociones simplistas sobre el desarrollo y el subdesarrollo, para reivindicar un análisis socio-histórico que considere la especificidad cultural, social, religiosa de las comunidades como antecedente necesario de cualquier propósito transformador.

Son asimismo importantes las consideraciones vertidas en el ensayo “La letra y el cetro”, publicado en el número 13, octubre de 1972, cuyo suplemento fue dedicado a explorar la relación entre los escritores y la política; Paz reflexiona sobre la compleja relación entre política y literatura, y establece la que desde su perspectiva debe ser el papel de crítica e imaginación frente al poder; la “distancia crítica frente al príncipe”, tal como él mismo lo expresó en su momento.

Otro ensayo que considero de la mayor envergadura intelectual es el que dedica a Cosío Villegas en el número 55 de la revista, al mes del fallecimiento del empresario cultural e historiador: “Daniel Cosío Villegas: las ilusiones y las convicciones”, donde se refiere al legado intelectual y político de don Daniel, a su crítica hacia el sistema político surgido de la revolución y en general a su papel protagónico en la construcción de instituciones fundamentales de nuestra modernidad, como la Escuela Nacional de Economía, el Fondo de Cultura Económica, El Colegio de México, lo mismo que en el emprendimiento de proyectos como la *Historia moderna de México*, entre otros. También lo ubica en una genealogía liberal, la de los hombres que hicieron la Reforma y que según Paz fracasaron en el empeño de crear una ciudadanía y una democracia cuando las circunstancias lo hicieron posible. En realidad, la figura del hombre de la generación de 1915 sirve como telón de fondo para que el propio Paz afirme su convicción liberal frente a los dilemas políticos del país, y con ésta la importancia de la inteligencia crítica para pensar y trascender dichos dilemas.

Hay que subrayar la presencia constante de la política en *Letras, letrillas, letrones*, la sección que el director, sus allegados y algunos episódicos invitados reservaron para la revisión de la política cotidiana de México y del exterior; como ya he señalado en el apartado anterior. Destacaré algunas colaboraciones: “Tapadismo y destapadismo”, de Salvador Elizondo; “Esa mayo...”, de Gabriel Zaid, sobre las liturgias del poder y la actitud sumisa de los intelectuales; “Información y participación”, presumiblemente de Rafael Segovia; varias de Octavio Paz son importantes: “Entre Viriato y Fantomas”, sobre la violencia emergente de los años setenta; “El plagio, la plaga, la llaga”, “La docta adulación”, “Bohemia y revolución”, “Elogios que matan”, “¿Hay salida?”, todas ellas referidas al clima de violencia

política imperante y a la relación entre izquierda, universidad e intelectuales; “El desayuno del candidato”, memorable recreación del intelectual obsequioso y su lenguaje de silencios calculados. Otras colaboraciones anónimas (¿cuáles son de Paz también?) sobresalen ya por su oportunidad ora por su precisión y/o su virulencia: “Canción de la más alta torre”, “Los misterios del pedregal”, se refieren a la errática política cultural del Estado o a las intromisiones de partidos y gobierno en la UNAM. En conjunto, la impresión que permanece en el lector de estas breves y muchas veces contundentes aproximaciones a la realidad social, política y cultural inmediata es la de que *Plural* fue una revista muy vivaz y abierta, pues se las arregló para atender tanto los grandes temas implícitos en su vocación de apertura e innovación como para seguir con minucioso sentido crítico las vicisitudes cotidianas tanto del mundo político mexicano e internacional como de nuestra república literaria.

Destaco entre los muchos ensayos aparecidos en *Plural* algunos que me parecen importantes por sus méritos y por el acierto con que sus autores reflexionaron sobre temas significativos del tiempo en que fueron escritos: “Carreras de vida en la UNAM”, de Larissa Lomnitz, es la radiografía de la primera universidad pública a través de sus procesos internos y de sus vinculaciones con el que la autora denomina “sistema sociopolítico nacional”: la UNAM como crisol donde se formulan y reproducen buena parte de las prácticas y procesos características de la realidad mexicana y de su entramado institucional. Los ensayos escritos por Mario Ojeda (“I. La política internacional”), Rafael Segovia (II. La política nacional”), Carlos Bazdresch (“III. La política económica”), bajo el título común de “Ojeada a la situación de México”, son exhaustivas aproximaciones a diversos ámbitos de la realidad nacional; su lectura le permitió al lector de entonces tener una idea integral sobre las tensiones inherentes a la relación entre los principios y las realidades, y al de ahora una buena comprensión de la visión de las elites intelectuales sobre el país. “Los límites de la sucesión presidencial”, de Fernando Pérez Correa, es un cuidadoso análisis sobre ese fenómeno, el presidencialismo, que se sustenta “en un poder que no deriva de su historia personal (del presidente), sino del lugar que ocupa en la intrincada trama de fuerzas, intereses y conciliaciones”, como señala el autor. Escrito en la coyuntura agitada de un periodo sucesorio, el análisis de Pérez Correa revela, aparte de

perspicacia y rigor, la preocupación de amplios sectores de la opinión por conocer los resortes, procesos y equilibrios que daban forma entonces al sistema político. Otro ensayo interesante por su sentido de oportunidad y por su coherencia conceptual es “El estado mexicano del futuro”, en el que el autor, Manuel Camacho –protagonista de nuestra reciente actualidad política, en aquel momento investigador de El Colegio de México– plantea la necesidad de reconstruir el poder político en sentido democrático, anticipándose a las perspectivas posteriores de quienes intentaron renovar al sistema político mediante una calculada y gradual reforma política, a la manera de la que diseñó e instrumentó a fines de los setenta Jesús Reyes Heróles. “La particularidad autónoma de México”, escrito por el periodista, poeta y traductor Jorge Hernández Campos, ve a la UNAM de los años setenta desde una amplia perspectiva histórica; el primer párrafo del ensayo dice: “Los romanos tenían el circo. Los mexicanos tenemos la universidad. Ojalá que ésta, en su calidad de representación cruenta, no sea un signo de decadencia”. Víctor Flores Olea planteó por su parte en el ensayo “¿Iniciativa privada o sector público? Las alternativas políticas de nuestro desarrollo”, los dilemas que la sociedad mexicana enfrentaba en la década de los setenta sobre las estrategias que convenía adoptar en términos de inclusión y democracia. Hacía también la crítica de la “economía mixta” y del papel crecientemente subordinado del Estado mexicano, quien traicionaba –desde la visión estatista de Flores Olea– su vocación articuladora del proyecto nacional al supeditarse a los intereses y perspectivas inmediatistas de la así llamada “iniciativa privada”.

Menciono por último dos polémicas. Una de ellas bastante sonada y de repercusiones significativas para el debate del momento sobre la naturaleza del régimen echeverrista, involucró a Carlos Fuentes y a Gabriel Zaid; el primero había escrito una suerte de manifiesto, “Opciones críticas en el verano de nuestro descontento”, donde razonaba la necesidad de apoyar a Luis Echeverría y a su régimen, en la medida en que éste encarnaba la posibilidad de revitalizar el programa social y político de la revolución mexicana, atajando al mismo tiempo los intentos organizados por los poderes dominantes de neutralizar toda iniciativa favorable al progreso de las mayorías. La respuesta de Zaid no se hizo esperar; en su “Carta a

Carlos Fuentes”, señala que en todo caso, ese apoyo crítico por un sector de la intelectualidad debería supeditarse a la resolución de cuestiones no resueltas como la de las responsabilidades por el “Jueves de Corpus”; para Zaid, lo que verdaderamente importaba en ese momento era, más que la defensa del régimen, promover la restitución íntegral de sus derechos cívicos a los ciudadanos mexicanos.

La otra polémica, más bien apacible y de carácter conceptual, involucró a dos ilustres analistas políticos, Daniel Cosío Villegas y Rafael Segovia. El intercambio de cortesés desacuerdos giraba en torno a la caracterización que Cosío Villegas había hecho sobre el régimen imperante en su libro *El sistema político mexicano*, y a la que Segovia oponía algunas precisiones, que no afectaban su aprobación del sentido general de la obra.

7. Conclusiones

7.1 Contexto mexicano en la época de la aparición de *Plural*

Cuando Octavio Paz vuelve a México en 1971 para impulsar diversos proyectos, entre ellos el que se convertiría en la revista *Plural*, una minoría significativa de políticos, intelectuales, empresarios y sindicalistas aspiraba a elevar el nivel del debate público y a promover la participación política de sectores crecientemente inconformes con las reglas de juego político imperantes, lo mismo que con los rasgos más característicamente autoritarios del sistema político mexicano.

El país real y el régimen político. Esta inconformidad multiforme –social y política, pero también referida a los valores éticos y culturales prevaecientes– provenía en buena medida de sectores representados en el pacto corporativo que sostenía al sistema, surgidos al amparo de la estabilidad institucional con el “desarrollo estabilizador”. Entre las consecuencias más notables de dicha estabilidad, aparte del inicio de la industrialización y de la creación de una importante infraestructura básica debe mencionarse la aparición de las clases medias, heterogénea agrupación de sectores sociales equidistantes por su posición y sus aspiraciones de las llamadas clases altas y de los igualmente heterogéneos “sectores populares”. En aquellos años de sostenido crecimiento económico y de relativa estabilidad social, la política clientelar y corporativa del régimen benefició a diversos grupos que luego se convertirían en sus adversarios enconados. ¿Cómo explicar esta aparente paradoja? Los teóricos de las transiciones “clásicas” a la democracia” en países como Chile y España (Schmitter, Linz, O’Donnell, entre otros) han enfatizado el desajuste entre el “país formal”, integrado por elites y beneficiarios que operarían en los circuitos del poder institucionalizado, y las exigencias democráticas del país “real”, una sociedad crecientemente compleja que se habría transformado sociológica y culturalmente gracias a la estabilidad, al crecimiento económico sostenido y a los contactos con otras formas de vida. El desajuste entre institucionalidad vigente y sociedad real

estaría en la base, de acuerdo con esta hipótesis, en las transformaciones que llevan de un régimen autoritario a una democracia representativa.

El “milagro mexicano”. El México de los años sesenta, el de la revolución institucionalizada, el del modesto pero innegable “milagro mexicano”, estaba empeñado en un intenso proceso de transformaciones individuales y colectivas: secularización acelerada de sensibilidades y costumbres, acceso creciente de porciones importantes de la población a formas de vida modeladas por la ambición de status y por el consumo, influencia creciente de los medios masivos de comunicación en el modelado de actitudes privadas, pautas cívicas, opiniones políticas... Culminaba así, en una evidente estabilidad económica y política, acompañada por las indispensables expectativas de movilidad social, la larga hegemonía del partido del Estado, instrumento político fundamental para hacer viable la función equilibradora de la Presidencia y, lo más importante, para la neutralización efectiva de los conflictos que de tanto en tanto enfrentaron a los miembros de la “familia revolucionaria”.

Crecimiento sin desarrollo. La desigualdad económica y social, acentuada por las consecuencias no previstas de la modernización, será, en este contexto, el pecado original de un sistema considerado eficaz por sus capacidades para mezclar con éxito autoritarismo, legitimidad y eficiencia. Esta desigualdad encontró una de sus mejores expresiones teóricas en la teoría de los “dos Méxicos”, conceptualizada por Pablo González Casanova en *La democracia en México*, aparecida en 1965. El hecho de que la distancia entre los dos Méxicos, lejos de aminorar pareciera ahondarse luego de dos décadas de crecimiento, fue el factor determinante en la lenta propagación de un ánimo adverso entre personalidades y grupos de profesionales, universitarios, políticos y líderes sociales, aun dentro del “establishment” revolucionario, hacia lo que se percibía como “crecimiento sin desarrollo”, lo que suponía un flagrante incumplimiento de los supuestos progresistas e incluyentes del programa nacional-revolucionario, plasmados en la constitución política de 1917.

Tlatelolco y los límites del sistema político. La larga transición a la democracia en el caso de nuestro país tiene como una de sus referencias clave la matanza de estudiantes la tarde del 2 de octubre de 1968; ese término, “la noche de Tlatelolco”, y su persistencia en la memoria colectiva parecen evidenciar las contradicciones y las insuficiencias de un sistema que pocos años antes aparecía como una síntesis equilibrada de autoritarismo y modernización incluyente a los ojos de diversos observadores. Para muchos mexicanos, entre ellos el grupo de escritores que acompañó a Paz en la creación de *Plural*, era una suerte de deber cívico ejercer la crítica razonada y sistemática para evidenciar la petrificación y consecuente inoperancia del régimen, incapaz de asumir los cambios profundos ocurridos en los últimos decenios y que afectaban sobre todo a las generaciones beneficiarias de la educación masiva y del acceso creciente a fuentes alternativas de información. La respuesta escasamente imaginativa del régimen a las moderadas demandas estudiantiles exhibía no sólo una profunda incomprensión de los móviles y de los verdaderos alcances sociales de la protesta estudiantil, sino su creciente incapacidad para confrontar políticamente un conflicto limitado a determinados sectores urbanos, lo que daba la razón a quienes dentro o fuera de México señalaban el deterioro de un sistema desbordado por la revuelta de una parte significativa si bien no mayoritaria de las clases medias.

Aparición de *Plural*. El contexto nacional, regional y mundial en el que aparece *Plural* era tan confuso como conflictivo: el triunfo de la revolución cubana, el recurrente intervencionismo norteamericano en el subcontinente, los golpes militares a gobiernos legítimos, la sorda inconformidad de amplios grupos sociales hacia las consecuencias negativas del “desarrollismo” y otras estrategias modernizadoras en nuestros países, eran otros tantos hitos de un mapa conflictivo, de un mundo reducido a elegir entre opciones políticas radicales. En este sentido, había necesidad de interpretaciones coherentes capaces de sustraerse a la fatalidad geopolítica del enfrentamiento este-oeste, y al reduccionismo que suponía la obligatoria elección entre liberalismo y marxismo como únicas alternativas concebibles de desarrollo.

De ahí la importancia en estas circunstancias de una revista de ideas como *Plural*, que aportara al debate del momento no sólo argumentos para entender la coyuntura peculiar de México y América Latina, sino visiones integrales sobre el futuro de la región y las alternativas que debía construir, a través de la democracia, en la búsqueda de un desarrollo propio. México era uno de los temas centrales en este proyecto editorial: la encrucijada sin salida en que parecía encontrarse el sistema político, incapaz ya de representar al país crecientemente urbano y alfabetizado, ponían en evidencia para diversos testigos intelectuales y políticos del escenario mexicano, la urgencia de empezar a debatir con seriedad las alternativas posibles y deseables para el mañana inmediato, dada la crisis profunda del país oficial, así como el fermento de violencia que empezaba a advertirse ante la carencia de opciones democráticas.

7.2 Intelectuales, poder y democracia en México

¿Qué papel ejercieron o aspiraron a ejercer los intelectuales —en su mayoría vinculados a las instituciones de educación superior— en las circunstancias imperantes durante los años sesenta y setenta, caracterizadas por la pérdida de confianza de los sectores más dinámicos de la sociedad en la capacidad del sistema político para garantizar la continuidad del progreso económico, una mínima equidad social y también una paulatina “normalización” democrática? La inconformidad de los sectores que se dedicaban a reflexionar sobre la realidad circundante, empeñados en criticar al régimen, ya por considerar que traicionaba los postulados radicales de la constitución de 1917, ya por considerarlo un obstáculo para el desarrollo de una ciudadanía participativa, no carecía de eco entre determinados sectores urbanos.

Años de inquietud y cambio. En el curso de los años sesenta se multiplican las expresiones de una clase emergente de intelectuales desafectos del sistema político mexicano, expresiones públicas que hubieran sido impensables en términos profesionales y sociológicos sin la acción estabilizadora y modernizadora de ese mismo régimen. Dichos intelectuales emprenden una amplia diversidad de proyectos de índole político-editorial, viables por la existencia de un público lector necesitado de

versiones menos complacientes sobre la situación del país. Nacen editoriales y publicaciones orientadas explícitamente al examen de la situación nacional desde una perspectiva de izquierda, o de índole literaria, portadoras de un espíritu renovador. Las agrupaciones políticas surgidas en el espacio de las clases medias universitarias, si bien efímeras muchas de ellas, dan cuenta de un maridaje entre las ideas y el activismo político que será el signo característico de ese grupo social, los intelectuales.

Intelectuales y vida pública. Según Daniel Cosío Villegas, un intelectual “no puede dejar de tener una propensión crítica” (...) “ya que es el el hombre que transforma en preguntas las respuestas”. Visto desde esta perspectiva, el intelectual es responsable de hacer la crítica de los actos del poder en los espacios públicos donde los ciudadanos ejercen su condición de tales construyendo con sus decisiones el día a día de la democracia.

La participación de los intelectuales en la vida pública del país, ya sea en la actividad política o mediante las diversas modalidades profesionales a su alcance (magisterio, periodismo, asesoría, etc.), se ha puesto de manifiesto de modos muy distintos, de acuerdo con la circunstancia de la época: a lo largo del siglo XIX sobre todo en la actividad de personalidades que desarrollaban una actividad pública básicamente individual, considerando la debilidad de las instituciones y de las estructuras partidarias. En nuestro siglo, la consolidación paulatina del Estado nacional transformó de manera radical el papel de la *intelligentsia* en la vida pública: de hacedores de opinión a través de las ideas, y profesionales eficaces de la desconfianza pública hacia las acciones gubernamentales, pasaron a ser los interlocutores y en buena medida los portavoces del proyecto nacional, es decir, del Estado, pionero en la incorporación del intelectual y de los prestigios de la inteligencia a tareas que bien pueden ser entendidas como de legitimación o racionalización de la política vigente.

Estado y cultura. El estado mexicano moderno, consolidados en los años treinta, pronto percibe la potencialidad de la cultura como instrumento para consolidar su

autoridad a partir de la aceptación colectiva de un sistema de valores y referencias cohesionantes. De ahí el diseño de la política cultural que a través de los sexenios de la Revolución institucionalizada, y con las variantes de cada periodo presidencial, va a definir los contornos del discurso nacional -en cuya urdimbre textual se inscriben los parámetros de la identidad patria y de los valores que la constituyen-, así como buena parte de los rasgos que definen hasta nuestros días la compleja relación entre el poder y los artistas e intelectuales.

Las acciones del Estado mexicano han sido hasta hace poco tiempo de una eficacia y coherencia notables para procesar la creatividad artística e intelectual de los mexicanos, instrumentándola en beneficio del sistema político imperante. En este sentido, el mito del Estado custodio de las claves de la identidad nacional ha sobrevivido tenazmente a la erosión propiciada por los distintos procesos de apertura y democratización; la política cultural del nacionalismo revolucionario persiste en actitudes, hábitos, instituciones e ideas: es todavía símbolo puntual de unidad y certidumbre frente a las amenazas que percibe en la diversidad cultural e intelectual.

Tipos de intelectual. Una vez consolidado el tránsito del intelectual liberal del siglo XIX al corporativizado que asume como tarea central de su actividad la construcción y consolidación del proyecto nacional a través del Estado, empezará a gestarse en la segunda mitad del siglo XX -a la hora del despegue económico y de las transformaciones socioculturales- la presencia de la academia como constelación central de la inteligencia mexicana y de sus prácticas sociales: universidades, centros de investigación, sistemas y redes interdependientes, organismos coordinadores y reguladores, todas ellas subsidiadas y todas celosamente conscientes de su independencia, valga la paradoja. El campus se va transformando en el espacio de irradiación, pero también de confinamiento, de las voces y versiones críticas, además de constituirse en un importante mercado profesional para buena parte de las generaciones post-68. En adelante será difícil concebir una presencia intelectual activa y de alcance nacional si no es por medio de la universidad (sobre todo la pública) y su ámbito de influencia.

Vigencia de los intelectuales. Pese a la rapidez de los cambios en la esfera de la política, de la cultura y de la economía, promovidos en buena medida por la omnipresencia de los medios masivos y por la consecuente banalización de las ideologías que representan proyectos políticos, no parece estar amenazada la vigencia del intelectual en las sociedades actuales; su desempeño activo sigue siendo necesario en aspectos decisivos de la vida contemporánea: como racionalizador de la esfera pública y articulador de las sociedades civil y política; como artífice y crítico de roles e identidades; como intérprete y vocero de la diversidad ciudadana; como actor importante en las transiciones democráticas...

La presencia del hombre de ideas ha sido tan cambiante en términos de importancia como las propias circunstancias y las respuestas que éstas han ido demandando; en los hechos, nuestra historia muestra que el intelectual pocas veces ha sido el iniciador material, o incluso ideológico, de los acontecimientos políticos, y en escasas ocasiones ha sido un protagonista de cierta significación. Sin embargo, esta visión más bien pesimista sobre las contribuciones de la “clase intelectual” a la vida política, dista de ser unánime. Para algunos observadores, el movimiento del 68 es un buen ejemplo del poder intelectual: la actividad interpretativa de un puñado de hombres y mujeres desde hace treinta años contribuyó a construir la versión predominante en el imaginario colectivo sobre los acontecimientos relacionados con la rebelión estudiantil y en general sobre la realidad político-social de la época.

De acuerdo con dicha versión, la larga transición a la democracia que culminó con la alternancia en las elecciones presidenciales del año 2000 se inició justamente en el momento en que los estudiantes del Poli y de la UNAM salieron a las calles de la ciudad de México en el verano de 1968 a manifestar su repudio hacia la figura del Presidente y a reivindicar el pliego petitorio. Este es un ejemplo importante del papel significativo que pueden desempeñar los intelectuales en la seducción de las audiencias a través de los símbolos y en la construcción de los “grandes relatos” que aglutinan y movilizan a una comunidad.

¿A quién sirven? Si se acepta como hipótesis que los intelectuales son útiles tanto para configurar las ideas prevalecientes en la esfera pública como para justificar desde

la razón los actos del Estado, entonces puede afirmarse que éstos han sido en nuestro país, con escasas excepciones, un sector corporativizado –crítico o disidente–, cuyo interlocutor esencial ha sido, más que la sociedad o el ciudadano, el Estado mexicano.

Para algunos autores, el papel de los intelectuales de nuestro siglo XX ha sido fundamentalmente contradictorio, al asumir como tarea inherente el trabajo político y partidista –la consolidación de instituciones–, y simultáneamente la búsqueda de mayores espacios de libertad y democracia. De acuerdo con esta premisa, los intelectuales han sido entre nosotros particularmente refractarios a la autocrítica: una comunidad por encima de toda sospecha, libre de las servidumbres de la coherencia frente a los actos del poder. En tal sentido, más allá de las justificaciones para servir al Príncipe que han nutrido muchas páginas, sigue siendo válida la posición de que los intelectuales deberían obedecer a la “verdad pública” desde su autonomía moral e intelectual, no sólo por un imperativo ético, sino también para cumplir con un mínimo de eficacia las tareas que la modernidad política les encomendó, la primera de las cuales la crítica del poder y sus razones.

7.3 La obra de Octavio Paz sobre México

Octavio Paz escribe a fines de los años cuarenta *El laberinto de la soledad*, a manera de condensación de un largo camino intelectual y vital para darle cuerpo a su visión de México, a partir del conocimiento de las realidades geográficas, culturales y humanas de los muchos Méxicos. Después de *El laberinto...* manifestará con intensidad creciente ese compromiso asumido con su país, desarrollando cada vez con mayor amplitud y concreción sus juicios sobre el modelo político vigente y la burocracia gobernante, sobre las consecuencias de la modernización autoritaria y, obsesión mayor, sobre el papel público de los intelectuales, a los que reprochará a lo largo de cinco decenios su incapacidad para pensar e imaginar alternativas posibles al marasmo de la vida política mexicana, así como su fascinación por las soluciones radicales y el desdén consiguiente de una buena parte por la democracia.

Los años setenta y ochenta son los de la plenitud en la expresión política de Paz: escribirá un libro crucial sobre las vías muertas de la modernidad autoritaria en su versión mexicana, *Posdata* (1970), y reunirá en dos títulos, *El ogro filantrópico* (1979) y

los tres volúmenes *de México en la obra de Octavio Paz* (1987), el fruto de una vida intelectual orientada a observar y pensar los ámbitos del arte, la cultura, la política de su país. A través de esa obra ingente Paz dará forma definitiva a sus miradas sobre México.

Sentido de su obra política. Octavio Paz tuvo la oportunidad generacional de dar testimonio sobre las transformaciones sumarias y las continuidades de la realidad mexicana hasta las vísperas casi de su muerte, en 1998. No sólo rindió testimonio: también fue actor de la vida artística y cultural, sobre todo, pero también política, en un periodo particularmente lleno de acontecimientos. Podemos reprocharle al poeta sus juicios y prejuicios, quizás la solidez de su “filosofía”; incluso podríamos desconfiar legítimamente de esa capacidad para opinar sobre todos los asuntos y situaciones....pero en cambio creo que es más difícil desmentir la coherencia de su visión a la vez poética y analítica para ordenar e interpretar las circunstancias históricas y personales que le tocó en suerte vivir.

El sentido de la obra política de Paz se hace manifiesto mediante el despliegue de una sensibilidad o visión mítico-histórica distantes respecto de los métodos y disciplina propios del analista político y en general del científico social. Nuestro autor mantiene que la civilización moderna, centrada en la innovación técnica y en el ideal del progreso permanente, está radicalmente escindida –lo que se traduce en un conflicto trágico, es decir irresoluble– entre sus fundamentos racionales, laicos y democráticos, y los impulsos primordiales que llevan al ámbito de lo sagrado. En tal sentido, el liberalismo político asumido de manera consciente por Paz, así como su defensa de las instituciones y prácticas políticas de la democracia al modo occidental, deben entenderse, en buena medida, como una construcción conceptual edificada sobre nociones y concepciones originarias de índole distinta, correspondientes a búsquedas e intuiciones que poco tienen que ver con una perspectiva propiamente “politológica”.

7.4 Papel de las revistas culturales

Una revista cultural puede ser entendida como la manifestación de la existencia singular de un grupo y de sus elecciones intelectuales; el espacio donde las generaciones construyen su tradición mediante el trato con diversos interlocutores; para el historiador de la cultura es un eslabón que con otros forma la genealogía registrable de los momentos creadores.

Las revistas culturales no sólo entrelazan las sensibilidades de un grupo que tiene algo propio que decir en común; sobre todo asumen la tarea, en los ejemplos representativos, de promover ideas, obras, preguntas estimulantes, argumentos de valor intelectual, político, estético. Esta influencia que brota de grupos minoritarios, de lenta irradiación, de difícil seguimiento, nos ha dado palabras nuevas e ideas y términos para argumentar lo que somos y queremos ser. Una revista es para Gabriel Zaid algo así como una conversación virtual en torno a autores y obras, un entusiasmo compartido por la palabra (y por la precisión y la belleza de la palabra), un diálogo que hace crecer, vivir.

No debe olvidarse, por otra parte, que en una sociedad como la mexicana, donde la existencia de instituciones y canales idóneos para la participación civil en los asuntos públicos es hecho relativamente reciente, revistas de vocación originalmente artístico-literaria, asumieron la tarea "política" de formular con un mínimo de precisión, los deseos más o menos inarticulados de la sociedad, de acuerdo con la visión, tan amplia o estrecha como se quiera, de pequeños grupos que hicieron suya la tarea de ocuparse de las grandes cuestiones nacionales a través de la cultura y de la familiaridad con obras significativas.

Ejemplos mexicanos: *El Renacimiento*, *Examen*. La revista *El Renacimiento*, creada en la segunda mitad del siglo XIX por Ignacio M. Altamirano, planteaba la emancipación literaria de México mediante la afirmación y el cultivo de los valores propios: esta reivindicación en el plano de la cultura suponía la consolidación de un proyecto nacional, en este caso el liberal, laico, progresista, democrático (por lo menos de modo formal). Tal afirmación de lo propio –el descubrimiento de tradiciones sumergidas, la invención de otras inéditas– tenía que hacerse sin demérito de encontrar para nuestra naciente tradición literaria un lugar propio en el

contexto de las culturas universales, en especial de la occidental. El resultado de este proyecto compartido de unidad nacional por la cultura, fue una revista miscelánea y didáctica que incluía ficción y poesía e informaba de cuestiones de crítica, historia, arqueología, pintura, música, teatro y ediciones; es decir, una crónica muy viva y actualizada, un registro creativo de las producciones más notables en los géneros mencionados, mediante la cual se asimilaban las obras y los pensamientos de otras latitudes.

Examen, revista de Jorge Cuesta de la que apenas aparecieron tres números –agosto, septiembre, noviembre de 1932–, asume la tarea de defender las causas de la creación individual libre y del universalismo europeo (valga la paradoja), encarnado en el pensamiento de la ilustración, frente a las exigencias dominantes de una cultura transformadora de la circunstancia político-social imperante, de un arte didáctico capaz de recrear eficazmente los sentimientos genuinos del pueblo (y las concepciones del Estado sobre lo que deberían ser esos sentimientos genuinos).

¿Por qué emparentar a estas dos revistas? Si bien radicalmente opuestas en su talante y en su ambición cultural, *El Renacimiento* y *Examen* tienen en común a mi juicio esa voluntad de apoyarse en el universalismo (como sinónimo de europeísmo, para ser justos) en la tarea de refundar una tradición mexicana de la inteligencia frente a otras maneras de crear y pensar. Asimismo ambas hicieron política –*El Renacimiento* aspiró incluso a construir la patria sobre una síntesis ética y estética de alcance amplísimo–, participaron con vehemencia en los debates de su tiempo, combatieron y fueron combatidas en nombre de causas culturales que también eran la expresión de visiones políticas.

Nexos, Vuelta. Otros ejemplos de la influencia que las publicaciones periódicas pueden llegar a tener en la conformación de una cultura política en segmentos representativos de la comunidad, y de su capacidad para formular de manera coherente aspiraciones y deseos de esa comunidad son, sin duda, *Vuelta* y *Nexos*, publicaciones periódicas mensuales que hasta la desaparición de *Vuelta* –cuyo último número circuló en agosto de 1998–, coexistieron como expresiones de una comunidad intelectual a la que ambos proyectos editoriales aspiraron a representar:

dos espacios de análisis y difusión que si bien no agotaron el inventario de las luces mexicanas, sí fueron capaces de erigirse en los grupos de mayor presencia pública, bien por sus méritos estrictamente intelectuales –la capacidad para expresar de manera persuasiva sus interpretaciones sobre temas del arte, la cultura y la política–, ya por su sentido estratégico al constituirse en interlocutores más o menos privilegiados de factores de poder, entre los cuales la empresa de medios Televisa o el propio Estado.

Ambas revistas expresaron los dilemas, las percepciones, los intereses de un reducido grupo de hombres y mujeres pertenecientes a la élite intelectual del país, quienes interpretaron (y en el caso de *Nexos* siguen interpretando) los problemas del país y del mundo a partir de una gran diversidad de posiciones; aunque, bien mirado, dichas posiciones pueden ser sintetizadas –simplificando lo necesario– en dos grandes vertientes: la liberal, representada como es obvio por *Vuelta*, cuya preocupación esencial era la construcción de una ciudadanía libre y crítica, capaz de configurar una modernidad posible para el país; y la progresista, reivindicada *grosso modo* por *Nexos*, una suerte de actualización del pensamiento socialista democrático.

7.5 ¿Qué fue o quiso ser *Plural*?

La importancia de *Plural* como espacio de animación de la cultura mexicana en su tiempo parece no admitir demasiados reparos: los testimonios de sus contemporáneos confirman, a través de la alabanza, el denuesto o el diálogo razonado, que *Plural* era una referencia importante para los lectores informados de la época, incluidas por supuesto las diversas familias intelectuales. A veintiocho años de su fin, la revista de Paz –erudita, prestigiosa y algo petulante, poco condescendiente con la ignorancia o escasa formación del lector– marcó a través de los ensayos, traducciones, suplementos, reseñas, artículos y secciones fijas (sobre todo *Letras*, *letrillas*, *letrones*, donde Paz y otros colaboradores se encargaban mes con mes de echarle una ojeada minuciosa a los acontecimientos de

México y el mundo) toda una época de nuestra vida intelectual pública; afirmó un estilo y un temperamento, una visión coherente sobre la cultura, la política, el arte que, se la acepte o no, es preciso considerar a la hora de hacer el recuento pormenorizado de aquellos años, primera mitad de la década de los setenta, y de lo que representaron para nuestra historia política e intelectual.

Quizás la identidad de la revista respecto de sus prestigiosos referentes hispanoamericanos y europeos haya estado en la función crítica que aspiró a desempeñar, simultáneamente con sus previstas responsabilidades en la difusión artística y literaria, función que se tradujo en un claro designio político: la reivindicación de la idea liberal y de la democracia representativa para México y Latinoamérica. Este rasgo supuso en los hechos una equidistancia respecto tanto de las revistas apolíticas, defensoras de la autonomía del arte y de la cultura ante las determinaciones sociohistóricas, como de aquellas que asumían una explícita vocación al servicio de ideas y planteamientos políticos. *Plural* fue, en este sentido, una revista inequívocamente culturalista y literaria, que *también* asumió responsabilidades civiles.

Como puede observarse en los índices publicados anualmente, (los correspondientes a cuatro años: de octubre de 1971 a septiembre de 1975 un porcentaje de sus contenidos no menor al 80% correspondió a ensayos y obras de creación literaria, antropológica, de artes plásticas y visuales, recensiones, mientras que el 15 o 20% restante, abordó temas nacionales e internacionales de economía y política. Debo subrayar que el manifiesto predominio de la cultura literaria y artística en las páginas de la revista no demerita su importancia al momento de juzgar el papel que desempeñó y las aportaciones que hizo al debate político en los años setenta.

Temas y contenidos. Si bien es evidente que *Plural* reflejó el pensamiento y los juicios de su director, como no podía ser de otro modo, puede afirmarse luego de un somero análisis de los contenidos de la revista a lo largo de cinco años, y de la trayectoria de sus colaboradores, algunos de ellos con prestigio similar al de Paz, que *Plural* fue un proyecto plural, en el sentido de una coexistencia en las páginas

impresas de posiciones distintas –a veces encontradas– sobre los temas que caracterizaron a la revista.

En este sentido, debe reconocerse que hay una mayor variedad temática, en cuanto a la inclusión equilibrada de literatura y arte, por una parte, y de cuestiones sociopolíticas e históricas por otra, en los primeros tres años de la revista –los meses finales de 1971, todo 1972 y buena parte de 1973– que en los tres restantes, como indica la lectura de los índices generales y los específicos de cada número; en los años 1974, 75 y 76 la política, la historia, la reflexión sobre sociedades y temas cruciales de la modernidad pierde terreno a favor de la cultura artística en todas sus manifestaciones. Esta pauta es similar por lo que se refiere a la diversidad política de los colaboradores de *Plural*: es notoria en los primeros años, y tiende a disminuir conforme el énfasis liberal de las plumas y los contenidos (o distanciamiento hacia las diferentes proyecciones del socialismo) va definiendo en mayor medida el perfil de la revista.

7.6 Política mexicana en *Plural*

Plural fue una revista mexicana en el sentido no sólo de su procedencia e identidad editorial, sino sobre todo por los propósitos que animaron a su fundador cuando llegó el momento de conformar en los hechos el proyecto cultural y político que desembocaría en la aparición de la publicación periódica. Se trataba de promover una reflexión político-cultural capaz de generar, por la vía de las ideas, alternativas democráticas viables a la ya por entonces muy erosionada legitimidad del régimen y de lo que en no pocos núcleos sociales se percibía como su parálisis política irremisible. Paz había escrito *Posdata*, la crítica razonada del “milagro mexicano” y de las representaciones míticas del autoritarismo, en vísperas casi de la aparición de *Plural*.

Ahora bien, esta vocación inequívocamente política se correspondió con una reivindicación de otros aspectos de la vida pública mexicana: desde luego las artes,

visuales sobre todo, la literatura y, equidistante de la política y la cultura, la aproximación multidisciplinar a la sociedad en su conjunto, desde una perspectiva que incorporaba categorías de análisis que ahora nos parecen habituales, entre ellas el “desarrollo integral” o “sustentable” y nociones como la de sociedad de consumo, pero que en los tempranos setenta eran o parecían novedosas entre nosotros.

Comparto con Francisco José Paoli Bolio la percepción de que *Plural* fue una revista mexicana, inscrita en una tradición política y en una genealogía cultural específicas, donde cosmopolitismo y compromiso con la propia circunstancia se entrelazaron para caracterizar los afanes “regeneracionistas” de los intelectuales que asumieron como propósito ético e intelectual la puesta al día de México entre las naciones modernas.

Temas y autores. Tuve la necesidad de diseñar un cuadro que me permitiera registrar y ordenar de manera cronológica los temas y colaboraciones relacionados con la política mexicana que fueron incluidos en *Plural* durante el periodo en que la revista fue dirigida por Paz: “Referencias a la vida política en México: revista *Plural* (1971-1976)” (ver anexo IV). Tal como señalo en el capítulo correspondiente, registré también los temas económicos y sociales, sobre todo los relacionados con procesos de modernización y desarrollo, porque era difícil separarlos de las cuestiones explícitamente políticas, dado que en las páginas de *Plural* la crítica del sistema político imperante era, en lo esencial, la crítica de un modelo económico y de modernización.

La lectura del cuadro muestra que las referencias principales se centran en las maneras autoritarias del régimen político y en los rasgos regresivos que adquirió la modernización económica impulsada al amparo del “desarrollo estabilizador”. La política pesó lo suyo en *Plural*: de un total de 766 colaboraciones sobre los diversos temas de la revista, 127 abordaron cuestiones políticas, económicas y sociales relacionadas directamente con México: un 16.6% del total. Si consideramos sólo las 335 colaboraciones sobre cuestiones mexicanas, el porcentaje se eleva a un 38%, lo cual muestra que más de una tercera parte de las referencias a México en *Plural* tenían que ver con cuestiones políticas, económicas y sociales.

Un análisis con cierto detalle revela que el colaborador más asiduo, por lo que toca a aquellas cuestiones, fue el poeta y ensayista Gabriel Zaid, ya sea con su columna fija *Cinta de Moebio* o mediante ensayos y artículos. Octavio Paz fue, por supuesto, otro asiduo, que a veces se daba el gusto de no firmar sus escritos, sobre todo los que aparecían en la sección *Letras, letrillas, letrones*. Daniel Cosío Villegas también publicó con frecuencia en *Plural*; la mayoría de sus ensayos y artículos se centró en los rasgos característicos del sistema político mexicano. Otros escritores con presencia significativa aunque esporádica fueron Luis Villoro, Carlos Fuentes, Gastón García Cantú, Fernando Pérez Correa, Rafael Segovia.

Ejemplos significativos. Destaco la importancia cualitativa de algunos “momentos políticos” plasmados en *Plural*, considerando la vigencia que puedan tener en nuestros días por su tratamiento de problemas y situaciones aún significativas para nuestra vida pública, y asimismo como indicios de lo que entonces interesaba o preocupaba a un sector importante de nuestros intelectuales, políticos y lectores en cuestiones sociales y políticas.

Entre estos momentos cabe subrayar la aproximación a los dilemas del desarrollo mexicano, en el marco conceptual y político que abrió el Club de Roma con sus aproximaciones a la viabilidad de la sociedad industrial en términos ambientales; *Plural* fue pionero en tales cuestiones, a través de ensayos, artículos y recensiones de autores como Luis Villoro, quién además de escribir un riguroso y visionario ensayo de prospectiva, “Variables para el futuro”, presentó el libro *Los límites del crecimiento*, donde su autora sustenta la primera crítica fundamentada sobre la depredación de la naturaleza en nombre del progreso. También las colaboraciones de Víctor L. Urquidi ofrecieron un panorama global de los problemas comunes a la humanidad por la dilapidación de recursos naturales.

Pero la crítica más certera del progreso y de la modernización en su vertiente mexicana provino de Gabriel Zaid, quien en las 28 *Cintas de Moebio* aparecidas se las arregló para demoler las ilusiones, las coartadas intelectuales y los costos tangibles de nuestro progreso y de sus protagonistas: los universitarios, los políticos y los tecnoburócratas modernizadores; dichas colaboraciones dieron pie a lo que

serían dos títulos importantes de nuestra tradición intelectual moderna, *El progreso improductivo* y *La economía presidencial*. Otro momento significativo del debate político en la revista que comento lo constituyeron los ensayos y artículos de Daniel Cosío Villegas, donde formuló y adelantó tramos enteros de la que sería su célebre trilogía sobre el sistema político mexicano, integrada por *El sistema político mexicano*, *El estilo personal de gobernar* y *La sucesión presidencial*.

En el mismo sentido hay que mencionar algunas de las colaboraciones de Octavio Paz; cito entre ellas: la “Carta a Adolfo Gilly”, diagnóstico del escenario político nacional e internacional del momento y caracterización histórico-política de la revolución mexicana; también hay que mencionar su intervención en la mesa redonda de Harvard, “México: presente y futuro”, donde puntualiza algunas de sus ideas sobre la democracia, el papel de los intelectuales en la renovación de la vida pública mexicana y la creciente esclerosis del sistema político. Son asimismo importantes las consideraciones vertidas en el ensayo “La letra y el cetro”, donde desarrolla sus ideas sobre la compleja relación entre política y literatura, y establece la que desde su perspectiva debe ser el papel de crítica e imaginación frente al poder. Otro ensayo que considero significativo es el que Paz dedica a Cosío Villegas en el número 55 de la revista, al mes del fallecimiento del empresario cultural e historiador: “Daniel Cosío Villegas: las ilusiones y las convicciones”, reconocimiento al legado intelectual y político de éste.

Es necesario subrayar la presencia constante de la política en *Letras, letrillas, letrones*, la sección que Paz, sus allegados y algunos episódicos invitados reservaron para la revisión de la política cotidiana en México y el exterior. Destaco algunas colaboraciones: “Tapadismo y destapadismo”, de Salvador Elizondo; “Esa mayo...”, de Gabriel Zaid; “Información y participación”, presumiblemente de Rafael Segovia; varias de Octavio Paz: “Entre Viriato y Fantomas”; “El plagio, la plaga, la llaga”; “La docta adulación”; “Bohemia y revolución”; “Elogios que matan”; “¿Hay salida?”; “El desayuno del candidato”. Otras colaboraciones anónimas (¿cuales son de Paz también?) sobresalen por su oportunidad y su virulencia: entre ellas “Canción de la más alta torre” y “Los misterios del pedregal”

Menciono entre los muchos ensayos aparecidos en *Plural* algunos que me parecen importantes por su calidad intrínseca y por el acierto con que sus autores reflexionaron sobre temas significativos en el momento en que fueron escritos: "Carreras de vida en la UNAM", de Larissa Lomnitz; los tres escritos por Mario Ojeda ("I. La política internacional"), Rafael Segovia ("II. La política nacional"), Carlos Bazdresch ("III. La política económica"), bajo el título común de "Ojeada a la situación de México"; "Los límites de la sucesión presidencial", de Fernando Pérez Correa. Otros ensayos interesantes por su perspicacia política y por su coherencia conceptual son "El estado mexicano del futuro", de Manuel Camacho; "La particularidad autónoma de México", escrito por el periodista, poeta y traductor Jorge Hernández Campos; "¿Iniciativa privada o sector público? Las alternativas políticas de nuestro desarrollo", de Víctor Flores Olea.

Incluyo entre los ejemplos significativos una polémica una bastante sonada y de repercusiones significativas para el debate del momento sobre la naturaleza del régimen echeverrista, que involucró a Carlos Fuentes y a Gabriel Zaid; el primero había escrito una suerte de manifiesto, "Opciones críticas en el verano de nuestro descontento", donde razonaba la necesidad de apoyar a Luis Echeverría y a su régimen; la respuesta de Zaid en su "Carta a Carlos Fuentes", señalaba que lo que verdaderamente importaba en ese momento era, más que la defensa del régimen, promover la restitución íntegra de sus derechos cívicos a los ciudadanos mexicanos.

BIBLIOGRAFIA

AGUILAR Mora, Jorge. *La divina pareja: Historia y mito en Octavio Paz*. México: Ediciones ERA, 1978

BATIS, Huberto *et al.* *Por sus comas los conoceréis. Revistas y suplementos literarios*. México: CONACULTA, colección Periodismo Cultural, 2001

CANSINO, César. “El ágora secuestrada”, pp. 11, 136, en *Metapolítica* números 24-25, julio-octubre de 2002

CASTAÑÓN, Adolfo. “*Plural* era una fiesta”, pp. 63-66, en *A treinta años de Plural (1971-1976)*. México: Fondo de Cultura Económica, Tezontle, 2001

CASTELLS, Manuel. *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*, volumen 1. México: Siglo XXI, 1999

CORDERA Campos, Rolando. “*Nexos: por un México habitable*”, pp. 121-129, en *Metapolítica*, nos. 24-25, julio-octubre de 2002

COSIO Villegas, Daniel. *El intelectual mexicano y la política*. México: Planeta, 2002

CUESTA, Jorge, *Poemas y ensayos II. Ensayos I*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1978

- FLORES, Angel, ed. *Aproximaciones a Octavio Paz*. México: Joaquín Mortiz, 1974
- FOUCAULT, Michel. *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets Editores, 1980
- FUENTES, Carlos. *Tiempo mexicano*. México: Cuadernos de Joaquín Mortiz, 1972
- GARCIA Ramírez, Fernando. "Letras libres: para defender la libertad", pp. 102-109, en *Metapolítica*, nos. 24-25, julio-octubre de 2002
- GIMFERRER, Pere. *Lecturas de Octavio Paz*. Barcelona: Editorial Anagrama, 1980
- GARCÍA Cantú, Gastón. "Tradición plural", pp. 122-124, en *A treinta años de Plural (1971-1976)*. México: Fondo de Cultura Económica, Tezontle, 2001
- GONZALEZ, Javier. *El cuerpo y la letra. La cosmología poética de Octavio Paz*. México: Fondo de Cultura Económica, 1990
- GONZALEZ y González, Luis. *Obras completas*, volumen....México: Clío/ El Colegio Nacional, 2000
- KRAUZE Enrique (compilación y prólogo). *El historiador liberal*. México: Fondo de Cultura Económica, 1984
- _____. *La presidencia imperial. Ascenso y caída del sistema político mexicano (1940-1996)*. México: Tusquets editores, 1997
- _____. "Cuatro estaciones de la cultura mexicana", en *Caras de la Historia*, Cuadernos de Joaquín Mortiz, México, 1983, pp.124-168.
- MALDONADO Monroy, Medardo. "Política para poetas", pp. 547-551, en *Metapolítica* número 7, julio-septiembre de 1998
- MARTIN-BARBERO, Jesús, "Heredando el futuro. Pensar la educación desde la comunicación", en *Nómadas* no. 9 (sin otras referencias)
- MARTINEZ, José Luis. "México en busca de su expresión", pp.1019-1071, en *Historia general de México*, tomo 2. México: El Colegio de México, 1981
- MONSIVAIS Carlos. *Días de guardar*. México: Biblioteca Era, Ensayo, 1996
- _____. *Amor perdido*. México: Biblioteca Era, Ensayo, 1982
- _____. *Carlos Monsiváis* (prólogo de Emmanuel Carballo). México: Empresas Editoriales, S.A., 1975
- _____. *Historia General de México*, vol. 2, El Colegio de México, México, 1981, "Notas sobre la cultura mexicana del siglo XX", p. 1377-1548
- _____. Salvador Novo. *Lo marginal en el centro*. México: Ediciones ERA, 2000

MONTEMAYOR, Carlos. "Cuando apareció *Plural*", pp. 126-127, en *A treinta años de Plural (1971-1976)*. México: Fondo de Cultura Económica, Tezontle, 2001

PAOLI Bolio, Francisco José. *Conciencia y poder en México. Siglos XIX y XX*. México: Miguel Angel Porrúa, 2002

PAZ, Octavio. *Posdata*. México: Siglo Veintiuno, 1984

_____. *A treinta años de Plural (1971-1976)*. México: Fondo de Cultura Económica, Tezontle, 2001

_____. *Itinerario*. México: Fondo de Cultura Económica, 1998

_____. *El peregrino en su patria. Historia y política de México*. Obras completas, volumen 8. México: Círculo de lectores/Fondo de Cultura Económica

_____. *Corriente alterna*. México: Siglo XXI Editores, 1979

_____. *El arco y la lira*. México: Fondo de Cultura Económica, 1986

_____. *México en la obra de Octavio Paz. Volumen 1. El peregrino en su patria. Historia y política de México*. México: Fondo de Cultura Económica, 1987

_____. *México en la obra de Octavio Paz. Volumen 2. El peregrino en su patria. Presente fluido*. México: Fondo de Cultura Económica, 1987

_____. *Hombres en su siglo y otros ensayos*. México: Seix-Barral Biblioteca Breve, 1984

_____. *Pequeña crónica de grandes días*. México: Fondo de Cultura Económica, 1990

_____. *Octavio Paz. Sueño en libertad. Escritos políticos*. Selección y prólogo de Yvon Grenier. México: Seix-Barral, Biblioteca Breve, 2001

PERALTA, Braulio. *El poeta en su tierra. Diálogos con Octavio Paz*. Revisado y corregido por Octavio Paz. México: Raya en el agua, 1996

PIGLIA, Ricardo. *Crítica y ficción*. Barcelona: Anagrama, 2001

RODRIGUEZ Brondo, Elsa y Alejandro Toledo. "Carlos Fuentes y sus máscaras. Retrato de un hacedor como figura intelectual", pp. 70-71, en *Metapolítica* números 24-25, julio-octubre de 2002

RODRIGUEZ Ledesma, Xavier. *El pensamiento político de Octavio Paz. Las trampas de la ideología*. México: UNAM/ Plaza y Valdés, 1996

_____. *Escritores y poder. La dualidad republicana en México, 1968-1994*. México: Conaculta-Fonca/ Universidad Pedagógica Nacional, 2001

_____. "Follaje de tinta: revistas y suplementos culturales en México (1968-2000)", pp. 87-88, en *Metapolítica* números 24-25, julio-octubre de 2002

ROSSI, Alejandro. "Recuerdo de *Plural*", pp. 41-43, en *A treinta años de Plural (1971-1976)*. México: Fondo de Cultura Económica, Tezontle, 2001

RUY Sánchez, Alberto. *Una introducción a Octavio Paz*. México: Cuadernos de Joaquín Mortiz, 1990

SALAZAR Escalante, Jezreel. "Carlos Monsiváis: de crítico heterodoxo a institución cultural", pág. 75, en *Metapolítica* números 24-25, julio-octubre de 2002

SANTÍ, Enrico Mario. *El acto de las palabras. Estudios y diálogos con Octavio Paz*. México: Fondo de Cultura Económica, 1997

SHERIDAN Guillermo, *Los contemporáneos ayer*. México: Fondo de Cultura Económica, 1985

SUCRE, Guillermo. *La máscara, la transparencia. Ensayos sobre poesía hispanoamericana*. México: Fondo de Cultura Económica, 1985

VALENZUELA, José Manuel. *Impecable y diamantina. La deconstrucción del discurso nacional*. México: ITESO/ El Colegio de la Frontera Norte, 1999

VERANI, Hugo J. *Bibliografía crítica de Octavio Paz (1931-1996)*. México: El Colegio Nacional, 1997

VOLPI, Jorge. *La imaginación y el poder. Una historia intelectual de 1968*. México: Biblioteca Era, 1998

WALLERSTEIN, Immanuel. *Impensar las ciencias sociales. Límites de los paradigmas decimonónicos*. México: Siglo XXI Editores, 1999

XIRAU, Ramón. *Poesía y conocimiento*. México: Cuadernos de Joaquín Mortiz
_____. *Poesía iberoamericana contemporánea*. México: Sep-Setentas, 1972

YURKIEVICH, Saúl. *Fundadores de la nueva poesía hispanoamericana. Vallejo, Huidobro, Borges, Neruda, Paz*. Barcelona: Barral Editores, 1971

ZAID, Gabriel. "Lo que pedía nacer", pp. 47-51, en *A treinta años de Plural (1971-1976)*. México: Fondo de Cultura Económica, 2001

ANEXOS

ANEXO I

Apartado 1. Último número de *Vuelta*, agosto-septiembre de 1998

Apartado 2. *Vuelta* 159, febrero de 1990

Apartado 3. *Nexos* 309 (25 años), septiembre de 2003

ANEXO II

Apartado 1. Segundo número de *Plural*, noviembre de 1971

Apartado 2. Último número de *Plural*, julio de 1976

ANEXO III

Indices de *Plural*. Octubre de 1971-septiembre de 1972

ANEXO IV

Referencias a la vida política en México: revista *Plural* (1971-1976)